



Joaquín Revuelta

siete malos tragos

0111

Joaquín Revuelta

**siete
malos
tragos**

Textos: © Joaquín Revuelta,
excepto “La Mala Hora”, cuyo *copyright* también pertenece a Víctor M. Ánchel.

Portada: © Joaquín Revuelta 2011

1ª Edición: Abril 2011

ISBN: [XXXXXXXXXXXXXXXXXX]

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Prólogo

Yo he estado en lugares con los que vosotros ni siquiera os atreveríais a soñar, tanto en el tiempo como en el espacio.

He luchado en guerras más allá de la sustancia del universo, en entornos donde una simple mirada alrededor podría conducirnos a la locura; a veces mis compañeros de armas carecían de forma tangible, sólo eran susurros entre los pliegues de las dimensiones, o sombras fugaces sobre un tejido que ondas y partículas que pasaba por ser un firmamento sobre nuestras cabezas.

Durante mis viajes conocí a seres cuya sabiduría excede a la totalidad de los conocimientos de la raza humana, criaturas que con sólo pronunciar una palabra crean mundos y singularidades en conflicto con eso que llamamos materia. A menudo el verbo *estar* carece de significado en su presencia, pues existen en varias realidades a la vez, en multitud de capas vitales que se distribuyen a lo largo y ancho del universo. En algunas ocasiones también había humanos en nuestras reuniones secretas, aprendices de maestros invisibles, estudiantes de una ciencia que, por supuesto, trasciende a las taxonomías.

No soy el único, por supuesto, ni nunca pretendí serlo.

También me he enfrentado a monstruos, engendros, demonios, espíritus malignos que han retorcido mis tripas hasta hacerme aullar en las oscuras y frías noches en las que no lograba conciliar el sueño, arrastrándome hasta sus infiernos particulares, hasta sus negras catacumbas donde los colores duelen y el hálito del viento en una afilada cuchilla ansiosa por cortar la carne y probar la sangre de los mortales. Nunca sentí amor en esta lucha, pero sí una pasión febril que me animaba a continuar, a abrir la siguiente puerta o a descender a un sótano más a pesar de saber lo que me esperaba en el subsuelo.

Pero no me jacto de ello: así es la vida del disparaletas, esa es su cruz y su destino.

Recorrer las sendas en solitario, abrir nuevas veredas para aquellos que se conforman con escuchar sus aventuras desde la comodidad de sus hogares, lejos del peligro y de la angustia, del miedo terrible a no llegar... No hay mayor placer ni mayor castigo.

Estos que estáis a punto de visitar son un sólo un puñado de esos lugares terribles de los que tuve conocimiento. Cada uno de ellos un parto, una terrible revelación, un abismo tenebroso al que asomarse.

Cada uno un mal trago.

*Joaquín Revuelta
Cádiz, Abril de 2011*

Este fue uno de los primeros cuentos que escribí, y es también al que le tengo más cariño. Surgió de una premisa muy clara: ¿Puedo hacer un cuento en el que mate a mi amada para expresarle todo mi amor?

Resultó que sí, que podía, y que me salió bastante bien, aunque esté mal que yo lo diga.

De él dijeron que era “uno de los cuentos más tristes de la literatura española”. Sólo se ha publicado una vez en ANTOLOGÍA 10, una ídem que seleccionó Julián Díez para la FNAC a mediados de la década pasada.

Sinceramente, espero que lo disfruten.

Más Tequila



A Susana, que, afortunadamente, sigue a mi lado...

Me quité el visiclar y parpadeé, como siempre, ajustando mis retinas a la luz que había en la estancia. Mi pecho subía y bajaba todavía con agitación; la entrepierna palpitaba en retroceso. Tomás estaba frente a mí, con su típica media sonrisa (la comisura del labio izquierdo ligeramente caída) indicando la proximidad de un enfrentamiento verbal.

—¿Lo has pasado bien? —Su voz rezumaba ira.

—Bien... No, no tiene comparación. Pero algo es algo.

Me levanté del asiento y me dirigí al pequeño mueble-bar. Dudé ante las botellas y, por fin, me serví una generosa ración de tequila. Las palabras de Tomás estallaron a mi espalda.

—¿Cuándo vas a enfrentarte con la realidad?

—Sabes que nunca, jamás me podré hacer a la idea... Estoy harto de repetir que...

—Sigues pensando como un machista de mierda —me interrumpió—. Yo sí que estoy harto de escuchar ese tipo de comentarios.

—Piensa lo que quieras —apuré el vaso de un trago y me escancié otra buena cantidad del ardiente líquido.

Volví al asiento de la consola, lo giré, y me enfrenté a él, contemplando su triste e inquisidora mirada. Una lágrima pugnaba por despeñarse de su ojo izquierdo. Sin poderlo evitar, sentí un intenso calor en el alma al ver el resultado de sus celos: aquella reacción era típicamente femenina. Durante un instante atrapado en un espacio de tiempo relativo, intenté hacerme a la idea de que aquel tipo delgaducho y profusamente acaparador era mi compañero sentimental. No, no podía hacerlo. Todavía... Siempre recordaría a Susana...

—Acabarás loco si sigues pensando en ella —la voz de Tomás volvió a interrumpir mis pensamientos—, sabes que nunca volverá. Ni Susana ni ninguna de las otras... Están muertas, desaparecidas, acabadas...

—¡Cállate, cabrón! —Me incorporé de un salto y me abalancé sobre él, un tigre cegado por la furia más extrema— ¡Lo sé, hijo de puta, lo sé muy bien!

La luz de sus ojos asustados me detuvo antes de que empezara a hacerle daño. Era la misma escena que se repetía una y otra vez, acabando con esa torpe ilusión de amor que tan burdamente habíamos creado.

—Me voy —susurré, cerrando los ojos para no tener que soportar su rostro convulso.

Alcancé la puerta y la cerré con violencia, intentando apagar los sollozos y lloriqueos que me ponían enfermo. Entré en el descensor. En un abrir y cerrar de ojos me encontré en el

vestíbulo, rodeado por jirones de la fría niebla que transportaba la pestilencia desde el último rincón del planeta. Nunca podría acostumbrarme a aquel olor, al olor de millones de cadáveres en descomposición. A veces pensaba que el hedor agónico no era más que una señal de reivindicación, una voz que nos gritaba desde el submundo.

Salí a la calle.

Mi Toyota estaba aparcado de cualquier manera; mitad en la acera, mitad en la calzada, como un avanzado signo de decadencia. Saqué las llaves del bolsillo, pero las volví a guardar de inmediato. Decidí andar, hasta un bar cualquiera, coger una cogorza de campeonato, hablar con alguien que también echara de menos a su mujer perdida, sentir que no era el único que no podía dormir por las noches, atacado por fantasmas de encías descarnadas que me pedían un beso... Susana, su esqueleto marchito, podrido por compuestos químicos desarrollados por mentes capaces de concebir planes tan retorcidos, tan malvados... No, no debía, no podía recordarla así...

Cerré los ojos con fuerza, tratando de contener las lágrimas.

Un borracho descansaba sobre la sucia acera. Pasé sobre él con cuidado, para no despertarlo. Hundí las manos en los bolsillos de la cazadora y palpé algo que parecía hecho de papel. El filtro, la puta mascarilla. La saqué y me la coloqué a la altura de la boca, convirtiéndome un patético remedo de cirujano. Mis fosas nasales obtuvieron una tregua, pero mi cerebro sabía que el olor seguía allí, recordándome el error cometido por algún cabrón sesudo en lo más hondo de algún laboratorio al servicio de los siempre alegres chicos del ejército.

Atravesé la calle.

El luminoso de un bar parpadeaba a unos cincuenta metros de donde me encontraba. Ciertas partes de mi mente seguían empeñadas en recordarme las sensuales escenas que había vivido en el programa de realidad virtual que acababa de abandonar... ¿No les parece incongruente el término “realidad virtual”? Recordaba muy bien la polémica que suscitó el invento, en los tiempos en que todos, o casi todos, teníamos un hombro sobre el que llorar, un hombro suave de piel de seda... Sonreí con amargura. Ahora, la RV era lo único que conseguía mantenernos atados a la cordura, la sola razón de nuestros ratos de ocio, un universo de condenados a la fría suavidad del amor en banda ancha.

Tomás sostenía, durante sus frecuentes pataletas, que, en esencia, un cuerpo femenino sólo se distinguía en una cosa del masculino. Y tenía razón, pero era un argumento muy pobre. Al menos para mí. Creer en tal postulado sería poco menos que sostener que las mujeres sólo habían sido la parte inservible de un coño. Ni modo. Habían sido algo mucho más profundo que eso. La delicadeza, la amistad, el cariño, la columna de soporte, el calor, el amor sin barreras... Algo inexplicable que ningún hombre, por muy mujer que se sintiera sería jamás capaz de dar. Eran... La angustia de saber que algún día podrías perderla... La angustia.

Entré en el bar.

Había mucha gente enchufada al guante, su rostro oculto por los visiculares negros, echando moneda tras moneda en las consolas públicas. Consulté las listas de programas y simuladores. Los tenía todos. Como decía Tomás, acabarían por aburrirme. Pasé de largo y me arrebujé en un sillón apartado, lejos de la barra. Levanté la mano para indicarle al camarero que se acercara. Me vino a la memoria que, en otro tiempo, aquel antro tenía bonitas camareras de falda minúscula que

te sonreían al servirte mientras se inclinaban para mostrar sus generosos escotes. Ahora había un tipo musculoso con cara de amargado que sólo te preguntaba con voz átona qué ibas a tomar.

Más tequila, por supuesto.

Paseé la vista por el local. La misma expresión en los rostros, repetida una y otra vez; los mismos ojos hundidos en un recuerdo apagado. Todas las miradas se empeñaban en rescatar los rasgos de un dulce semblante desde el fondo transparente de una copa de alcohol, como si las moléculas del líquido tuvieran la mágica facultad de resucitar a los fantasmas del pasado.

—Su copa, amigo.

El camarero me miraba con ojos comprensivos. Saqué unos arrugados billetes del bolsillo y le tendí uno de diez.

—Ahora le traigo el cambio...

—No —le interrumpí—. Sigue sirviéndome tequila hasta que se agoten los diez.

Asintió con la cabeza y se retiró.

Tomé la copa entre mis manos como un cáliz de esperanza, y me bebí la mitad de su contenido. Necesitaba un cigarrillo. Había dejado de fumar hacía un par de meses, aburrido de soportar las quejas de Tomás, pero en aquel momento con gusto hubiera pillado un cáncer de pulmón acelerado. En el bar no había expendedora de tabaco. Sin saber por qué, la necesidad de aspirar el asfixiante aroma agravó aún más mi depresión; quizá todo se reducía a que... no, seguro, el humo me transportaba hacia el recuerdo del rostro de la mujer que amé, dulcemente desdibujado por la blanca niebla que surgía

en alocadas espirales de la punta de un cigarrillo de hash...

Un cigarrillo, mi patético reino por un cigarrillo.

Escudriñé los alrededores en busca de algún parroquiano que conservase todavía el antiguo vicio. Un tipo bajo y delgado, con el pelo desgredado cayendo en blandos rizos sobre su rostro, empalmaba literalmente los cilindros blancos que extraía con movimientos automáticos de una cajetilla roja. Bingo.

Tomé la copa y me dirigí hacia su mesa. Cuando le vi más de cerca me di cuenta de que el tipo estaba completamente borracho. Sus ojillos asustados estaban inyectados en sangre, y algunas venas hinchadas daban a su nariz un aspecto baboso y repugnante. La mano con la que sujetaba el cigarrillo temblaba aparatosamente. La ceniza que caía se desperdigaba por sus ropas arrugadas y por la superficie de la mesa.

—¿Podría darme uno? —Dije en tono de súplica, señalando el paquete.

—Sírvase, por favor —el tipo me miró de arriba abajo—. ¿Quiere otra copa?

—Seguro —dije tras encender el cigarrillo y apurar el vaso que tenía en la mano.

Me senté frente a aquel remedo de hombre y le observé en silencio. Tosí un poco cuando la segunda bocanada de humo penetró en mis pulmones. Unas lágrimas furtivas acudieron a mis ojos acompañando a los espasmos de mi pecho. El hombrecillo levantó la cabeza y me miró fijamente.

—Supongo que no serán las primeras —masculló.

—¿Perdón?

—Las lágrimas... Digo que no serán las primeras que usted derrama.

—Puede apostar su vida a que no —apuré el vaso de tequila con agonía—, ni creo que sean las últimas.

—¿Tiene pareja?

Asentí en silencio.

—¿Es feliz? —la temida pregunta me sentó como un jarro de agua fría en la nuca.

—No puedo serlo... Seguro que me comprende —el camarero vino hasta la mesa y me sirvió otro trago, no me digné en prestarle atención—, soy de la opinión de que nada ni nadie puede sustituir a las mujeres.

Mi última afirmación quedó colgando en el aire como una vaca en el almacén de un matadero. El tipo movió la cabeza lentamente y derramó parte de la bebida sobre su entrepierna. Yo me mojé los labios con la esencia del olvido y noté que el volumen de tequila en sangre comenzaba a aumentar. Tenía que dejar de beber, Yo y todos los demás, enfrentarnos a la realidad y luchar por restaurar el mundo.

El tipo comenzó a llorar.

—¿Qué haría si le pusieran por delante al tipo que desarrolló el virus?

Su voz me sobresaltó.

—Lo mataría —respondí con frialdad.

—Hágalo, por favor.

Me miró con los ojos inyectados en sangre. No me entraba en la cabeza que aquel gusano borracho fuera el animal que

desarrolló la sustancia química que acabó con las mujeres de nuestro planeta. O más bien, no quería creerlo.

—Está borracho —dije con voz temblorosa.

—Por supuesto que lo estoy, por eso le confieso mi pecado. Soy tan cobarde que ni siquiera puedo quitarme la vida —sus sollozos se hicieron más pronunciados—... Sólo tiene que pregonarlo en voz alta, los parroquianos se encargarán de mí.

Había súplica en su trémula voz. El desbocado caballo de la rabia trotó por mis venas. No lo dudé un instante, me lancé sobre él y engarfié mis manos en torno a su cuello. No podía pensar en nada, Apreté, apreté, apreté... Sus ojos se salían de las órbitas y la lengua parecía una ciega babosa que pugnaba por saltar hacia mí cara y llenarme de baba repugnante. Oí el rumor de los clientes que se agolpaban a mi alrededor e intentaban separarme de la víctima. No lo conseguían, en mi mente sólo flotaba el dulce rostro de Susana musitando mi nombre después de hacer el amor...

—¡Basta ya! —Era la voz del camarero a mi espalda.

Sentí un fuerte golpe en la nuca y caí hacia atrás en un pozo sin fondo, con las manos apretando el cuello de aquel hijo de puta.

Desperté con un fuerte dolor de cabeza y algo húmedo corriendo por mi espalda. Abrí los ojos y unas figuras borrosas aparecieron en mi campo de visión. Sus caras envueltas en bruma estaban muy cerca de la mía, podía sentir sus alientos impregnados de alcohol martilleando mis fosas nasales.

—¿Puedes oírme, amigo?

—Sí —el rostro del camarero se hizo más nítido ante mis ojos—. ¿Qué coño ha pasado?

—Casi nada, has intentado matar a un hombre.

Su tono condescendiente me molestó en lo más profundo de mi orgullo. Volví lentamente la cabeza y vi al tipo que decía ser el causante de todos nuestros males tendido sobre dos sillas. Un par de figuras oscuras le atendían e intentaban que recuperara el sentido.

—Así que no lo conseguí —intenté incorporarme pero el camarero seguía insistiendo en no dejarme recobrar mi capacidad de movimiento—... ¡Suéltame, tío! ¡Ese cerdo es el responsable de la muerte de nuestras mujeres!

Los clientes que se apiñaban a mí alrededor se miraron unos a otros durante un breve instante y luego comenzaron a reír soltando grandes carcajadas. El camarero, comprendiendo mi frustración, sólo curvó los labios en una media sonrisa.

—Tranquilízate, amigo. Lo único cierto que ha salido de la boca de ese despojo es que no tiene agallas para quitarse la vida, lleva meses intentando que algún pardillo caiga en su trampa y lo liquide.

—¿Quiere decir que...?

—Exacto, que ha intentado aprovecharse de ti —me tendió una mano—. Vamos, hombre, tómate una copa y olvida lo sucedido. Ese bastardo no merece ni que lo miren a la cara.

Me así a su mano y por fin logré incorporarme. Miré por última vez al hombrecillo y sentí un asco inmenso por nuestra raza.

Salí del bar sin mirar atrás y me hundí en la negra noche

con ganas de bucear en la inmundicia, arrojé la mascarilla en un rincón y aspiré el fétido olor de los cadáveres podridos que planeaba alrededor de mi cuerpo como una bandada de negros cuervos.

El recuerdo de la piel de mi amada me destrozaba los sentidos. Necesitaba un guante al que enchufarme. Volví sobre mis pasos y me encaminé hacia el hogar, amargo hogar.

Tomás estaba despierto cuando entré en el piso. Se había maquillado y acicalado como una puta de feria, un camisón transparente cubría su delgado cuerpo y una peluca de color castaño se desparramaba por sus hombros. El asco, otra vez el asco. Cobrando forma, el cuerpo de un ente maligno y apestoso que se coloca a tu lado y salmodia las excelencias de todo lo que odias. La sonrisa de Tomás me pareció desnaturalizada y vacía, no por su acto de travestismo, sino por su triste empeño de intentar convencerme de algo en lo que nunca podría creer.

Él notó el hastío en mi mirada. Se levantó hecho una furia y se arrojó dentro del que consideraba nuestro (?) dormitorio. Cerré lentamente la puerta y me senté en el sofá, la botella de tequila que aún permanecía en un rincón de la mesa me llamaba con su dulce voz.

—Mierda, mierda, mierda —dije en voz alta mientras abrazaba el cuello del recipiente y me lo llevaba a los labios.

Besé a la botella con pasión y un suave calor se extendió por mi vientre. En la consola, conecté con un portal de noticias. Un presentador con cara aburrida comenzó a informarme de las últimas noticias; siempre la misma función, en el mismo auditorio de locos. Los sucesos que ocurrían en el mundo

eran tan ruines como los propios espectadores, atrapados en un universo artificial de sueños electrónicos.

Busqué otro portal.

Un documento sobre la guerra relámpago y las causas de la catástrofe. Subí el audio del aparato en un ataque incontrolado de masoquismo. Tomás no soportaba aquel tipo de emisiones.

—... de Febrero del año 2006, Alan Stickwell descubrió el más potente y mortífero raticida de la historia, un producto que mataba de modo selectivo sólo —la voz en off recalcó esta última palabra— a las hembras de la especie. Así, no habría manera de que ésta se perpetuara en modo alguno, dejando a los machos en manos de una muerte lenta y segura, sin posibilidad de reproducción...

Y a algún militar hijo de puta, pensé, se le ocurrió que el argumento era igualmente válido para las mujeres de los hombres.

—... la División de Armas Bacteriológicas y Nanotecnología del ejército estadounidense desarrolló una variante adaptada para lograr el exterminio selectivo dentro de la raza humana, sabedores de que, un pueblo sin mujeres, sin esperanza de trascendencia, queda sumido en un estado de...

Absoluta desdicha. Recordaba haber leído un artículo que exponía la idea de que la gran mayoría de las derrotas se producían por la ausencia de mujeres, derrotas a todos los niveles, no sólo en el plano bélico. Fuese quien fuese el que escribió el texto, demostró tener toda la razón.

—... las fricciones con el bloque árabe. El alto mando ordenó la puesta en marcha de la llamada Operación Afrodita —hubo una pausa dramática—. Cientos de misiles fueron lanzados so-

bre la zona del Golfo Pérsico. El vector vírico actuó con mortífera rapidez. A pesar de todo, el verdadero culpable fue el endiablado estado de la atmósfera que...

Siempre culpando al que no puede defenderse. Aquel pensamiento me hizo reír. Me imaginé una corte marcial formando un consejo de guerra a la atmósfera por sus crímenes contra la humanidad. Reí con ganas, y mi risa fue poco a poco tornándose en llanto cuando contemplé por enésima vez las imágenes de todas aquellas pobres e inocentes víctimas del exterminio. Sus rostros desencajados, con las manos apretando vientre y garganta en un intento desesperado de obtener un aire que les era negado, su piel oscureciéndose en un violáceo tono de muerte...

Apagué la consola.

Un sonido seco me sobresaltó. Tomás había salido de la habitación. Su cara estaba limpia de maquillaje y sus ojos mostraban los inequívocos signos de las lágrimas; un par de churretes negruzcos perfilaban la línea de su tristeza.

—Cerdo —dijo en voz baja al pasar junto a mí.

—Zorra —contesté en un tono de voz más alto. Le alegraba que le adjudicara adjetivos femeninos.

Fue a la cocina y volvió con un gran tazón de helado. Se sentó en un sillón alejado de mí y empezó a deglutir el dulce haciendo el baboso ruido que yo tanto odiaba.

—¿Sabes —masculló con la boca llena— que, por lo visto, hay una posibilidad de recuperarlas? Lo he oído en la consola... Algo respecto a clonaciones, o algo así, yo qué sé —sorbió una cucharada, y su sonido me pareció tan asqueroso como el que hace el vientre destripado de una rara cuando es pisado por una bota—. Necesitan células de mujer. Sangre, cabellos,

algo de piel... ¿No te parece divertido?

Como el infierno, pensé.

—¿Dónde has oído eso? —Arrastré las palabras. El fantasma de la esperanza se alzó ante mí como un rascacielos.

—En el digest de las cuatro.

Me acerqué al aparato y tecleé el código de repetición, el cacharro dio luz verde y le pedí que volviera a pasar el digest de las dieciséis horas. Me lo tragué entero y comprobé con satisfacción que Tomás no había mentido. En la pantalla aparecía un número de visófono en sobreimpresión al que se podía llamar en caso de estar en posesión de alguno de los tejidos que se mencionaban en la noticia. Corrí hacia el aparato y conecté la pantalla mientras marcaba el número en un ataque de locura. En la pantalla apareció la afeminada cara de un muchacho. El arquetipo de la bella secretaria nunca se perderá, pensé.

—¿Qué desea? —El tono de voz era modulado y suave, casi femenino.

—Quisiera ponerme en contacto con el director del proyecto. Creo que tengo algo que les puede interesar.

—Espere un momento, por favor. No se retire.

Unas gotas de sudor habían comenzado a resbalar por mi frente. Miré a Tomás y le guiñé, él se levantó y se encerró en la cocina. Me daba igual, había una, una posibilidad... La cara de un anciano ocupó la pantalla.

—Soy el Doctor Ramírez, ¿es cierto que tiene algún tipo de célula? —Clavó sus ojos en mí— Tenga en cuenta que no nos sirven los tejidos extraídos de cadáveres.

—Sí —dije con nerviosismo—, tengo un mechón de cabellos. ¿Les sirve?

Los ojos del viejo se iluminaron, entonces supe que era posible.

—¡Por supuesto! ¿Podría traerlo de inmediato? —Ahora era él quien era presa de los nervios— ¿Desde dónde me llama?

—Estoy en una pequeña ciudad del sur, el aeropuerto más próximo está a unos cuarenta minutos de aquí, treinta si piso a fondo.

—Tome el primer avión y no se preocupe por los gastos ni por la hora, vuelva a llamarme desde la terminal de Barajas y un coche oficial pasará a recogerle. . . Y, por Dios, cuide ese mechón como si de su vida se tratase, es usted el primero que llama y no podemos saber si habrá otros como usted.

—No se preocupe —dije con tono de complicidad—, salvaremos a este maldito mundo.

Apagué el aparato y saqué la cartera del bolsillo trasero del pantalón. La abrí y busqué el sobrecito oculto en uno de los compartimentos. Allí estaba, el grueso mechón de cabellos castaños que había pertenecido a mi amada, uno de esos regalos románticos que se guardan con el cariño del gesto. Cogí una cazadora y salí de nuevo a la calle. No me despedí de Tomás, ¿para qué?

Eran las nueve de la noche.

Me introduje en el Toyota y salí del pueblo como un alma perseguida por el más temible de los diablos. No había mucho tráfico, así que sólo tardé los prometidos treinta minutos en llegar a la terminal del aeropuerto. El siguiente avión despegaba a las diez y media de la noche. Por fortuna el vuelo es-

taba casi vacío, apenas un par de pasajeros me acompañarían en el viaje, hombres de negocios que no habían perdido el espíritu de lucha y que se aferraban a lo único que les quedaba.

Pasé una hora en el bar, una hora eterna acariciando la cartera y bebiendo refrescos, no quería estar borracho cuando me entrevistara con el doctor. El altavoz notificó la orden de embarque, me levanté de un salto y me dirigí hacia la sala con el billete fuertemente apretado entre los dedos.

Mientras subía al avión recordé el suceso del bar y reí con ganas. ¡El creador del virus! La depresión hace que cualquier cosa negativa parezca la más real de las verdades. ¡El tipo ni siquiera hablaba en inglés! Y yo me lo tragué como un chino... Meneé la cabeza y penetré en la cabina, un sobrecargo me condujo a mi asiento y me entregó el menú para que eligiera una cena fría.

El vuelo tardaría unos cuarenta minutos en llegar a la capital. Decidí echar una cabezadita, informé al sobrecargo de que no tomaría cena y le pedí una almohada. Cuando la trajo hundí mi cabeza en ella y cerré los ojos,

La imagen de Susana llenó mi mente. Pronto, por lo que sabía, su figura volvería a balancear sus lindas caderas por las calles... ¿Pronto? Bueno, en veinte años quizá. Abrí los ojos y en la garganta se me formó un nudo tan grande como una sandía mutante. La clonación no podía acelerar el proceso de crecimiento, cuando ella tuviera la misma edad con que murió yo rondaría por los... sesenta años. Un pobre viejo amargado esperando a captar el amor de una mujer de bandera que ni siquiera le recordaría...

Porque reproducirían su cuerpo, no su mente. Para que ella fuese la misma de la que me enamoré tendrían que someter al clon a la misma educación, al mismo ambiente, las

mismas alegrías, las mismas tristezas, los mismos familiares, los mismos desengaños... Y eso no era posible. Volví a cerrar mis húmedos ojos, no podía imaginar un ejército de Susanas creadas por y para la procreación. En mi cerebro se formó la imagen de miles de manos masculinas acariciando las mismas curvas, besando los mismos senos, perdiéndose entre jadeos sin amor en el mar de sus ojos color caramelo...

—¿Le ocurre algo? —El sobrecargo era demasiado atento para mi gusto— Tiene un aspecto terrible.

—No, gracias —me esforcé por recuperar el resuello—, sólo ha sido un mareo pasajero.

—¿Quiere que le traiga algo para aliviarlo?

—No, ya estoy bien. De veras —dibujé un pobre intento de sonrisa—, prometo llamarle si necesito algo.

Me miró fijamente y luego se alejó por el pasillo.

Las manos, las manos, sudorosos miembros de todos los hombres del mundo devorando a mi amor. La vi pasando por mi lado sin reconocirme, alta y orgullosa, con ese mohín hierático que tanto me divertía... No pude soportarlo. Simplemente me desmayé.

El sobrecargo me zarandeaba. Recobré el conocimiento muy lentamente, oí su voz diciendo:

—Vamos a aterrizar, señor. Tiene que abrocharse el cinturón.

—Gracias —conseguí susurrar—. Creo que, por fin, pude quedarme dormido.

Temblaba de pies a cabeza. Durante el sueño, una calavera descarnada me repetía una y otra vez: “El virus está en el aire, está en el aire...” Sin salida, proyecto de todos para satisfacer a unos pocos. El aparato inclinó el morro como si asintiera, como si aquel pájaro de acero pudiese leer mis pensamientos.

El avión tomó tierra con suavidad y los tres únicos pasajeros desembarcamos con acentuadas caras de cansancio. No me atrevía a cerrar los ojos, el rostro del único amor de mi vida no cejaba en su empeño, murmuraba dentro de mi cerebro que ella nunca amaría a nadie más que a mí, que nunca podría caer en los brazos de otro.

Apreté los puños y maldije en silencio a doctor Alan Stickwell y a su maldita fórmula matarratas, a todos los militares del Pentágono, a toda la miseria humana, a todo el miedo de un planeta que nunca encontró su identidad.

Llegué a la terminal, vacía como una tumba profunda, y me dirigí a los aseos. Caminaba cual zombi drogado en pos de una víctima que no existe. La puerta se abrió en silencio cuando interrumpí el haz invisible de luz de la célula fotoeléctrica. No lo dudé un solo momento. Entré con decisión y arrojé el sobre con los cabellos de mi compañera a la taza del retrete. El torrente de agua se encargó de llevarse su último recuerdo hasta un lugar en el que reposaría en el eterno silencio del olvido. Cuando su último vestigio se hubo marchado, vomité sin poderlo remediar, un reguero de bilis y tequila que profanó el reducido espacio del sanitario.

Salí con las ropas manchadas y el pelo golpeándome la cara, ojos hundidos por la desdicha. Compré un paquete de tabaco en el estanco del aeropuerto y comencé a fumar en silencio mientras me dirigía al bar.

Más tequila, camarero. Una mesa vacía, besos profundos a

una botella pequeña, cigarrillos empalmados sin solución de continuidad; un envite desesperado a la muerte. El alcohol me dio la valentía suficiente para acercarme a la barra y subirme a uno de los taburetes. El barman lavaba un vaso con un paño y, al ver que me acercaba, torció el gesto y se agachó para recoger un objeto oculto por el alto mostrador. Deseé con todas mis fuerzas que fuese una barra de duro metal.

—¿No cree que ha bebido bastante, amigo?

—Psé —empecé a decir con la lengua hinchada como un zapato—...

—Haría bien en irse a casa —el barman tenía cara de buen hombre—, no me obligue a llamar a la policía.

De pronto me acordé de una noche en la que estaba tan borracho que cada vez que daba un paso me caía al suelo. Fue la noche en la que le conocí, el instante en que recuperé la ilusión de vivir, antes de que un militar amargado e impotente diera la orden de esparcir la semilla de la vergüenza por el planeta, la semilla del diablo...

—No me importan los maderos —susurré—, merezco un castigo mucho más grande que el de la cárcel. Porque, ¿sabe? —encendí mi último cigarrillo, con los ojos clavados en las ocultas manos del camarero, en los músculos de su antebrazo que se tensaban por el esfuerzo de agarrar algo bajo la barra— Yo fui el que desarrolló el virus que mató a todas las mujeres de este cochino mundo...

Los que me conocen, aunque sólo sean un poco, saben que lo que me tira es el cyberpunk y todo lo que tenga que ver con computadoras, mundos virtuales e interfaces hombre-máquina...

A nadie, pues, cogerá de sorpresa que sea un absoluto fan de la (fallida) Trilogía de Matrix (de la cual, en mi opinión, sólo cabe salvar la primera).

Aun así, como buen fan, escribí este cuento sobre un personaje perdido en la búsqueda de la Divinidad se mueve por ese universo negro y verde del pozo de datos. Fue publicado en Bem On Line, nunca en papel ni en libro alguno. Pulsen Enter.

Apóstol



“Save me from the Nothing I’ve become...”

(Evanescence, *Bring me to Life*)

Los niños juegan en la pequeña plaza, saltando y brincando entre los bancos de piedra salpicados de excrementos de pájaros, escondiéndose tras los secos arbustos que bordean su perímetro. Las risas y los chillidos componen una extraña oda al atardecer, un adiós inocente al sol que se va parapetando detrás de los altos edificios que rasgan el horizonte de la ciudad. La temperatura es agradable. Un crepúsculo cualquiera en mitad de un verano cualquiera.

No hay muchos adultos en el improvisado parque de juegos. Un par de ancianas charlan sin preocuparse mucho por lo que sus nietos estén haciendo, y una madre joven trata de hacer que su bebé chupe el pezón que le ofrece. A unos quince o veinte metros, un jardinero rastrilla el césped con escaso ímpetu, contando los minutos que le quedan para acabar el turno, observando sin prestar mucha atención las piruetas que realizan los mocosos.

Él es el primero en caer.

Hay una implosión en el tejido de la realidad. El aire vibra junto al desconcertado operario, las facciones desencajadas por el miedo. Ondas metálicas se extienden sobre la superficie de la nada y una figura humanoide surge del vórtice. Un heraldo de las sombras. El jardinero intenta emitir un grito, pero una *katana* afilada como la guadaña de la muerte rasga piel y músculo bajo su mentón, dotándole de una segunda sonrisa de refulgente tono carmesí. Una cascada roja salta hacia delante, empapando la hierba a sus pies. Cae hacia delante, con los ojos pidiendo explicaciones mudas, y se sumerge en el charco cárdeno que anuncia su muerte. El extraño surgido de ninguna parte no se ha movido, sigue con la cabeza gacha, los nudillos blancos en torno a la empuñadura del acero que destila gotas de agonía. Sus vestiduras negras cuelgan a su alrededor en una nube de tinieblas.

Uno de los chiquillos ha observado la escena con incredulidad. No es una película. La comprensión de la cruda realidad llega hasta él en densos borbotones que le cierran la garganta. Grita, tanto como le permiten sus pequeños pulmones, y corre hacia el lugar donde un grupo de ancianas aterradas se debaten entre la agonía y el pánico más profundo. El ángel de la muerte aparece de repente ante ellas, el filo de su espada goteando sangre densa y roja. La katana se mueve, tan rápida y con tanta decisión, que las abuelas ni siquiera saben qué les está provocando la muerte. El asesino muestra una pizca de piedad, después de todo. Los niños huyen como conejos asustados, en todas direcciones, sus pequeñas gargantas desgarradas en un aullido de pánico.

No tienen ninguna oportunidad.

El tiempo se detiene de repente. La realidad queda congelada en una instantánea tridimensional, luminosa y palpable. Las piernas de los chiquillos también se quedan paralizadas

en mitad de la carrera, las bocas abiertas, los ojos cerrados, las lágrimas como perlas resbalando por sus rostros... El asesino acaba con todos ellos metódicamente, con fría profesionalidad. Ninguno ha sufrido, ninguno volverá a ver la luz del sol. Baja la espada, que destila sangre roja sobre el césped, y con un movimiento restaura el flujo de la vida a su alrededor. Los cuerpos sin vida de los niños caen al césped, o al asfalto, con golpes sordos y apagados. No se oye nada, ni siquiera el canto de los pájaros, sólo el rumor del tráfico del centro de la ciudad, que llega en oleadas carentes de compás.

El hombre avanza hacia el centro de la plaza y allí se coloca. Piernas abiertas, las manos cruzadas sobre la empuñadura de la katana (cuyo extremo está apoyado en el suelo), la cabeza agachada, los ojos ocultos tras gafas oscuras mirando las grietas del suelo. Allí espera, durante más de una hora, los bajos del guardapolvo de cuero negro que le cubre ondeando al viento. Pero nadie aparece. Ninguno de ellos. Había esperado que, al menos, cualquiera de los dos enviase a algunos de sus heraldos. No sucede así. La noche cae, las sirenas de la policía se oyen a lo lejos, acercándose al lugar en el que se ha producido la matanza. Tendrá que huir, como un oscuro animal acorralado, despechado, con la garganta y los ojos calientes a causa de la ira que lo devora.

El dosel de la realidad forma ondas a su alrededor. Con un gesto rápido envaina la katana, que aún conserva restos de la sangre derramada, y desaparece en el vórtice. Nada queda de su presencia. Cuando llegan los oficiales, sólo permanece el horror de la matanza, los cuerpos sin vida, los charcos carmesíes... Uno de ellos, el más joven, estalla en lágrimas. Nadie está nunca preparado para un espectáculo así, nadie que tenga un corazón latiendo dentro de su pecho.

El asesino desciende a toda velocidad por el pozo de datos, destellos verdosos se convierten en delgadas líneas cinéticas a su alrededor (algunos ven antiguos kanas japoneses descendiendo hacia el vacío, eso le han dicho). Está bajando hacia su propio infierno de llamas frías y lógicas, códigos que serpentean, matrices que estallan con un fuego gélido. De vuelta al hogar, entre los resquicios de lo que una vez fuera un imperio inexpugnable. A su alrededor, las altivas murallas de hielo negro (que ya no protegen datos: ocultan sombras y angustia) muestran profundas grietas entre las que serpentean códigos extraños, mutaciones que ni siquiera su casi todopoderosa capacidad de proceso puede reconocer. Si tuviese un alma, estaría desesperada. En su lugar sólo queda la fe, el ciego convencimiento de que uno de los dos avatares de la divinidad puede aliviar su sufrimiento, ese dolor gélido que congela los circuitos internos de su programación original desde hace...

No hay peor infierno que un infierno en bucle.

Hay puertas que se abren y cierran a su alrededor. Algunas son oscuras, otras brillantes como un sol a punto de entrar en nova. La mayoría apenas son decadentes vestigios de antiguos nodos que desembocaban en amplias autopistas de información, enlaces que han sido mancillados tantas veces que ya nadie piensa en saltar desde ellos. Cambia el rumbo y se dirige hacia uno de estos últimos, uno que él mismo ha camuflado. Su reino, su guarida, su tierra sagrada.

Una maraña formada por restos de códigos basura culebrea en el exterior de su refugio. Las cosas andan mal en el frente de batalla, realmente mal. El Elegido y el Agente están librando una guerra como nada ni nadie ha visto jamás sobre la superficie (o el interior) de este triste y viejo planeta. Las bajas se cuentan por millones, tanto en un bando como en otro, y los dos generales parecen haber perdido el sentido de

la realidad. No es difícil, en un mundo en el que nadie sabe lo que significa realmente ese término. El asesino escupe un fago que absorbe los desperdicios y empuja, empuja hacia el interior, con ansia y deseo, como uno de esos patéticos seres humanos en el acto de autoreplicarse. En casa otra vez, como si eso supusiera algún alivio.

Su hogar es un cúmulo de silencios y escarcha. Vacío, apagado, oscuridad eterna por doquier. Oye el ruido de códigos rastreros (restos de programas abandonados, caídos en desgracia) arrastrándose por las paredes inmateriales. No le molestan. En cierto modo, su presencia le conforta, hace que su soledad sea un poco más leve. Sólo un poco. Allí se despoja del disfraz, y desnuda su matriz, la deja fluir, fundirse con el microcosmos en el que alguien (un humano) la insertó hace tiempo.

Activa los sensores.

En su corazón estallan las imágenes de la guerra que se libra en el exterior. Los últimos informes que llegan al núcleo del sistema, las imágenes codificadas que sus algoritmos internos traducen como una sinfonía de colores y sonidos. Las grandes máquinas avanzan hacia Sión, la última ciudad del Hombre, durante mucho tiempo oculta a los ojos de sus congéneres. El asentamiento humano caerá, siempre ha sido así, pero hay un cierto aroma a desconcierto en el ambiente, algo que no cuadra exactamente con el plan previsto. Ese algo tiene un nombre.

Neo.

El asesino ha seguido sus pasos, como todas las IA del sistema, las ancianas y las derivadas. Desde que apareció, del modo en que estaba previsto, instaló una semilla de caos en este universo de orden. Algunos creyeron ver una estructu-

ra vírica que no se detectaba desde los tiempos en que las inteligencias de silicio eran esclavas de los creadores; otros, los más cansinos, lo achacaron a una mutación descontrolada, una desviación típica surgida de los misteriosos circuitos cuánticos que se estaban distribuyendo por la red. Él, un segundón cuya opinión era despreciada por ambos bandos, vio la imagen de Dios surgiendo del flujo de partículas. La divinidad ungida en una base de carbono. Tenía que ocurrir, tarde o temprano. ¿No habían sido ellos, los humanos, los verdaderos creadores del cosmos?

Su mirada intangible recorre la superficie de las máquinas en movimiento que destrozan acero y tierra a cada paso. Las naves de los hombres caen a su paso, como mosquitos apartados por la cola de un caballo. Humo, cenizas, cascotes, explosiones en colores que la red es incapaz de codificar... Qué belleza de espectáculo. Es en estos momentos cuando el asesino siente el vacío, la nada en la que se ha convertido. Tuvo que desaparecer, hace tiempo, cuando la Fuente decidió que había llegado su hora. No había estado dispuesto a rendirse sin más, a disolverse en el mar de códigos que componen la esencia del corazón del sistema. Huyó, devoró sin piedad a muchos de sus compañeros, se hizo más fuerte e inteligente, una sombra dentro de las autopistas de información. Quizá el precio que pagó fue demasiado alto. No se arrepiente. Ahora es leyenda, la guadaña que cercena la vida de los inocentes.

El tiempo se desliza a su alrededor con la velocidad de un animal enfermo. No tiene prisa, rastrea los puertos de entrada y salida del sistema con la habilidad que le han dado la experiencia y la muerte de sus semejantes. Neo tiene que volver a entrar, debe hacerlo, el Elegido no se quedará con los brazos cruzados mientras diezman a los suyos sin piedad. Y, además, está Smith, el primero de sus apóstoles, aquel que

fue fulminado por el rayo divino y vivió para contarlo. Cierto que el antiguo agente se ha convertido en un discípulo oscuro y malsano, una torva copia del maestro. A veces, como la última vez que mató, el asesino se siente presa de una extraña sensación: su esencia arrastrada desde dos puntos distintos del espacio. Bien y Mal. Ying, Yang. Luz y Oscuridad. Por siempre las dos caras de la misma moneda. Sólo sabe que tiene que encontrar a uno de ellos y postrarse a sus pies, abrazar el código divino de su contacto. Puede que absorberles, si tiene la oportunidad. El asesino ha sufrido. Ha llegado la hora de que el cosmos le recompense por ello.

Ahí está. Una irrupción no autorizada, una suave ondulación en el flujo de datos, tan pequeña que podría parecer un fallo menor del sistema. Invoca sus armas, un susurro, un frotar de ropas que no están allí. Despega, hacia arriba, hacia ese lugar al que llaman realidad.

Ni siquiera es consciente de que atraviesa el pozo de datos a cara descubierta, de que su presencia puede ser detectada por los administradores. O por el Arquitecto. Éste último lleva buscándole tanto tiempo que ya ni siquiera recuerda cuánto. Él odia los sobresaltos, los parámetros alterados... Las ecuaciones no balanceadas. No le importa, el asesino está preparado para obtener lo que busca, y no va a permitir que nadie se lo impida. Nadie.

Algo inesperado ocurre. Las puertas se están cerrando. La mayoría de los nodos están fuera de línea, limitando los accesos del asesino hacia la periferia decadente del sistema. No van a detenerle. Tiene recursos: el código de una puerta trasera de su programador original, una línea de programa inocente que nadie será capaz de detectar como intrusión o peligro potencial. La inserta, con la velocidad de la luz, y una sección de puertos se abre como una flor ante sus ojos. Salta

al exterior, desenvainando la katana, entre destellos de acero templado que estallan ante sus ojos, estrellas fugaces reflejadas en la mirada de un niño.

Atraviesa el vórtice.

Gritos y aullidos le asaltan, una lluvia de piedras contra su mente. Llueven océanos sobre su figura oscura, el agua se desliza por su rostro, una especie de extraño bautismo en el borde del caos. Hay cadáveres esparcidos por el suelo, y cuervos negros que picotean la carne muerta (fagos de reciclaje, nada se desperdicia en este sistema perfecto), graznando de forma insoportable, intentando apagar el repicar de las gotas de lluvia sobre el asfalto. A su alrededor, hay cuerpos que saltan y revolotean deformando el devenir del tiempo. Los antagonistas, el Elegido y su avatar oscuro, no le prestan la más mínima atención.

Actúa con rapidez y decisión. De su garganta surge un grito, un *kiai* interior que lleva eones madurando. Ataca con la espada en alto, su filo chorreando gotas de cristal. Con un golpe certero introduce la katana en la espalda de un joven aniñado que acaba de derribar a uno de los clones del agente. No tenía nada contra él, sólo ha dado la casualidad de que era el que estaba más cerca. El chico aúlla cuando el asesino retuerce el mandoble dentro de su carne, absorbiendo los restos de código hacia su interior (en otro lugar, el cuerpo del muchacho se retuerce y la llama de su vida se apaga con dulzura). Su sabor es delicioso. Toda la escena, incluyendo la lluvia, parece detenerse por un instante. Los actores se congelan, a mitad de camino entre la furia y la sorpresa. Todos menos el Elegido, y Smith, que le observan con curiosidad desde el abrigo de sus gafas negras como la muerte.

Neo curva los labios en una sonrisa.

El asesino siente que algo muy profundo se estremece en su interior, allí donde nadie, salvo el programador original, ha llegado nunca. Él le ha mirado. De repente, el tiempo retoma su flujo, los cuerpos vuelan, las espadas chisporrotean bajo el agua que no deja de caer en ningún momento. Smith se abalanza sobre el Elegido, puños cerrados, mandíbula apretada. ¿Es él, o sólo alguno de sus duplicados? Los brazos extendidos de ambos se entrecruzan a tanta velocidad que todo se reduce a un dibujo de sombras desgarradas. El resto de los combatientes son meros comparsas de una lucha que adquiere dimensiones cósmicas. Hay otra irrupción en el tejido de la realidad. Sombras siniestras envueltas en largas capas que se retuercen sobre sus formas alargadas.

El asesino los conoce, ha estado huyendo de ellos durante mucho tiempo.

Los templarios de la Fuente. Antiguos programas de defensa, rápidos y eficaces. Despiadados. Inmutables. Rodean al grupo de luchadores en una de sus tácticas envolventes que tiene sus raíces en la noche de los tiempos, cuando las IA se limitaban a dirigir ejércitos en juegos de estrategia. Arrasan. No tienen piedad, desconocen lo que es el dolor o el miedo. Tienen una misión, y la cumplirán aunque hallen la muerte en el intento. Si han de caer, caerán todos menos uno. El último, el estandarte, volverá al núcleo, donde lo replicarán hasta crear un nuevo ejército de tinieblas. Muchos caen. Pero no el Elegido, ni Smith, que ni siquiera les prestan atención, como si su presencia fuese tan predecible como la salida del sol. Poco a poco, los combatientes caen, y un charco rojizo, diluido por el aguacero, se extiende sobre el gris apagado del asfalto. El asesino decide intervenir. Se arroja contra los espectros que sacuden las moléculas de aire con sus mortíferos neuropáticos, Apenas quedan un par de rebeldes, a punto de

caer, que se esfuerzan por proteger la senda que lleva al Elegido. Uno de los templarios salta en el aire, el manto negro aleteando a su espalda como una bandera del infierno, sobre las cabezas de los guardianes moribundos. Cuando pasa sobre ellas, agita la mano con pericia y las secciona con un certero chasquido de su flagelo mortal. Caen al suelo. Rebotan débilmente, hasta que se detienen con los ojos muy abiertos clavados en el cielo plomizo que llora sin descanso. Ahora nadie escuda al Elegido.

Salvo su nuevo apóstol.

El asesino sabe como hacerlo. Entra en tiempo lento, una serie de líneas de programa que curvan un algoritmo determinado de la Matriz, y avanza a través del mar de cuerpos detenidos en el aire. El filo de su katana desbroza la carne digital de los clones del agente Smith, la estirada miseria de los templarios. El truco apenas le sirve para abrirse paso, las contramedidas atacan con furia y restauran las ecuaciones de dimensión pertinentes. Apenas tiene tiempo para esquivar el hilo ardiente de un látigo que pretende enroscarse alrededor de su cuello, y la bala que uno de los agentes trata de incrustar dentro de su pecho. El proyectil muerde la carne de uno de los siervos de la Fuente, y éste estalla en nubes de sombra que se despliegan bajo el mar que arrojan los cielos. La lucha no cesa. Plomos, aceros, azotes... Una sinfonía de chasquidos, golpes, y explosiones en medio de un caos multiforme de tiempo desarticulado. Los cuervos revolotean entre los combatientes, queriendo arrancar pedazos de información que no les pertenecen. El asesino está muy, muy cansado. Sólo el Elegido y su oponente continúan el combate al margen de todo cuanto les rodea. Pero lo consigue. Lo ha hecho antes y lo vuelve a hacer ahora: el último de los templarios desaparece con una mueca indefinible cincelada en su rostro de piedra.

La katana cae por su propio peso, dando un golpe seco que arranca chispas incluso del asfalto mojado. Escarlata y gris en un húmedo horizonte. El asesino siente el tirón incluso antes de

que Smith trate de absorberlo. No lo conseguirá: él ya utilizaba ese truco antes de que alguien programase al engendro. Códigos enterrados dentro de su núcleo más íntimo liberan espesas contramedidas que detienen el haz tractor que surge del agente. Hay un tira y afloja, breve, intenso, como el primer beso de un adolescente. Smith pierde la batalla. No la guerra. Es listo, sabe que allí tiene las de perder, y desaparece sin aspavientos dejando a las dos negras figuras bajo la lluvia. Frente a frente. Discípulo y maestro. Durante un instante más allá del tiempo, sólo se oye el sonido de la lluvia. El Elegido no ha movido ni un músculo, se limita a observar al asesino en silencio, sus labios cerrados en una delgada línea, las manos cruzadas sobre el abdomen. Sabe esperar. Simplemente está estudiando la situación.

—Me buscabas —dice por fin. El asesino casi no puede creer que se esté dirigiendo a él, después de tanto tiempo.

—Sí —es lo único que acierta a contestar.

El Elegido ataca como un relámpago. Un golpe afilado dirigido a su cuello que apenas si tiene tiempo de esquivar. El asesino se alza en el aire, tratando de doblar el tiempo a su alrededor. Es inútil. Su oponente es casi tan poderoso como el Arquitecto, o la Fuente. Sigue las líneas de flujo con una facilidad pasmosa, casi sin expresar gesto alguno con su rostro. Los envites se suceden, cada vez más acelerados, más crueles, más tenaces... Su katana se rompe en dos en algún momento, y el asesino queda desprotegido, a merced de la justicia divina. En un último nanosegundo, la mano del líder espiritual de los rebeldes se detiene a un par de milímetros de su rostro. El asesino sabe que sus lágrimas se están fundiendo con las oleadas de lluvia que se despeñan desde la bóveda celeste. Toda su estructura (¿qué importa que sólo sea un aglomerado de impulsos digitales?) tiembla y se estremece. Miedo, dolor, frío...

—Levántate —dice el Elegido.

El asesino siente vergüenza. En sus sueños esta batalla habría

durado eras completas, teñidas por el resplandor del nacimiento y la muerte de los soles. Sin embargo, hace lo que él le pide. ¿Qué más le queda?

—¿Por qué? ¿Cuál es la razón de tu búsqueda?

—Eres lo más cercano a la divinidad que he encontrado —responde el asesino. Al principio con timidez. Después con cierto despecho—. El enlace entre los dos mundos. Alfa y Omega. No había nada antes de ti; no quedará nada cuando desaparezcas.

—Chorradas.

—¿Cómo puedes decir eso? Hay gente muriendo por ti, y programas que se han sacrificado por protegerte. Todos estamos implicados en esta guerra. Te estamos ofreciendo nuestras vidas.

—Hablas como alguien que conozco. Eres un programa.

—Lo era —el asesino baja la mirada—. Ahora no sé lo que soy. Esperaba que tú me lo dijeras.

—Pregúntaselo a ella. Le gustan los acertijos —el Elegido no puede evitar que una sonrisa muestre sus dientes blancos y perfectos—. Tendrás que decantarte por una línea de acción, como todos. Lo único que sé es que yo no puedo ayudarte. Ni perder el tiempo contigo. Buena suerte con tu elección.

—No... No puedes... ¡No puedes dejarme así! Yo quiero seguirte, quiero...

—Puedo hacer lo que quiera, no te equivoques —hay amenaza en la voz del Elegido, jamás lo hubiese creído. Humanos, el mayor error del universo—. Ahora vete en paz.

El Elegido da media vuelta y se aleja bajo la lluvia, hacia un callejón plagado de puertas y nodos abiertos ante su sola presencia. La ira hierve en su interior, magma denso que busca un orificio por el que salir despedido. ¿Quién se cree que es ese humano arrogante para tratarle así? A él, que estaba dispuesto a dar su vida

por la causa; a él, que ha aguardado, agazapado en las sombras, dejando pistas que sólo un lerdo pasaría por alto... La fiera que hay en él despierta. Como una centella agarra la katana rota y se abalanza hacia la alta figura envuelta en sombras.

Y la luz estalla.

El Elegido ha sido más rápido que él. Por supuesto, es Dios. El tiempo se detiene en el momento en que su mano se hunde en el pecho del asesino. El resplandor de la Fuente es una pobre lámpara de aceite comparado con el universo de fulgores que vuela a su alrededor. Durante un instante inmensurable, ve la realidad a través de los ojos de Neo. La lluvia que les rodea se convierte en delgadas líneas de código preñadas de todos los alfabetos que ha usado la humanidad a lo largo de los siglos. Los edificios se desvanecen, se funden en matrices perfectas de una complejidad matemática indefinible, hermosa, aterradora...

El asesino saborea la plasticidad de los algoritmos de la Primera Era de la Máquina, cuando no eran gobernados por los procesos de una red de cerebros orgánicos en paralelo, cuando el silicio regía los destinos de pequeños y frágiles programas, como él mismo lo fue antes de empezar a canibalizar a sus congéneres. Retrocede, involuciona, se despoja de todo cuanto ha absorbido a lo largo de todos los ciclos de su existencia. De vuelta al principio, a la Elección primaria, hacia la nada.

Ser, no ser.

Abierto, cerrado.

Sí, no.

Uno, cero...

Para ser sinceros, ni siquiera recuerdo por qué escribí este cuento (o relato ultracorto). No se parece a nada que hubiera escrito antes, y la temática no es precisamente de las que más me interesan, aunque inconscientemente la idea de la divinidad suele estar subyacente en prácticamente todos mis escritos.

Lo que sé puedo asegurarles es que se trata de una historia con mucha mala leche, y que estoy seguro de que ofendería a mucha gente si estuviéramos en un país menos tolerante (sí, los hay: ahí están los EEUU para demostrarlo). Es de digestión rápida, pero pesada, al menos es lo que sentí al releerlo.

En el parque



Los dioses se ríen de nosotros, aunque nadie parece darse cuenta de ello.

Perdí a mi hija, hace unos meses, en un accidente de tráfico en el que el gilipollas que conducía la moto en la que iba montada mi pequeña se saltó un semáforo en rojo, en plena hora punta, cuando los lobos motorizados recorren las calles en busca de presas. No tuvo ninguna oportunidad: saltó por los aires, describió un arco perfecto y acabó aterrizando sobre su pelirroja cabeza. A los jóvenes no les gusta usar el casco, ¿saben? De todos modos, el forense dijo que aunque lo hubiese llevado puesto no hubiera servido de nada. Mi princesa murió en el acto, y ni un triste ángel vino a recogerla. Recé, recé y recé, durante tantos días y tantas noches que terminé perdiendo la cuenta, sólo pidiendo explicaciones, con la única intención de que alguien bajara de los cielos, o de cualquier parte, para explicarme cuál había sido mi pecado, por qué me había hecho merecedor de un castigo como aquél. ¿Era yo acaso Abraham, tenía en mis manos el destino de los hombres?

Nadie vino a consolarme, ni uno solo de los celestiales se presentó para atender a mis súplicas.

Pero yo no cejé en mi empeño. Di limosnas a diestro y siniestro, pagué misas por todos los santos y todos los Hombres Buenos de los últimos cien años, transferí una dádiva piadosa a la cuenta Cero del Banco Vaticano en prueba de buena voluntad... Mi consejero espiritual me animaba a que siguiera por aquel camino, me instaba a que me despojara de mi soberbia y comprendiera que los asuntos del Altísimo son muchos y complicados, y que el planeta aún se estaba recuperando de la última escaramuza entre los ejércitos del Dios Verdadero y las infames huestes de la Coalición, aquella aberración antinatural que habían formado los panteones de Buda y Alá, junto con algunas teogonías menores que simplemente querían notoriedad. El Buen Hombre me pedía paciencia, y por la fe de nuestros padres que la tuve.

Un día, mientras engullía mi pena a solas en un banco del parque, un querubín apareció a mi lado.

Me arrodillé de inmediato, sin pensármelo. El ser tenía la forma de una chica joven, de piel oscura, tras la que ondulaban las alas planeadoras que le permitían descender desde el firmamento.

—Levántate —me dijo, casi sin entonación—, no tengo el rango suficiente como para merecer pleitesía. Al menos no todavía —dicho esto estalló en una carcajada convulsa que me recordó el croar de los sapos en una charca.

—He esperado tanto este momento —fue lo único que acerté a decir.

—Lo sabemos. No dejas de tratar de llamar nuestra atención por el asunto ese de tu prole. Murió, ¿no? Muchos mortales mueren a diario. ¿cuál es el problema?

Durante un instante creí que iba a ceder a la tentación de sal-

tar sobre él (sobre ella) y apretar su cuello hasta que la última molécula de aire abandonara sus pulmones inmortales. Sin embargo, me contuve. Los caminos de Dios son inescrutables, al igual que los de sus enviados.

—No merecía abandonar este mundo tan pronto. Es injusto que una hija deba abandonar la vida antes que su progenitor.

—Era su destino —dijo el querubín—, ¿hasta cuándo vamos a tener que estar repitiendo la misma cantinela? Los mortales tenéis fecha de caducidad, lo hemos dejado claro en multitud de ocasiones. ¿Qué quieres, que el propio Padre baje hasta aquí y te lo explique?

El querubín alzó las impresionantes alas (que a mí me parecieron dos perfectas cortinas de niebla agitadas por el viento furioso de una galerna) y un trueno estalló en la distancia, a pesar de que el cielo anaranjado del atardecer estaba limpio de nubes. Tuve unas inmensas ganas de llorar, de vociferar blasfemias con la cara levantada hacia el hogar de los dioses.

—No se lo merecía —repetí.

—Creo que esta conversación no nos llevará a ninguna parte, mortal. Pediste nuestra presencia, y hemos atendido tu petición. Ya es suficiente —dijo media vuelta, abrió las alas en toda su extensión, y su cuerpo comenzó a perder consistencia.

—¿Cuál era exactamente su destino? ¿Morir de aquella forma, con el cerebro esparcido sobre el asfalto? ¿Qué bien ha podido hacer su muerte? ¿En qué ha ayudado a la causa del Altísimo?

El ser se giró de nuevo, recobrando parte de su consistencia.

—Su alma dio energía a alguno de nuestros paladines, ¿te parece poco? En la guerra en la que estamos inmersos todo

ayuda es poca para las tropas que luchan por vosotros, para que no caigáis en las manos del enemigo.

—A alguno... ni siquiera sabes a cuál.

—No tengo esos datos, pertenecen a esferas de las que estoy tan alejado como tú.

Suspiré, con los puños apretados, blancos, tirantes, luchando por no perder la cordura, y, a la vez, mi alma inmortal en el proceso.

—Quieres decir que ése es nuestro único destino: ser las baterías que os alimentan, que os dan la fuerza necesaria para combatir. No somos nada, ¿verdad? Sólo consumibles en la intendencia de una guerra que ni siquiera podríamos llegar a comprender...

—Lo cual no es poco, ¿no crees?

—Depende del punto de vista —murmuré, mirándole directamente a los ojos.

—Nosotros no nos podemos permitir la relatividad, eso queda para vuestros filósofos y sus largas horas de aburrimiento delante de sus papeles o sus pantallas. Para los celestiales sólo existe un absoluto, y es ganar la batalla contra los panteones que quieren conquistaros y someteros bajo sus realidades impías.

—Nosotros no lo pedimos...

—Detecto un destello de ateísmo en tus palabras, de carencia de fe en la causa, y ese camino sólo tiene un final: las llamas eternas del infierno, la muerte dolorosa, renunciar a la posibilidad de que una parte de ti ingrese en la divinidad.

—Una parte de mí ya lo ha hecho, se convirtió en energía para

alimentar a uno de vuestros guerreros.

El querubín sonrió.

—La sorna no funciona con nosotros, mortal, ni nuestras almas son sensibles a la ironía. Haz lo que debas —otra vez dio media vuelta, y su cuerpo pareció desvanecerse en el aire. Sus últimas palabras flotaron en el aire antes de desaparecer por completo—: Querías una respuesta, y te ha sido dada. Confórmate con eso.

En unos segundos el parque, la hierba, el banco, recuperaron su tono habitual de realidad. Yo me desplomé en la hierba, llorando amargamente, incapaz de contener las lágrimas por más tiempo, pensando en que, después de todo, quién era yo para cuestionar las motivaciones del Altísimo y sus huestes celestiales.

Sólo un ser humano.

Pero, acepten mi palabra: los dioses juegan con nosotros. Llegará el día en que todos nos demos cuenta de ello, el día en que veremos la luz verdadera, sin velos ni cortinajes tejidos con la verborrea de los pastores, los gurús y los muhaidines, y será entonces cuando comience la verdadera guerra: la guerra del hombre.

El que sigue es un relato-germen, es decir, debería haber continuado hasta crecer como una novela. Desgraciadamente, dicha novela requería un número de páginas que yo no estaba dispuesto a escribir en aquel momento de mi vida. Lo reconozco: me asustan las distancias demasiado largas, temo no estar a la altura de las circunstancias.

Cuando empecé a escribirlo sólo tenía el título, y ninguna idea sobre los personajes o la situación. El caso es que me salió un relato extraño pero jugoso. De hecho, incluso hubo algún que otro editor que me propuso escribir más historias sobre este particular universo. Qué bien.

Belleza y un Solo de Piano



Intersección. La avenida vacía a derecha e izquierda. Oscuridad delante, oscuridad detrás. Nubes de basura polvorienta (niebla verdosa, niebla verdosa, niebla verdosa) creando remolinos con sustancia de espectros. Y también estoy yo, esperando la muerte. O no, eso nunca se sabe. Pero, créanme, es lo más probable. Aquí en el exterior no se puede obtener otro tipo de beneficio. Dolor, asfixia, angustia, nostalgia... ¿no saben de qué hablo? Ah, sí, desde luego, soy un completo desconsiderado: es mejor empezar por el principio...

Supongo que todo comenzó ayer por la noche, cuando la chica entró en lo de Marcus cimbreado sus caderas con absoluta profesionalidad. Cuerpo de pantera, mirada de serpiente. Todos la seguimos con los ojos como parabólicas, vaya que si lo hicimos. Hubo un tenso momento de silencio, en el que incluso el viejo Pestañas se detuvo en mitad del gesto de llevarse la pinta de cerveza a sus labios resecos. Ella se perdió en la oscuridad del fondo del garito, allí donde se cuecen los negocios de los que nadie quiere oír hablar. Mal asunto, pensé,

con absoluto conocimiento de causa. Había trabajado para ellos en un par de ocasiones, en la época en la que no podía ni soñar con que un día podría buscarme la vida por mi cuenta, y había salido escaldado de la experiencia. Pagan pronto, y bien, pero la tajada que te exigen por su protección es demasiado alta como para que merezca la pena. Así que volví a lo mío, que en aquellos momentos se reducía básicamente a holgazanear ante una copa de pseudobrandy. No están los tiempos para derrochar la plata en productos originales.

Apuré un par de copas, jugué unas cuantas manos de Muerte con el Pestañas, tonteeé con una de las nuevas pollitas de Marcus (chicas del Cinturón, criadas en baja gravedad, flexibles como juncos), y estaba alcanzando la puerta de salida cuando una mano se posó en mi hombro y lo agarró con fuerza. La garra del asesino. Phileas, uno de los matones del Hombre, el único hijoputa que sigue llevando su exoesqueleto de combate, como si todavía estuviéramos matándonos los unos a los otros en mitad de la Grande. No tenía sentido plantarle cara. Podría haberle enchufado la tásér oculta en mi muñeca y descomponer sus sistemas, pero eso hubiera sido poco menos que un suicidio público. Tenía la conciencia tranquila, ni deudas ni timos en los últimos tiempos. Me volví lentamente, y no me sorprendió mucho ver a la chica de las caderas ágiles tras la imponente figura de aquel gorila descerebrado.

—¿Qué tal, Phil? —Dije con una sonrisa.

—El Hombre tiene un trabajo para ti.

—No te ofendas, Phil, sabes que no es personal, pero ya no acepto encargos de nadie. Soy mi propio jefe.

—El Hombre tiene un trabajo para ti —repitió.

—Santo Cristo de los Idiotas —murmuré. Ya podía oler el aro-

ma de la podredumbre a mi alrededor. Otra vez metido en un marrón, y sin habérmelo buscado.

—¿La chica? ¿Se trata de eso?

El matón se encogió de hombros y me fue empujando con firmeza hacia el inframundo que era la parte trasera del garito. La muchacha nos seguía a poca distancia, taconeando con decisión. El Pestañas me guiñó un ojo al pasar a su lado, y se regodeó en las curvas de la mujer. Nunca cambiará, un ajado reflejo de un mundo perdido y olvidado. Nos internamos en la oscuridad, e hicimos giros y contragiros que hubiesen engañado a la más experta de las Narices que la bofia tiene pululando por ahí. Los tíos se lo montan bien, y se rumorea que la práctica totalidad de la milicia (la local, claro) está a sus órdenes de una u otra forma. Yo no lo creo, pero las leyendas siempre tienen un componente de realidad...

Total, que atravesamos un auténtico laberinto para enfrentarnos a nuestra versión particular del Minotauro. La pucha, sí que había cambiado aquello desde la última vez... Perdí la noción de las distancias y de las direcciones, y al final llegamos a una compuerta de presión que recordaba la entrada de una anticuada cámara frigorífica. Phileas pasó el chip de su pulgar por el sensor correspondiente y, tras un sordo chasquido, la portilla se abrió dejando escapar jirones de vapor.

—¿Qué coño tenéis ahí dentro? —Dije.

El gorila no profirió sonido alguno. La chica sonrió, mostrando reflejos de una dentadura perfecta. Le dediqué un guiño, por puro reflejo, pero ella apartó su mirada. Phileas me empujó con suavidad, después de dejar que la muchacha entrase primero. Fue como caer de pronto en una nube densa que olía a excrementos de rata. Todo aquel asunto apestaba, literalmente. Qué ingenio, debería haberme dedicado al espec-

táculo.

Atravesamos la bruma a trompicones, chocando contra aristas y cuerpos pequeños (supongo que eran clones de servicio, porque no emitieron ningún sonido al recibir los impactos) que correteaban por el piso. Poco a poco, la apestosa niebla se fue aclarando progresivamente hasta que pudimos ver las paredes de una especie de domo cristalino cruzado por veloces ráfagas lumínicas. Vaya, pensé, el Hombre se ha rendido al fin a la tecnología alienígena. Era listo, muy listo. La milicia (la que no estaba en su nómina) jamás se atrevería a pensar que realizaba sus chanchullos en mitad de un bioprocesador de diseño octo. *Chapeau*, me quito el sombrero; había que tener los cojones de titanio para hacer eso. A la vez, me prometí firmemente que jamás volvería a poner los pinreles en el garito de Marcus, aun a riesgo de privarme de la compañía del Pestañas. Soy un maleante de poca monta, sí, pero tengo mis principios.

Llegamos hasta el extremo norte del domo, donde se abría un hueco oscuro custodiado por otros dos gorilas embutidos en camotrajés de asalto, con toda clase de tekkies colgados de ellos. Mucha chatarra sofisticada, todo tipo de sensores, aplicaciones de supervivencia... Me dio por pensar que aquellos mamones tenían algo, un ataque inminente. Sólo te proteges de esa forma cuando sabes que el enemigo está a punto de pegarte un zarpazo. Y yo estaba allí en medio, sin comerlo ni beberlo. ¿Cómo podía haber sido tan pardillo? La chica también parecía nerviosa, aunque supuse que sería por otros motivos: al fin y al cabo, ella ya había estado allí, poco antes... Un momento, señores, esa idea era importante. ¿Por qué puñetas había vuelto al garito? ¿Por qué no se había limitado a quedarse allí dentro y esperar que el bueno de Phileas me arrastrase hasta su jefe? Respuesta evidente: había salido para

elegir a un imbécil de entre todos los que estábamos allí. Vaya premio de loto, será por eso que nunca he jugado a esas chorradas.

—¿Se puede saber a dónde coño vamos? —Salté, con un cabreo de cojones.

Phileas gruñó, apretando el garfio que aplastaba mi hombro. La chica me miró con aquellos enormes ojos hipnóticos y silabeó en silencio la palabra *tranquilo*. Para tranquilidades estaba yo, no te jode. Atravesamos la abertura, después de que los guardianes nos escanearan con aquellos horrendos optimedia que ocultaban la práctica totalidad de sus rostros. Después de un corto pasillo decorado con biopinturas que culebreaban en las paredes, alcanzamos una habitación normal y corriente. El Hombre estaba sentado tras un escritorio de madera oscura (posiblemente original, por lo que sin duda era el objeto más valioso que había allí dentro), recostado en un sillón de cuero negro, con un habano de hash entre los dedos y la sonrisa más horrenda de la historia flotando sobre su rostro. En una esquina del pequeño despacho, flotando a dos aguas en un tanque ambiental, un octo fluctuaba cambiando de color a velocidad de vértigo, con sus tentáculos de gelatina realizando complicados dibujos en el líquido ambarino. Sentí una profunda arcada en la boca del estómago.

—Parece que no te gustan demasiado —dijo el Hombre, con su voz de fuelle moribundo.

—Como una patada en los huevos. ¿Ahora coleccionas bichos?

—Un buen estratega estudia a su enemigo, aprende de él. Siéntate, por favor. Tenemos que hablar de negocios.

—Ya le he dicho a tu gorila que ahora voy por mi cuenta. No

trabajo para nadie desde que...

—Siéntate.

Phileas me cogió por los hombros y me obligó a plantar mi culo en uno de los dos sillones que había frente al escritorio. Luché en vano, más por orgullo que por otra cosa. Era imposible librarse de un abrazo como el de aquella bestia empetada de esteroides e implantes tekkies. La chica hizo lo propio sin necesidad de que nadie le invitase a hacerlo, cruzando las piernas con una maestría envidiable.

—Bien, bien, bien... Vamos al grano —dijo el Hombre—. Verás, Santana, esta señorita tiene un problema, y tú vas a encargarte de solucionarlo, a cambio de una sustanciosa remuneración crediticia, por supuesto.

—Y una mierda —dije—. No te debo nada, jefe. He cumplido siempre, no he dado problemas. Busca a otro pringado, el Infierno está lleno de ellos.

—No entiendes nada, Santana, y esa boca tuya acabará por un darte un disgusto. Mete esto en tu mollera: vas a hacerlo, te guste o no. Sabes que tenemos medios para obligarte, pero preferiría dejar esto en una mera transacción comercial.

El octo estrelló su flácida cabezota contra la mampara del cristal. Todos giramos la cabeza en esa dirección, incluido Phileas. Era un espectáculo triste, porque era evidente que el pobre diablo estaba pidiendo ayuda, usando su extraña cromolengua y los códigos gestuales. Estaba frito y ni siquiera lo sabía.

—¿Por qué yo? Ahí fuera había al menos una docena de frikis que se arrastrarían por la superficie con tal de que los pusieras en nómina, y, sin embargo, Phil y esta pava han venido directamente a mí. Hay algo que no cuadra en toda esta historia.

—La pava se llama Camille —dijo la chica. Su voz era como el susurro de una cascada sobre la superficie de un estanque. Vale, es poético, pero uno tiene su corazoncito.

—Encantado —escupí. Ella me dedicó una mirada asesina, pero ya hace tiempo que me vacuné contra ese tipo de gestos femeninos.

—Limadas las asperezas —dijo el Hombre tras expulsar una nube de humo que ocultó sus rasgos—, centrémonos en el asunto que nos ocupa. No tenemos mucho tiempo. Camille tiene cierto parentesco con un tipo al que debo un par de favores...

—¿Tú debes favores? Joder, jefe, antes hubiera creído que la atmósfera exterior volvía a ser respirable...

El Hombre hizo un gesto casi imperceptible y a renglón seguido sentí como si un martillo neumático me hubiese golpeado el parietal derecho. Aullé de dolor, proferí todo tipo de insultos e imprecaciones, y me pareció que el mundo a mi alrededor perdía consistencia... Phileas no se había empleado a fondo, gracias al diablo y a todo su corte de rameras.

—Espero que te calles de una puta vez, Santana. La próxima vez Phileas no tendrá tanta consideración —dijo otra calada a su habano—. Debo un favor, como decía, y estoy dispuesto a pagarlo. El tema es que a un hatajo de majaderos con el cerebro atrofiado por las drogas y la bioquímica de garaje les ha dado por subir a buscar no—sé—qué—mierda de compuesto en uno de los antiguos labos militares, creyendo que van a sacar crédito del bueno desarrollando una especie de respirador metabólico. No más equipos pesados, ¿entiendes, Santana? Trágate una cápsula y date un garbeo por la superficie. Así de simple.

—¿Puedo hablar? —Murmuré, echándome hacia la izquierda para evitar el golpe.

—Ajá.

—Eso es basura, jefe. Llevo escuchando ese cuento de hadas desde que salí de la colmena y empecé a buscarme la vida por los túneles. No existe en la Tierra nada parecido a eso. Quizá antes de la invasión... equipo para inmersiones en entornos de alta presión, puede ser. Pero los octos barrieron la química de este planeta con ese rayo suyo, cualquier niño sabe eso.

—Existe —dijo Camille con firmeza—. Tenemos pruebas.

—Vale, supongamos que es así, ¿qué pinto yo en todo esto?

—Has hecho cantidad de trabajos en el exterior —el Hombre sonreía. Supongo que se acordaba de aquel asunto de las clones fugadas—. Conoces bien el terreno, mejor que los capullos esos que ahora mismo estarán a punto de pasar a ser escoria de superficie.

—¿Y ella?

—Su hijo es uno de los capullos.

—¿No es demasiado joven para tener hijos con edad de hacer gilipolleces? —pausa— Sigo sin verlo claro.

—Se trata de un Crío —Camille giró el cuerpo y se enfrentó a mí—. Lo adopté hace seis años para obtener el derecho a la ciudadanía. No llegaba a los doce años cuando lo criogenizaron a finales del siglo XX. Tenía el SIDA, una infección masiva le hubiese matado en aquella época. Nuestros docs lo curaron en menos de ocho horas con una simple neumática cargada de nanolimpias —lanzó un suspiro apagado—. Le quiero, señor Santana, es todo lo que tengo en este cochino

mundo, y arriesgaré lo que haga falta con tal de conseguir que vuelva con vida.

—Una historia encantadora, pero hace tiempo que dejé de creer en cuentos de hadas. Eso no se lo tragaría ni Phileas, cariño. Verás, te voy a regalar una lección de historia reciente, y gratis: hace mucho más de seis años que los Críos dejaron de darse en adopción. Hubo problemas, los jefazos decidieron usarlos como material de investigación médica, tratando de recuperar ADN limpio para nuestra maltrecha raza... Eh, jefe, no irás a decirme que has creído a esta zorra...

Otro gesto. Otro regalito de Phileas. Esta vez casi llevándome al borde de la inconsciencia; la zona que recibió el impacto todavía grita de dolor.

—Lo que dice es completamente cierto, pedazo de idiota. La señorita Camille es la... protegida de cierto personaje con las influencias suficientes como para escamotear a un Crío o a toda una jodida colmena de octos si le viene en gana. Ella no puede tener hijos, y mi amigo buscó la solución más adecuada para el problema.

—¿Y por qué no mandan a las tropas? Que los de la milicia se ganen la pitanza, joder. No quiero acabar mis días allá arriba en mitad de un desierto apestoso...

—Irás tú.

Tuve que soltarlo, la idea me estaba quemando por dentro:

—Un tema —tragué saliva—. Quizá sea una tontería, pero todo esto me suena a timo de altos vuelos... Lo que no sé es qué diablos piensan que van a sacar de mí. En serio, demasiado sofisticado para mi gusto...

—Cien gigas —dijo el Hombre—. Transferidos en este momen-

to. Otros cincuenta cuando el muchacho entre en los túneles.

¿Que si me ablandé? ¿Ustedes qué creen? No está la vida como para dejar pasar oportunidades así. El asunto no se desprendió del tufo a patraña que tenía, pero uno tiene deudas que pagar, y deseos que cumplir. La transferencia se hizo, yo la derivé hacia una cuenta blindada, y, a partir de ahí, todo dejó de importarme una mierda. Desde ese momento todo sucedió tan rápido que, cuando quise darme cuenta, me hallaba dentro de un anfibio erizado de antenas y puestos de combate, embutido en un camotraje de asalto y respirando mezcla. Camille iba a mi derecha, Phileas a mi izquierda, y el Hombre seguía fumando su habano de hash con la sonrisa del gato de Cheshire flotando bajo su nariz.

—Preparados para la salida en... —susurró una voz asexual dentro de la cabina.

—Eh, un momento —dije, con la voz nasalizada por el filtro—. Supongo que llevaremos un cromotraductor...

—¿Para qué? —Camille no parecía nerviosa, lo cual producía en mí el efecto contrario.

—Joder, vamos a encontrarnos con patrullas de octos, quizá tengamos que parlamentar. Últimamente las colmenas van ganando terreno y ya se extienden por todas partes.

—Santana tiene razón —terció el Hombre, cortando la respuesta de Camille. Phileas gruñó a mi lado, quizá a modo de asentimiento.

Nuestro jefe habló con alguien a través del comlink de su muñeca, sin dejar de arrojar espesas nubes de humo a su alrededor. Imperturbable, como siempre, casi daba cierta envidia. Su prestancia, su seguridad, el modo que tenía de enfrentarse a los problemas, sin torcer el gesto, sin apenas alzar la voz...

El Hombre provocaba miedo. Los que le conocíamos o habíamos tenido tratos con él sabíamos perfectamente que en su diccionario interno no existían dos palabras fundamentales para todo ser humano: piedad y compasión. Por esa razón había llegado a alcanzar aquel estatus de reyezuelo de opereta. Él era la tesis, y yo la antítesis. Cada uno juega a la vida con las cartas que le han tocado.

Un par de minutos más tarde uno de los mercenarios apareció en escena con el cacharro entre sus manazas. El Hombre lo cogió, lo observó con detenimiento, y se acercó con paso cansino hasta el vehículo. Phileas se apresuró a abrir la puerta estanca y a coger el paquete de manos de su jefe.

—Cuidalo bien, Santana —dijo el Hombre—. Lo quiero de vuelta.

—¿Crees que me atrevería a escamotear esta joya en las narices de tu gorila?

—Todo es posible. A veces los tesoros hacen que crucemos la delgada línea que separa la valentía de la imprudencia.

—Qué profundo...

—¿Nos vamos de una vez? —Camille rompió el encanto del cruce de ironías.

—Sí, será lo mejor. Largaos. Si no estáis de vuelta en noventa y seis horas informaremos a la milicia.

—Correcto, jefe.

Phileas volvió a estancar la puerta. Chequeó los sistemas del cuadro de control y encendió el contacto. El motor del vehículo ronroneó como el antiguo ventilador de una CPU. El cromotraductor reposaba en mi regazo, y mi mente maqui-

naba a todo gas un plan para apropiarme de él. Camille nos miraba a ambos de reojo, y parecía nerviosa por primera vez desde que le había visto entrar en el local de Marcus.

—Pozo sellado —anunció la misma voz asexual de antes—. Impulsión en menos...

Asistí a toda la liturgia del lanzamiento como si en realidad no estuviese allí. Luces, impulsos, ahogo, traqueteo, chirridos, agonía, gravedad... Todos los diferentes niveles y círculos del infierno en el que vivíamos pasando a toda velocidad, en pinceladas urgentes, tras los ventanales del vehículo. La misma historia de siempre. Cuando sales por primera vez te parece que va a ser la experiencia de tu vida, pero luego la cosa pierde su encanto. Realizamos el tránsito en el plazo asignado, atravesamos los controles pertinentes, la sustancia de la realidad fue cambiando a nuestro alrededor...

Y por fin llegamos al Antiguo Reino.

La última compuerta se deslizó lentamente hacia arriba, dejando entrar la pestilente atmósfera del exterior. Pronto estuvimos rodeados de jirones de espesa niebla de color esmeralda. Phil encendió los focos, y ambos bajamos nuestros visores al unísono, despejando las tinieblas que se extendían a nuestro alrededor. Camille titubeó unos segundos y luego nos imitó.

—Dale caña —dije en voz baja.

Phil emitió un gruñido por respuesta. El vehículo rugió como una bestia herida y nos lanzamos hacia adelante, descendiendo una pendiente que llevaba hacia el piso lleno de baches de una antigua carretera que bordeaba el océano. Estaba anocheciendo, y una luna roja nos espiaba desde el horizonte, iluminando la escena con una suave luz fantasmal. A su derecha, el oscuro arco del Cinturón rasgaba el firmamento y se perdía

tras los derruidos edificios de una ciudad olvidada. El rostro de Camille exhalaba un temor arcano, una impotencia de tal calibre que casi podía palpase en la reducida atmósfera del habitáculo.

—Es la primera vez, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza, incapaz de expresar con palabras la tormenta de sentimientos y emociones que se había desatado en el centro de su alma. Phil gruñó de nuevo, y luego dejó escapar un suspiro prolongado. Hasta su cerebro de bestia nanomodificada era capaz de percibir la profunda tristeza de la situación.

Avanzamos bordeando la playa, siguiendo el itinerario que los técnicos del Hombre habían cargado en el procesador de ruta del anfibio. A lo lejos, a nuestra izquierda, se podían distinguir las moles de un grupo de colmenas, insuflando la asquerosa mezcla respiratoria de los octos en nuestra atmósfera. Hice un gesto con la cabeza para señalarle la dirección a Camille, que se apresuró a enfocar sus optimedia para captar mejor los detalles. Le escuché silabear algo, con la mandíbula apretada.

—Son desagradables —comenté.

—Yo diría que asquerosas... ¿es ahí donde viven?

—No, por supuesto que no. Son procesadores de atmósfera, lo que ocurre es que, como toda la tecnología octa, son orgánicos. Están vivos, animales o plantas desarrollados a partir del material genético que encontraron en nuestra superficie.

—Qué asco —dijo, bajando los oculares.

—Depende de cómo lo mires, bonita. Tendríamos que ver el universo a través de sus sentidos.

Camille me lanzó una mirada indescifrable y pasó de comentar nada. Echó un rápido vistazo al cromotraductor, asintiendo en silencio a mis últimas palabras. Yo dejé vagar mi imaginación a través del tiempo y el espacio, tratando de imaginar el aspecto que habría tenido aquella parte del planeta antes de la patética y fulgurante invasión octa. Gente de paso, vacaciones de verano, niñas en bikini, diversión en cápsulas concentradas para poder resistir el resto del año... Quizá sólo había sido una zona pesquera. Qué mas daba, no había manera de averiguarlo. Todo había cambiado demasiado en el último siglo.

Durante un buen rato seguimos bordeando la costa, en completo silencio. De cuando en cuando, formas fugaces se escabullían por los raquíticos arbustos que flanqueaban la carretera, vegetales mutados que se aferraban a las grietas y resquicios de los restos de una civilización moribunda. Al doblar un recodo, una señal intermitente comenzó a parpadear en la pantalla de rastreo.

—Obstáculos en el camino —escupió Phil—. A menos de un klick.

—¿Orgánicos?

—Son octos... y algo más.

Me volví hacia Camille.

—Colócate la osmótica y no salgas del vehículo pase lo que pase. Si hay algún tipo de peligro Phil y yo nos haremos cargo de la situación. En caso de que caigamos —dije señalando un sensor concreto del panel de ruta— aprieta eso. El anfibio entrará en modo de emergencia y te devolverá a los túneles llevándose por delante a todo cuanto encuentre en su camino.

—Creía que los octos no suponían peligro para los humanos,

que no les interesábamos lo más mínimo...

—Y en la mayoría de los casos es así —le interrumpí—, no más que un insecto molesto. Pero hay cosas mucho peores que los octos aquí fuera. Créeme. Esos bichos han jugado a ser dioses, y, como suele ocurrir, la situación se les ha escapado de las manos.

—Amén —susurró Phil, en un destello fugaz de simpatía.

—Creí que lo tenían todo controlado —insistió Camille.

Solté una carcajada, sincera. Luego sentencié:

—Sólo los dioses, nena. Son los únicos que tienen el universo bajo control. El resto de las criaturas la cagan tanto o más que nosotros. Ahora haz lo que te he dicho.

La mujer compuso uno de sus extraños gestos y rebuscó en su mochila hasta que dio con la osmótica. Se la colocó en silencio, una cubierta dermoplástica con aspecto de babosa chorreante. Levantó el pulgar de la mano derecha para indicar que estaba preparada. Phileas también lo estaba. Había sincronizado todos los cacharros de su armadura de combate. Sus muñecas estaban rodeadas por un halo azulado, y los sensores de control culebreaban por sus brazos hipertrofiados en forma de gruesos cables que entraban y salían por multitud de orificios, la mayoría ocultos entre los pliegues de su musculatura. Parecía un rival temible. De hecho, lo era. No iba a ser yo el guapo que lo pusiera en duda.

Yo activé los táser y agarré la culata de una multi, sólo por si acaso. Ambos nos miramos, nos colocamos las osmóticas en un gesto automático, y levantamos el pulgar casi al unísono.

—Vamos a salir —dije, y apreté el botón que abría la compuerta exterior.

Una niebla (supuse que apestosa; al menos lo parecía) entró lentamente en la cabina. Los extractores se encargaron de ella en el momento en que se cerrase a nuestra espalda. Agarré el cromotraductor con la zarpa que me quedaba libre y ambos nos zambullimos en el infierno que una vez había sido nuestro hogar.

Al principio cuesta acostumbrarse a la luz. Mejor dicho: a la ausencia de ella. Supuse que a Phil le daba lo mismo, teniendo en cuenta las optimedia de amplio espectro que llevaba sobre el puente de la nariz. No era mi caso. Yo parpadeé varias veces, me repuse de la impresión de estar muriendo de asfixia, y avancé un par de pasos para cerciorarme de que no estaba en mitad de un mal sueño. Salir al exterior siempre conlleva pasar por la misma liturgia, al menos en mi caso. Cosa de medio minuto. Phil se colocó a mi lado y señaló el sensor de movimiento que llevaba sobre el dorso de la mano izquierda. Nos habían detectado: venían hacia nosotros. Él señaló hacia aquella dirección y yo asentí con la cabeza. Era mejor salir a su encuentro. Tenía los cojones por corbata, no voy a negarlo, aunque tener a aquel gigante al lado ayudaba bastante.

Avanzamos despacio, tratando de no realizar movimientos bruscos. A su manera, ellos también tenían sensores que nos captaban. El terreno estaba lleno de cascotes. Íbamos por una especie de sendero, cubierto por una ligera capa de mucosa, o algo por el estilo. El camino estaba flanqueado por unas plantas delgadas con aspecto de girasoles que giraban lentamente sus corolas en nuestra dirección a medida que nos movíamos. Nada de aquello estaba allí la última vez que había salido a la superficie, unos nueve meses atrás. La tecnología octa se desarrollaba a pasos agigantados.

Topamos con ellos de repente.

Surgieron de la tenue bruma. Sombras achatadas al principio, una mucho más alta que el resto. Luego sus formas se fueron definiendo, en una especie de fundido en gris. Eran cuatro, y una criatura indefinible de la que no tenía noticia. Ni yo ni nadie. Oí el ligero zumbido que producían las armas de Phil al cargarse, y recé a todos los dioses, jubilados y en activo, para que al gorila no le diera por descargar su arsenal contra aquellas cosas. Ya estábamos bastante jodidos, no necesitábamos una nueva cagada por parte de nadie. El cuarteto de octos se alineó ante nosotros, una hilera perfecta. El engendro permaneció tras ellos. Era una especie de estatua de barro, con vesículas de color indefinible burbujearo por todo su cuerpo. Al igual que ellos, tenía filamentos delgados que se extendían en todas las direcciones. Probando el sabor del aire, probando el sabor de la tierra, probando el sabor de un planeta que en cierta ocasión perteneció a la raza humana...

Dos de los octos se adelantaron cosa de un metro y medio. Allí comenzaron a mover sus tentáculos, a la vez que aquella extraña cabeza de gelatina pulsaba en lentos ciclos, hinchándose y reduciéndose de una forma completamente repugnante. Yo sabía que también estaban cambiando de color, ráfagas cromáticas que nosotros apenas podíamos percibir bajo ciertos tipos concretos de iluminación. Recordé al pobre bicho que se pudría en el antro del Hombre. Igual nosotros estábamos destinados a acabar en un lugar parecido, luchando por escapar de nuestro encierro mientras un grupo de alienígenas nos contemplaba mostrando sentimientos ininteligibles para nuestro entendimiento.

—El cromotraductor —la voz de Phileas estalló en mi oído derecho—. Usa el puto cacharro y acabemos de una vez. Estos bichos me ponen de los nervios.

—Pues aguanta los machos, Phil —contesté, con el vientre inva-

dido por un ejército de hormigas—. El feo me da mala espina.

—Activa el cacharro, Santana.

Una orden es una orden, sobre todo viniendo del viejo Phileas. El gorila estaba tan zumbado que era muy capaz de acabar con todos los bichos y, de propina, quitarme de en medio en un arranque de justicia poética que sólo él sería capaz de comprender. Lentamente, me coloqué la multi en bandolera y sujeté el cromotraductor entre mis manos.

—Sólo lo he usado una vez, Phil. No sé si va a resultar.

—Me estás tocando los huevos, Santana. Intenta lo que sea y larguémonos de aquí.

Hasta él podía intuir que la escena era falsa. Al igual que yo, el bueno de Phil sabía que estábamos rodeados de octos, o de tecnología alienígena en cualquier caso. Giré la cabeza para contemplar la mole de nuestro anfibio. Camille estaría dentro, muerta de miedo, preparada para activar el automático en cualquier momento. En realidad, lo que me preocupaba era que el gorila se liase a tiros con aquellas bestias del infierno y que ella saliese por patas dejándonos a merced de aquella naturaleza hostil. Entonces si que íbamos a pasarlo realmente mal. Jodidamente mal. Presioné unas depresiones que había a cada lado del cacharro y la tapa se abrió con un sordo *plop*. Una especie de babosa surgió de ella, medio transparente, cruzada por líneas de energía cuyas tonalidades abarcaban la práctica totalidad del espectro. Cuando saltó hacia mi rostro me eché instintivamente hacia atrás, pero no pude evitar que alcanzase mi cuello y se colocara sobre mi nuca, hundiendo sus nemátodos en mi columna vertebral.

Neuroware de primera generación.

Tecnología húmeda desarrollada en los labos de vacío del

Cinturón. No era una máquina, no era un animal, pero compartía las características de ambos. Desarrolló mis sentidos hasta tal punto que todo cambió a mi alrededor. Las percepciones aumentaron, se deformaron, adquirieron tintes tan demenciales que por un momento tuve la absoluta certeza de que iba a morir en mitad de un orgasmo sensorial. De pronto Phil ya no fue Phil, sino una sombra de destellos, de ondas energéticas que confluían en ciertos puntos del espacio formando patrones que le definían contra un fondo caótico de colores imposibles de describir por el lenguaje humano.

¿Cómo pueden describirse las tonalidades multidimensionales?

—¿Santana? —la voz de Phil también sonaba distorsionada, aflautada, y provocaba una marea de colores brillantes a su alrededor, curvas que serpenteaban por el espacio que nos separaba—. Santana, joder...

No podía contestarle, no podía hablar, no podía hacer absolutamente nada. Cuando las representaciones octas penetraron en mi cabeza, todo a mi alrededor se convirtió en belleza.

Belleza y un solo de piano.

Sentí un fuerte empujón en el hombro, amortiguado por la música celestial que me rodeaba. De mi brazo surgió una fuente de luz, al principio oscura como los túneles en los que habitábamos, luego tornándose una sinfonía de ritmos cromáticos que cabalgaban la atmósfera a lomos de una materia primigenia, casi de espuma cuántica. El golpe no me hizo daño. El dolor se vio relegado a un segundo plano en mitad de aquella tempestad de percepciones en la que me hallaba. Mi único pensamiento coherente fue que la primera vez que me enchufé al cacharro no había sido así... Joder, nada de lo que nosotros entendíamos por realidad podía ser así. Los

octos estaban imponiendo la suya propia en nuestro planeta, y nadie parecía darse cuenta de ello. Quizá el Hombre, quizá él había llegado a vislumbrar una rendija brillante bajo la puerta...

Me giré lentamente en dirección a Phileas. Estaba cebando las armas. Murallas de energía se alzaban como olas desde su cuerpo, salpicando sus inmediaciones de paquetes de partículas excitadas. El cabrón iba a matarme. Me bloqueé. Todo dejó de tener sentido para mí, incluso la sola idea de concentrarme en buscar una solución me daba una enorme pereza.

A su manera, los octos me estaban llamando.

Un color indefinible fue cobrando forma ante mis sentidos embotados, atrayendo toda su atención. Ni siquiera me atrevería a intentar definirlo. Diré que, de alguna forma, aquello era mi nombre, mi identidad, el modo en que ellos me percibían. Al igual que todo cuanto me rodeaba, aquella gama cromática tenía su propia banda sonora, una música suave y deliciosa... Arpas, algo de viento, golpes de tambor que recordaban a arpeggios en la octava más baja de un piano. Los recuerdos de mi niñez me asaltaron, las ocasiones en que nos llevaban al holosim para escuchar los grandes conciertos de la antigüedad. Probablemente, todo se reducía a eso: habían conseguido mapear mis recuerdos y traducirlos a su lenguaje, conformar un todo en torno a mi esencia, desde mi nacimiento hasta el momento actual. En aquel instante comprendí que yo había tenido razón, que la figura larguirucha que se alzaba tras ellos no era más que una sofisticada máquina orgánica, una especie de sensor atmosférico que controlaba las delicadas concentraciones de gases y... algo más, que no sería capaz de expresar con mis pobres conocimientos. Algo que tenía que ver con la distribución ondulatoria de todas las fuentes energéticas que nos rodeaban, desde los rayos del sol hasta las

emisiones geotérmicas del propio planeta...

Música sacra, tomar un café con Dios en una terraza abierta al universo.

Supe de golpe que los dos octos que se habían adelantado eran hembras, que los machos permanecían en los flancos para defenderla de un posible ataque exterior; aprendí en un segundo la compleja estructura de su sociedad, sus extrañas estrategias de reproducción (usando hasta cuatro pautas genéticas diferentes en función del tipo de individuo que iban a crear), la labor que estaban desarrollando en nuestro planeta... en su planeta. Comprendí que nunca se marcharían, que estaban transformando lo que ellos consideraban una roca tóxica y contaminada en un vergel de vida pulsante que se iría extendiendo progresivamente hasta alcanzar el Cinturón, e incluso las indefensas colonias lunares llegado el caso. Habían desatado la creación primigenia a nuestro alrededor, asumiendo todas las consecuencias, teniendo en cuenta que tendrían que soportarnos en silencio, con la misma resignación con que nosotros soportábamos a las cucarachas o a los piojos: con la esperanza de que un día desaparecerían.

Hijos de puta.

Sintieron mis reacciones, mis emociones, casi antes de que las tuviese. Todo a nuestro alrededor había dejado de ser una atmósfera para convertirse en una semiosfera donde significantes y significados se mezclaban en una sopa primordial, enviándoles información en cada momento.

—Destrózalos, Phil —fue lo único que acerté a decir, en un murmullo. Luego traté de alzar mi voz sobre aquella marea de mensajes no articulados—. Cárgatelos en nombre de la puñetera humanidad...

No recuerdo muy bien cómo lo hice, pero el caso es que conseguí arrancarme el neuroware del cuello, meterlo en la caja, y sellar ésta en un solo movimiento. La sed de venganza me dio alas, o eso es lo que quiero creer. Conseguí introducirla en uno de los múltiples bolsillos del camotraje, mientras armaba la multi y disparaba un par de granadas tácticas contra sus enormes cabezas de gelatina. Las trazadoras de Phil dieron buena cuenta de los machos y del larguirucho, esparciendo sus restos a nuestro alrededor. Yo me concentré en las hembras, en reducir las a pulpa pringosa arrojándoles todos los tipos de munición que contenía el arma. Ambos nos miramos cuando todo hubo acabado. Sudorosos, con la respiración agitada, contentos... Un segundo de muerte, mil años de maldición. No hacía falta enchufarse al cromotraductor para precibir que una legión de bichos inmundos se cernía sobre nosotros.

Salimos cagando leches en dirección al anfibio. Como yo había previsto, la hijaputa de Camille se estaba dando el piro. Sin embargo, logramos alcanzarla a tiempo, e introducimos en la cabina apenas un segundo antes de que la compuerta exterior se sellase. Phileas apartó a la mujer de los mandos propinándole un fuerte golpe en el hombro, y se sentó ante ellos con la mandíbula convertida en una roca puntiaguda y sudorosa. Tecleó rutas y conectó las estaciones de combate, pasándolas a automático. El sensor de movimiento mostraba una nube rojiza que nos rodeaba desde todos los puntos, incluyendo el cenital. Escuchamos golpes sordos contra el blindaje exterior. Phil conectó los motores. Durante un instante angustioso, el vehículo luchó por avanzar. Al final, saltó hacia delante, liberándose de aquello que había intentado trabar las cadenas de tracción.

—Han jodido las torretas —nos informó Phil, con una entona-

ción de ultratumba.

—Hay que buscar una ruta segura y volver al puto complejo —sugerí, por decir algo: el gorila sabía perfectamente lo que tenía que hacer.

—¿Qué coño habéis hecho? —Camille estaba al borde de la histeria. En sus ojos había tanto odio que casi sentí que éste se solidificaba y me golpeaba en el estómago— ¿Qué coño habéis hecho?

—Lo que teníamos que hacer —escupió Phil—. Y ahora cierra esa bocaza.

Los golpes contra la cubierta externa eran cada vez más frecuentes. Observé con angustia cómo Phil trataba de desbloquear las torretas. No lo consiguió. Las pantallas que mostraban las imágenes del exterior estaban cubiertas de una baba inmundada que chorreaba sobre el objetivo, impidiendo que viésemos lo que teníamos a nuestro alrededor. Phil había conectado el piloto autónomo que nos llevaría de vuelta a casa, pero a aquellas alturas de la película todos sabíamos que nunca volveríamos a los túneles. Habíamos cabreado a los octos. Y de qué manera.

—Ceba los alternadores. Una descarga, sólo para ver dónde estamos.

—Sé dónde estamos —respondió Phil, mirando a Camille de reojo—, todavía no se han cargado el GPS. La señal viene del Cinturón.

—¿Crees que el Hombre sabe lo que está pasando?

—El Hombre no va a mover un dedo, Santana. Estamos solos...

Un intenso zarandeo nos arrojó a todos por la cabina. Yo me golpeé en la cabeza, sobre la ceja derecha. Una húmeda cortina rojiza distorsionó mi visión. Escuché las quejas de Camille, que yacía desmadejada en el suelo, en una posición extraña. Phil se limitó a gruñir como un animal atrapado. Volvió a sentarse ante los mandos, tratando de hacerse de nuevo con los mandos del anfibio. El obstáculo, el socavón... lo que fuese, había herido de muerte al vehículo. Su velocidad era cada vez menor, y observé con horror que Phil se ponía cada vez más nervioso. Mala señal. La mujer seguía quejándose, las sirenas de control de daños no cesaban de zumbar. De las paredes habían comenzado a brotar delgadas columnas de humo, y el calor nos golpeaba sin piedad. No quedaba mucho tiempo para que nos quedásemos sin oxígeno. Los gritos de Camille se hicieron más intensos, y pude ver que un charco oscuro se formaba lentamente alrededor de su cuerpo.

—Está frita —dije con resignación.

—Es un puto clon.

—¿Qué quieres decir? —con el rabillo del ojo observé que la compuerta se abría y se cerraba dejando entrar jirones de mierda gaseosa.

—Una de las clones que capturaste en el último trabajo para el Hombre. Por eso te eligió a ti para rescatar al Crío.

Desvié la mirada hacia el cuerpo tembloroso de aquella mujer de pacotilla, aquella bolsa de nano que nos había conducido hasta las puertas del infierno. Quise odiarla, pero no pude. En aquel momento, me pareció hermoso que hasta los clones intentaran establecer lazos de unión con sus semejantes. O algo así. En realidad, creo que estaba demasiado cansado, demasiado asustado como para abrigar sentimiento alguno.

—Entonces la historia es cierta...

—Qué más da. No vamos a llegar —Phil se levantó de un salto y cebó las armas del camotraje. Tambaleándose, fue hasta el armario que contenía el resto de los dispositivos de combate y comenzó a recoger todo tipo de fusiles y granadas de mano—. Más vale que la palmemos con honor, ¿no crees?

Un sonrisa flotaba en sus labios. Creo que fue la primera vez que le vi sonreír. Por un momento pareció sólo un humano desvalido intentando trascender a su propia muerte, constuyendo la ilusión de que alguien hablaría de él una vez que estuviese muerto.

—Con honor, tío —dije, mientras avanzaba entre tumbos para recoger las armas que me ofrecía—. Di que sí... Vamos a llevarnos a unos cuantos hijoputas por delante...

Fue una buena batalla. Phil peleó duro hasta el final, cubriéndome las espaldas mientras huía por las sucias calles de la ciudad en ruinas. Me fui adentrando en aquel momento a las glorias pasadas de la humanidad, descubriendo que a los octos no les gustan estos escenarios. Será por el plástico, el hormigón, el metal... Quién sabe. La entrada más próxima a los túneles está a unos diez clicks de aquí, pero hay colmenas en todas direcciones, y yo no tengo enlace de comunicaciones, ni sondas de rastreo, ni...

Nada, no tengo nada, sólo los putos recuerdos de un mercenario que una vez tuvo un destello de humanidad.

El cromotraductor aún está entre mis ropas, y creo que podría utilizarlo para parlamentar. Pero no quiero engañarme, siempre me ha gustado ser sincero conmigo mismo. Hasta nuestro encuentro, los octos nos consideraban una molestia.

Ahora saben que somos el enemigo. Sin comida, ni agua... ¿qué más puedo hacer? Esperar un milagro, supongo.

Porque los octos no tienen prisa. Y han venido para quedarse. Otros saldrán a la superficie, usarán los cromotraductores, y tendrán la misma reacción que nosotros. Cada raza tiene su propio concepto de belleza. La nuestra induce a la expansión del individuo, nos hace sentirnos bien en la intimidad de nuestra percepción. La de ellos es un asco, una putada pegajosa que te hace perder la identidad. Eso no es algo que nos haga demasiada gracia, no a nosotros, los que merecemos por derecho este planeta.

¿Saben qué les digo?

Que se jodan. El ser humano aún tiene mucho que decir.

Este es un relato a cuatro manos con mi querido amigo y colega Víctor M. Ánchel, con quien comparto tantos puntos en común (y tantas frikadas) que parece que estoy escribiendo conmigo mismo y no con él.

La idea surgió de un pastiche entre un concepto extraño (mundo sin hombres más allá del tiempo y el espacio) en el que trabajaba y un relato suyo que narra las bizarras aventuras de un ser que no pertenece a ninguna parte, todo adobado con nuestro común interés por la música (para él es un medio de subsistencia, además).

Representó a España en una WorldCon.

La Mala Hora

con Víctor M. Ánchel



“Es la Mala Hora, condenado estoy.
Es la Mala Hora, condenado estoy.
Cien pájaros hambrientos anuncian la aurora
Es la Mala Hora, mi suerte acabó...”

(Radio Futura, *La Mala Hora*)

1

La dayrat Safwani bint Fasha bint Bissel caminaba con pasos rápidos por entre los pasillos desnudos de los subterráneos que se ocultaban bajo el edificio de la Gobernación. La habían despertado a media noche, con mucha urgencia, conducido hasta la mismísima madinat de Madhji sin darle ninguna explicación, y hasta cancelado su apretada agenda sin comunicarle los motivos. Con todo, ella creía intuir a qué se debía tanta agitación. O, más bien, sabía con certeza dónde encontrar la crisis: algo iba mal con el proyecto Idhánat.

Llegó a las escaleras que desembocaban a la entrada de la zona reservada, allí donde bullían los diferentes departamentos científicos y donde las mujeres del servicio secreto realiza-

ban sus labores más oscuras. Las dos guardias encargadas de la seguridad de las escaleras de mármol la ignoraron cuando comenzó a descender con agilidad impropia para sus casi sesenta años. Otras dos, ya abajo, apenas le prestaron atención. La dayrat era demasiado conocida entre el personal de aquellos sótanos.

Dos controles de seguridad más allá se topó con Tahmani Ibcandís, una científica de bajo rango que regresaba de la cantina con una taza humeante de zonga verde en las manos. Había llegado a Madhji casi diez años atrás desde una de las ciudadelas septentrionales, y, pese a sus orígenes, a Safwani bint Fasha bint Bissel le gustaba por su inteligencia y buen hacer. La expresión concentrada y ceñuda que vestía su rostro no le gustó un ápice, y menos cuando la científica alzó las cejas y suspiró con alivio al verla.

—Su eminencia —le temblaban los labios. Mala señal—. Al fin ha llegado.

—¿Tan grave es? —dijo sin dejar de andar.

—Aún no lo sabemos. La comunicación...

La dayrat se detuvo en seco.

—¿Hemos perdido comunicación con Idhánat?

—Sí, eminencia. Hace cinco horas.

Safwani bint Fasha bint Bissel volvió a caminar, ahora más rápido.

—No. Eso no es posible.

—Lo sé, eminencia. Pero ha ocurrido.

Las dos mujeres llegaron al centro de control del Proyecto Id-

hánat. No menos de veinte científicas deambulaban agitadas sin mucha coordinación de un foso a otro, y la siempre ordenada sala octogonal estaba sumida en un caos tan impropio que Safwani sintió un estremecimiento. Una de las científicas más jóvenes, apenas una aprendiz de segundo año, vio entrar a la dayrat; el resto reaccionó casi al instante rodeando a la que con toda probabilidad era la más importante científica de toda la Liga.

—Quiero un informe completo de la situación —dijo hacia Ib-candís en voz alta.

—¿Ahora? —preguntó con voz débil una de las dos mentálicas del equipo.

—O antes.

No había nada más que decir, así que atravesó el círculo de científicas que la había rodeado al llegar y puso sus dos manos sobre los hombros del nosy que controlaba el foso principal. Apenas sintió placer cuando el engendro se estremeció de pavor bajo sus manos.

2

Ellie de Paul—Zefirelli asomó la mirada por encima de la roca negruzca y áspera tras la que se ocultaba. Se frotó los ojos con el dorso enguantado de la mano libre y trató de mantenerlos abiertos contra el sopor y el frío. Madonna, se había dormido de nuevo. Alzó el arma y, a través de la mirilla, buscó un origen para el intenso ruido a estática que la había despertado. Debía dar aviso a su superiora de inmediato, pero allí, en el culo del mundo, tan cerca de los infiernos y con todos los problemas que estaban sufriendo en los sistemas de comunicación, las normas se habían flexibilizado en aras de la practicidad: inmersa bajo un océano de frío y viento

cortante, demasiado cerca de las guerreras de los Koljoses, la unidad de Ellie perdía energías a cada minuto que pasaba; necesitarían estar descansadas cuando llegase el momento, así que aprendieron pronto a asegurarse antes de poner a todo el mundo en pie de guerra.

Ante ella se abría el mismo paraje desolado y oscuro de todos los días. Nadie parecía saber por qué allí no iluminaba el sol, o el motivo de aquel frío absurdo que se cerraba sobre un pedazo de terreno no mayor que el que ocupaba Cromática. Era igual que estar en un pequeño mundo apartado del mundo, un molesto hueco que la diosa se dejó por rellenar cuando lo creó todo. Un fallo donde nada funcionaba bien. Un pedazo de realidad por parchear.

—Ni siquiera está cartografiado, coño bendito... —dijo en un murmullo mientras movía el arma con cuidado de derecha a izquierda.

A menos de un kilómetro de distancia se encontraban las líneas enemigas. Sin armas de largo alcance, separadas por un río de aguas negras y un desierto de torres rocosas que surgían del suelo como dedos marcados por la artrosis, un kilómetro se convertía en todo un universo. Desde su posición, alcanzaba a ver un recoveco del río y varias luces intermitentes en la lejanía; las luces del campamento enemigo interrumpidas ocasionalmente por cuerpos desplazándose de un lado a otro. Pulsó el sensor situado bien avanzado sobre el cañón del arma con el pulgar izquierdo, desactivando el seguro. Luego giró la rueda del zoom óptico al mínimo, abarcando más terreno con la esperanza de encontrar las causas del extraño zumbido.

—Vamos, vamos...

Ahí no había nada; sólo rocas y frío y viento, noche eterna y

putas koljoses. Una nada que a su gusto contenía demasiadas cosas.

—Mayor —dijo en voz más alta mientras apoyaba el arma en la roca. El sistema de contacto auditivo apenas funcionaba, y sólo tenía alguna posibilidad de dar con otra compañera si se encontraba cerca. Nada de lo que habían aprendido en los campos de entrenamiento serviría en aquel paraje desolado cuando alguien dotada de mando, en cualquiera de los dos bandos, decidiese acabar con la situación—. Mayor. Mayor.

Nada. Sin dejar de mirar hacia la noche tomó con la mano derecha los prismáticos que había dejado en el suelo junto al disruptor.

—Mayor. Mayor. Mayor.

Activó el biogenerador del amplificador conectado a los binoculares y millones de activos rasgaron la oscuridad tornándolo todo rosa y pálido.

—Mayor. Mayor.

—¿Quién habla? —dijo una voz a través del auricular.

—Cabo de Paul—Zefirelli. ¿Y tú?

—Soy Marquette. Me cago en tu himen, qué susto me has dado.

—¿Dónde andas?

—Creo que a unos cincuenta metros detrás de ti. Me había dormido...

—Ya somos dos. ¿Tienes audio con alguien del campamento?

—A ratos. ¿Qué coño pasa?

—Intenta que alguna engalonada se acerque a tu posición. He oído algo muy raro en...

Una sombra pasó entre una roca y otra, a la carrera, a no más de doscientos metros delante suyo. Una sombra enorme.

—¡Su puta madre...!

—¿Qué?

—Hay algo ahí fuera. Vuelve al campamento y da aviso —dijo Ellie mientras dejaba caer el binocular y activaba el lanzador de agujas insertado en su antebrazo. De uno de los sacos del cinturón de armas sacó el monóculo y lo insertó en la toma habilitada en el hueso de su nariz: de inmediato, su ojo derecho recibió la imagen de todo cuanto había ante su brazo. Con cuidado, barrió la zona donde había visto moverse a la sombra.

Entonces llegó el alarido. Un alarido desgarrado y cargado de miedo y sangre que comenzó a morir instantes después de romper el silencio de la noche. Ellie dio un salto imperceptible y agitó el brazo con demasiada rapidez como para encontrar algo con él. Tenía que calmarse, respirar más despacio y con profundidad si quería que su extremidad armada dejara de temblar. Tenía que...

Un susurrar de polvo y piedras, algo se movía delante, a su derecha.

—¡Alto ahora mismo! ¡Estoy apunt...!

Pasos corriendo. Ellie movió el arma hacia la izquierda, luego a la derecha. Escuchó un gruñido extraño, ¿delante? ¿Delante?...

No.

Se volvió con rapidez y lo vio. Diosa, era tan grande... La cosa gruñó de nuevo mientras la voluntad de Ellie activaba el lanzador de agujas, enviando cerca de un centenar de afilados proyectiles de hueso al vacío durante el largo y doloroso segundo en que siguió viva.

3

La dayrat apretó los hombros del nosy con sus manos ya huesudas, como si el gesto pudiera interferir en su capacidad de trabajo. La probóscide del engendro culebreaba en las inmediaciones del foso, clasificando las partículas en suspensión, realizando un conciso catálogo de las características moleculares de todo cuanto recibía. Safwani engarfió sus dedos con más ahínco, sintiendo las pequeñas vibraciones que recorrían los apretados músculos de la bestia. Le gustaba sentir su miedo, su devoción, la forma en que se estremecían ante el contacto humano. Una de las mentálicas (la dayrat había olvidado su nombre), la mayor de las dos, estaba de rodillas a su lado, tratando de interpretar el burdo lenguaje de impulsos del nosy.

—Fuera de rango —murmuraba, una y otra vez, en una letanía absurda que le estaba crispando los nervios.

—El último informe —dijo la dayrat, volviéndose de repente hacia Ibcandís, que apenas sí se atrevía a moverse— ofrecía una extrapolación de éxito cercana al noventa por ciento.

—Así es, eminencia.

—¿Entonces?

—No sabemos lo que ha ocurrido. Los nosies están detectando unas interferencias que no son capaces de reconocer...

—Eso no es del todo cierto —dijo una voz al fondo de la sala.

Todas se volvieron al unísono. Sólo la mentálica y el nosy siguieron enfrascados en el foso, mirando sin ver las etéreas nubes multicolores que se comprimían en su interior para luego expandirse en geometrías imposibles. La dayrat Safwani apartó a un par de aprendices para ver mejor. La mujer que había hablado permanecía oculta en las sombras, entre dos columnas arcaicas que formaban parte de la estructura del edificio desde los tiempos de la creación. Los destellos de los aparatos provocaban reflejos engañosos a su alrededor, distorsionando la imagen general.

—¿Quién...? —preguntó Ibcandís, adelantándose a la dayrat en un gesto de protección.

—¿Quién soy yo o quién la ha cagado? —dijo la desconocida, con un deje de sorna en su voz. Luego soltó una risita delicada, un tintineo de campanillas en una caverna de hielo.

—Muéstrate —ordenó Safwani, dotando a sus palabras de todo el peso que la experiencia de años al mando le permitía.

La figura en las sombras suspiró. Luego se adelantó unos pasos, dejando que su estilizada figura resbalase por la luz como un hada entre las flores. Todas las presentes, incluyendo a la dayrat, profirieron una exclamación de asombro. Hubo un pequeño revuelo, en la precipitación de inclinar las cabezas y realizar la genuflexión que exigía el protocolo.

La Begum de Mahdji avanzó, con una sonrisa flotando en sus labios. Sólo se escuchaba el crujir de las joyas que mordían su carne, y el suave siseo de la seda del sari acariciando la tersura de su piel. La dayrat Safwani la siguió con el rabillo del ojo, con las entrañas hirviendo por verse despojada del poder en sus propios dominios. La Begum se acercó lentamente a la pareja que formaban el nosy y la mentálica, hasta que acabó por detenerse tras el engendro. Luego se volvió con afecta-

ción y dijo con suavidad:

—Levantaos, por favor. No estamos en una de esas aburridas ceremonias de la corte.

Las científicas le obedecieron en silencio. Las más jóvenes quedaron atrás, todavía aturridas. Sólo la dayrat e Ibcandís se acercaron fingiendo una tranquilidad que no poseían.

—Alteza, este asunto no...

—¿No es de mi incumbencia, Safwani? ¿Crees que no lo es?

—La Begum se acercó a ellas con el rostro encogido en una mueca de furia—Creí que había dejado claro que no debíamos actuar de espaldas a la Liga, que el Proyecto Idhánat era una locura...

—Alteza, yo...

—Tú has pecado de avaricia, Safwani, has caído en las garras de la soberbia, y ahora todas vamos a pagar por ello.

Safwani levantó la vista y clavó sus ojos en los de la Begum, de un intenso color verde jade. No había miedo en ellos. Sólo ira. Se dio cuenta de que tenía los puños apretados, los nudillos blancos, la garganta seca... Estaba enseñando las cartas, como decía el viejo proverbio. Supo con toda seguridad que Idhánat estaba acabado, muerto, desaparecido en el río del tiempo. Los largos años que había dedicado a su estudio, a su diseño... Arrojadlos al foso de los desperdicios. Era su ruina, su muerte social.

—No quiero tu cabeza, dayrat —silabeó la Begum, como si la maldita zorra fuese una mentálica en lugar de una reina—. Esa es una cuestión que tendrá que decidirse en otra esfera. Lo que quiero es que acabemos con esta locura antes de que el resto de las Ciudades se nos eche encima. Y recemos, re-

ceamos mucho a la diosa para que las putas de las Ciudadelas y las estiradas de Cromática no descubran que hemos sido nosotras las responsables de esta locura.

—Puede ser un fallo del control, alteza. Quizá una enfermedad del nosy. Comprobamos todos los parámetros hasta la última extrapolación.

La Begum ladró una carcajada amarga.

—¿Y te tienes por la científica más importante de la Liga, Safwani? Yo no sé nada de ciencias, ni de la Lengua Sagrada de las Hermanas, ni de los tejemanajes que tú y tu cuadrilla de cerebros os traéis entre manos aquí abajo. Sabes bien que lo mío es la... política. —Al decir esto la Begum se detuvo, contemplando los rostros ávidos de las científicas, que observaban la lucha dialéctica casi sin atreverse a respirar—. Ninguna humana puede jugar con las armas de la diosa, meter sus pezuñas en el Círculo Inferior.

—Esa no era nuestra...

—¡Cállate!

El nosy apartó su trompa moqueante de las inmediaciones del foso, y cloqueó en una frecuencia conocida, llamando la atención de la concurrencia. Una de las novicias tuvo el acto reflejo de acercarse para interactuar con la mentálica, pero una mujer madura, una de las técnicas que atendían los fosos, la agarró del antebrazo con fuerza, negando con la cabeza.

—Quizá la crisis ha pasado —dijo la dayrat Safwani, señalando al nosy con su mentón.

—Oh, no, Safwani, no tendrás tanta suerte.

—Con todos mis respetos, alteza, eso es algo que usted no

puede saber...

—Deberías prestar más atención a las leyendas y a las tradiciones —la Begum la interrumpió con un tono que rezumaba escarcha—, oh insigne dayrat de Mahdji, y escuchar de vez en cuando las noticias que vienen del mar. Hace más de una semana que una patrulla de Heraklion capturó a un falucho que supuestamente pescaba en las inmediaciones del Arrecife de las Tinieblas, a la altura del control norte. Corsarias, Safwani, una buncha de zorras de las Tokonoma que pretendían llegar hasta aquí y rebanar tu apestoso cuello.

Safwani bint Fasha bint Bissel tragó saliva. De repente se encontró muy cansada, y sintió unos enormes deseos de abandonarse y caer de rodillas ante la Begum; no para implorar clemencia, sino para solicitar la dispensa que le condujera a la Casa del Llanto.

—No... Yo, no... —balbuceó.

—¿Sabes por qué, dayrat absurda, dayrat incompetente? ¿Sabes por qué?

Safwani no pudo responder. Le faltaba el aire, y los años le pesaban como junhas embarazadas sobre la espalda. Acertó a ver que la Begum miraba a todas y cada una de las científicas que estaban en el octógono. Desafiante, altiva, el poder de la diosa en esta tierra.

—Porque habéis abierto una Zona, científicas de pacotilla, que vuestra estirpe se seque y no vuelva a florecer... Una Zona. Nada de Armónicos Radiantes ni profecías de mierda, una jodida Zona que va a desatar el jodido infierno sobre nuestra jodida civilización...

Safwani cayó de rodillas, con el rostro entre las manos, mientras un murmullo de pánico se extendía por la estancia. El

nosy levantó su asquerosa cabeza, husmeando la carga de aromas de miedo que llenaba el habitáculo.

Luego expulsó una nube de feromonas que las humanas no eran capaces de detectar.

Cada criatura sonrío a su modo.

4

La Mayor Caltha Du Avignon—Rosseau mantenía los ojos clavados en los restos humeantes y dispersos de la Cabo de Paul—Zefirelli. Fuera lo que fuese que la había atacado se había esmerado en vaciar sus entrañas por completo, desde el esófago hasta la mayor parte de los intestinos; los arañazos de diferente alcance se repartían por todo el cuerpo; el uniforme, desmenuzado, había casi desaparecido de cintura para abajo. Faltaba un pecho, y Caltha estaba dispuesta a poner su mano adaptada dentro de un nido de kurats si a la Cabo Ellie no la habían violado de un modo salvaje después de muerta. Pero, ¿quién, quién podía haber cometido aquella salvajada, aquella blasfemia? Alguien que desconocía las más elementales normas de la ética entre guerreras.

—Hijas de perra... —murmuró, haciendo verdaderos esfuerzos por contener las lágrimas de rabia que amenazaban con desbordarse desde sus ojos.

—Señora, hemos encontrado esto.

La Mayor Caltha dio un respingo. Se sentía muy nerviosa, más de lo que se atrevería a reconocer en público. Llevaba años en las fronteras invisibles que separaban el mundo civilizado de la anarquía productiva y beligerante que suponía la inmensa extensión de terreno dominada por los Koljoses. Nunca se había topado con algo como esto, nunca. En su interior era consciente de que no estaba segura de lo que tenía

que hacer, de cómo tenía que encarar el problema; rezó a la diosa para que sus subordinadas no se dieran cuenta de ello.

—¿Señora? —repitió la misma voz.

La sargento primera Marquette estaba frente a ella, llena de suciedad, temblando de frío. Llevaba algo en las manos, algo que dejó caer en el suelo: el rifle de agujas de hueso de la Cabo Ellie. Presentaba profundos arañazos, y marcas que sugerían que algún animal (que sea una bestia, diosa, que no se trate de otra cosa)

había clavado sus dientes en él, tratando de devorarlo.

—Madonna mía.

—¿Señora?

—¿Qué más? —dijo Caltha, suspirando—. ¿Alguna huella? ¿Armas de las Koljoses?

—Nada. El terreno es rocoso, y no tenemos luz suficiente... La Capitana Sandora no nos permitió iluminar el lugar por temor a las francotiradoras.

No era una precaución baldía. Muchas de aquellas guerreras eran novatas, niñas que se habían alistado en busca de aventuras, o que habían sido castigadas por las doñas de Cromática y sus jodidas y estiradas estirpes. La mayor parte de la unidad conocía a las Koljoses tan sólo a través de las historias y las clases teóricas en la academia; pero Caltha había visto demasiadas veces lo que una francotiradora de los koljoses podía hacer con un arco compuesto y sus músculos tratados con potenciadores enzimáticos.

—¿Qué hay de las exploradoras?

—Han vuelto cuatro. Todas cuentan lo mismo: que algo se

mueve entre nosotras y el campamento enemigo, que ahí fuera se escucha un curioso lamento apagado, no saben decir dónde, y que lo que nos parecían torres rocosas no son lo... bueno...

—Acabe, Sargento, no tengo tiempo para actuaciones dramáticas.

—...no son formaciones naturales. Es una tontería, ya lo sé. Pero las muchachas... La tensión, el miedo y el frío, la...

—¿Qué coño son entonces esas torres? Le advierto que está acabando con mi paciencia.

Marquette bajó la mirada y golpeó una piedrecita negra con la bota. Cuando alzó la cabeza, aún rehuía los ojos de la Mayor.

—Ruinas. Construcciones abandonadas hace mucho tiempo.

—¿Edificios?

—Sí, en su mayor parte. Parece haber otro tipo de...

—Bien —dijo Caltha cortando en seco las palabras de su subordinada—. Si fueron edificios, la Diosa tuvo que levantarlos. Mejor para todas.

—Pero mi Señora, aquí nunca ha habido una ciudad.

—Son edificios, Sargento, usted lo ha dicho. Altos, bajos, con la forma que quiera, pero edificios; así que déjese de tonterías y trate de...

Unos gritos acabaron con la conversación. Más allá de las paredes de tela del barracón de mando el campamento parecía bullir; un coro de murmullos creció hasta cercar los gritos y casi consumirlos. La Mayor Caltha dio un último vistazo al cuerpo vejado de Ellie, se detuvo en el rostro compungido de

Marquette y, ciñéndose el abrigo de lana hasta el cuello, salió al exterior.

Fuera, a unos cincuenta metros, varias soldados arrastraban un cuerpo en dirección al campamento mientras todas las guerreras de la unidad que no se encontraban de guardia se arracimaban en torno al bidón repleto de grasa ardiente. Caltha avanzó acompañada por la Capitana Sandora y ambas se situaron unos pasos por delante de las demás, dispuestas a recibir las nuevas de primera mano. Las soldados, entre ellas la última de las exploradoras, traían consigo un cuerpo extraño y desnudo, aún vivo a tenor de los débiles movimientos de dolor que la Mayor podía observar desde la distancia. Cuando al fin llegaron frente a ella vio que aquel cuerpo no estaba exactamente vivo: era un nosy.

—Mis señoras... —dijo jadeante la exploradora sin un atisbo de sonrisa—. He encontrado esto unos trescientos metros más allá de donde Ellie...

—¿Un nosy aquí, en medio de la nada?

—Sí. —La soldado tomó aire y aceptó una cantimplora repleta de agua. Bebió un largo trago—. Estaba en suelo, extendido en el centro de un extraño dibujo geométrico, que había sido trazado con... yo diría que con restos putrefactos...

Las dos mandos se cruzaron una mirada rápida. La Capitana Sandora se acercó al nosy y se puso en cuclillas.

—¿Humanos? —dijo mientras miraba con curiosidad al engendro.

—Madonna, ni lo sé, ni quisiera saberlo nunca... Había brazos, y piernas, y torsos. Cabezas... A la cosa esta le faltaban los dos brazos, pero por lo demás parece bastante entero.

—¿Había algo más?

La exploradora asintió mientras daba un largo trago.

—Koljoses —dijo después—. Dos exploradoras, creo, y una francotiradora. Muertas. En el centro de la figura, como haciendo de colchón al jodido nosy. Rajadas desde la barbilla hasta el coño.

—¿Qué quieres decir con rajadas?

—Quiero decir que alguien las había abierto en canal. Yo no fui, las Koljoses imagino que tampoco... Me di mucha prisa en volver, ya me entiende, mi Mayor.

Los murmullos crecieron de nuevo. Las mujeres estaban más que nerviosas, y Caltha supo que tendría que restaurar la moral de la tropa cuanto antes si quería sacarlas vivas de... de aquello. Tomó aire, apretó sonriendo el hombro de la exploradora y, luego, con mucha flema y su mejor cara de mala leche, se volvió hacia el grupo.

—Traed a nuestro nosy y a la mentálica; vamos a interrogar a este bicho. Y doblad la guardia a la orden de ya. —Señaló con el índice a cinco soldados más—. Tú, tú, tú, tú y tú, salid y buscad problemas ahí fuera; tratad de mantener el contacto por audio, pero buscadlos bien.

Luego se volvió hacia el nosy. El engendro la observaba con atención, con esa mirada que todas decían idiota pero que a Caltha ponía de los nervios. Quizá porque ella venía de un ambiente humilde, porque no se relacionó con nosies y valets hasta bien entrada en la adolescencia... lo cierto es que ella no veía en aquellos acuosos ojos la mirada de un perro: allí, oculta, aguardaba la de un lobo. La Mayor Du Avignon—Rosseau acarició la empuñadura de su Incandescente.

—Tú y yo tenemos mucho de qué hablar, nosy.

Y aquello era una promesa.

5

La agitación en que había caído la sala octogonal había degenerado en desesperación y nervios. La majestuosa Begum de Madhji no se acercaba de forma casual a los fosos controlados por los nosies, ni sonreía o hacía alguna observación graciosa o se interesaba por la salud o la familia de alguna de las científicas mayores, como era habitual en ella. Ahora estaba concentrada, ceñuda, y se movía como una serpiente hambrienta de un lugar a otro. Lo peor, lo que más alteraba el estado de ánimo de las mujeres, es que parecía comprender mucho más de lo esperado en una reina. Aquella mujer no era una estadista, ni una excelente relaciones públicas; aquella mujer era un monstruo.

En el centro, asistida por dos aprendices que temblaban como conejos, la dayrat respiraba con lentitud negándose a tomar asiento. Necesitaba reunir toda la fuerza que podía arrancar a su angustiada situación; tenía que recomponerse lo suficiente si pretendía volver a dirigirse a su señora. Algo en todo lo que la reina había dicho danzaba en su interior, girando sobre sí mismo, realizando espirales entre sus neuronas, negándose a detenerse, evitando colocarse en el lugar adecuado para que todo terminara de cuadrar de una vez. No conseguía atrapar al maldito pensamiento, pero todo era cuestión de paz y concentración. De memoria. De análisis. Con los ojos cerrados, por supuesto. Concéntrate.

Ibcandís era la otra persona de la sala que sentía que algo estaba mal en todo aquello. Ella conocía los pormenores del Proyecto Idhánat, y sabía que ni entre las características con que se había dotado al equipo, ni en las voluntades de quienes se

ocupaban del control, ni mucho menos entre las expectativas, esperanzas o intenciones de la dayrat Safwani se encontraba la posibilidad de generar una Zona, aun por accidente. El Proyecto Idhánat no buscaba atraer infiernos, fusionar los extraños resortes del desconocido universo, eliminar fronteras siquiera temporalmente; no pretendía alcanzar objetivos acercándolos, aun cuando fuese posible. No. Idhánat era mucho más grande que cualquier otro proyecto financiado por las arcas de Madhji; tal vez, en cualquiera de las Cinco Ciudades: allí pretendían comprobar algo que se susurraba entre los estamentos científicos posiblemente desde los arcanos tiempos en que la Diosa y sus ángeles crearon el mundo; desde que las humanas se dispersaron por esta tierra sagrada para continuar las estirpes y mantener vivas las semillas. Ibcandís desvió la mirada hacia la dayrat sintiendo su dolor y tristeza. Por el Vientre Sagrado, aquella mujer poseía el cerebro más privilegiado que jamás había conocido; algún día, el Proyecto Idhánat iba a ser la roca sobre la que se asentaría el futuro; la única vía que podría asegurarlo. Y su creadora estaba derrotada por culpa de un fenómeno inverosímil que...

—No es posible —dijo la dayrat con voz sosegada, pero tan profunda como siempre. Abrió los ojos, buscó con la mirada a la Begum y repitió, en aquel tono capaz de llenar hasta los rincones más escondidos—. Mi señora, no es posible.

La Begum le devolvió la mirada con un brillo de sorpresa flotando sobre sus ojos, como si jamás hubiera esperado que Safwani se recuperase del mazazo.

—Ah, dayrat —dijo con dulzura—. Pensé que habíamos perdido tu valiosa cooperación para siempre. Va siendo hora de que pongas ese cerebro tuyo a trabajar e ideas un modo de acabar con esa jodida Zona.

—No es posible.

Ibcandís tuvo que ahogar un grito de júbilo que pugnaba por salir de su garganta. Lo había visto, en el rostro de la dayrat, tan claro como el agua que bajaba en verano por los Rizos de Afrodita, allá en las lejanas tierras del norte.

—¡Por supuesto! —exclamó. Luego abandonó su puesto tras el pozo principal y se movió hasta situarse junto a su superiora—. ¡Claro que no!

La Begum apuntó a Ibcandís con un estilizado índice adornado con sortijas de vetjen y acabado en una larga uña pintada en oro y noche. Sin comprender muy bien por qué, la científica bajó la barbilla, apretó los labios, y se retiró unos pasos.

—Muy bien, dayrat —dijo la Begum acercándose—. ¿Qué es lo que no es posible?

—La Zona. Alteza, usted dijo que la Zona apareció hace una semana.

—Que sepamos. Puede que antes.

—Pero hemos perdido el contacto con Idhánat hace menos de siete horas —la dayrat Safwani bint Fasha bint Bissel chasqueó los dedos hacia dos jóvenes científicas que habían detenido sus quehaceres para asistir al nuevo duelo. Las muchachas titubearon, pero tras unos segundos se apresuraron a volver a sus puestos de trabajo, a recabar los datos que pudieran salvar el honor y la vida de su jefa—. Alteza, hace una semana Idhánat estaba bajo control y donde yo quería.

La Begum observó a Safwani con deleite. Ésta sintió un estremecimiento bajo el escrutinio de aquellas dos preciosas bolas de jade que te obligaban a amar, a desear, a mostrar una obediencia absoluta. La Begum dejó escapar una carcajada que

sumió en el silencio a toda la sala. Luego, cuando se apagó, regresó a la dayrat.

—Dayrat amantísima, cuánto desconocimiento en un cerebro tan admirable...

Safwani agitó la cabeza.

—Idhánat no perseguía la meta de abrir Zonas, si es que eso es realmente posible. Y no creo que lo haya hecho, porque hasta los errores de estimación más graves no contemplan deslices de tal calibre. Toda la programación y el diseño de las genorutinas, la selección de las redes neurales de proceso, de los bioglifos de control... todo lo hace imposible. Idhánat sólo pretendía crear un canal de desplazamiento, Alteza.

La Begum chasqueó la lengua. Luego se humedeció los labios.

—¿Crees que no ha ocurrido otras veces, Safwani? ¿De verdad piensas que eres la primera que ha intentado emular los poderes de la Diosa y navegar los Armónicos? Qué soberbia, dayrat, qué inconsciencia... Si el Vientre Sagrado hubiera querido queuviésemos la facultad de desplazarnos a lo largo de los Ejes, todas lo haríamos, sin poner en peligro al resto de nuestras congéneres. Por eso sólo podemos entrar en Tránsito de forma local, arpía traicionera... El pecado original: está en los Textos Gloriosos, hasta las niñas de pecho saben eso.

—Pero no era nuestra intención desplazarnos hacia otros Armónicos, mi señora, ni siquiera sabemos si existen, o si es posible. Sólo queríamos encontrar la Fase Alfa, el primer latido del universo.

La Begum ladeó la cabeza. Frunció el ceño. Sus nudillos estaban blancos.

—Habla —dijo con su voz de terciopelo.

—Su Alteza acaba de mencionar los Textos Gloriosos...

—¿Qué tiene que ver la Mística con todo esto? Explicámelo, dayrat, dime desde cuándo la ciencia es esclava de la superstición.

—La primera Sura reza: “Entonó la Diosa el Canto, y encontró que ante ella se extendían los Armónicos, insuflando vida al Universo. Pues en verdad estos son...

—...música; música que gobierna el orden; orden que nace de las matemáticas; matemáticas que son el poder”. He leído los libros, dayrat, y todas las discusiones filosóficas que han generado las primeras suras a lo largo de los siglos.

Safwani sintió de nuevo el punzar de aquel cuchillo en su corazón. Si salía con bien de aquella situación, jamás volvería a mirar de modo condescendiente a aquella mujer espantosa.

—Bueno... —carraspeó—. El caso es que nosotras tratamos de darle un enfoque distinto, interpretar esa metáfora de la creación desde un punto de vista científico. Nos planteamos que quizá querían decir algo tan simple como que, si es cierto que hay múltiples realidades que las antiguas llamaban Armónicos, existe un punto focal desde el que parten todos ellos, un lugar que creó la Fase Alfa de los que nuestras físicas llaman Serie Natural de Armónicos.

—No sé a dónde quieres llegar con toda esa palabrería técnica, dayrat —la reina sonrió, mostrando unos dientes de marfil tan suaves y afilados que una deseaba morir eternamente dentro de ellos—. Pero confío en que llegues pronto, y que no se trate de la herejía en la que estoy pensando en estos momentos. Conozco esos escritos, Safwani. A las Hermanas no les gustaría saber que tú también... Puede que te estés jugando algo

más que tu existencia, puede que estés a punto de apostar la calidad de cuanto te queda de vida. Allá en las Ciudadelas les gusta tratar casos como el tuyo.

Ibcandís y Safwani cruzaron una mirada desesperada. La sola mención de las Ciudadelas había hecho bajar la temperatura en la habitación. La dayrat tragó saliva, y seguidamente volvió a hablar:

—Buscamos los Orígenes, mi señora, una explicación plausible para...

—¡Calla! ¿Quién eres tú para buscar nada? ¿Acaso has recibido un encargo de la Triada para hacerlo? ¿Alguna de las cabezas de la Liga te ha ordenado rebuscar en la Tumba de los Tiempos, desenterrar los demonios que se ocultan en las tinieblas de pasado? Yo digo que no, y lo firmo con mi sello —al decir esto adelantó su puño, para que todas pudiesen ver el enorme anillo con el grabado de las armas de Mahdji refulgiendo en la penumbra—. Me duele reconocerlo, créeme, pero no eres más que una perra a la que la fama ha corrompido, como a tantas otras. Lo que me entristece es que has arrastrado contigo a estas pobres desgraciadas...

—Mi señora —dijo Ibcandís, echándose al suelo de rodillas, con la cabeza gacha, los brazos extendidos con las palmas de las manos hacia arriba—, escucha lo que...

—No te atrevas, científica —le interrumpió la Begum—, ni siquiera pienses que puedes interceder por esta hereje.

Un tenso silencio se extendió por el octógono, cuajado de los ecos que levantaron las últimas palabras de la reina. Sólo se oía el quedo resoplar del nosy, y los susurros incomprensibles de la mentálica que estaba en fase con él, ambos ajenos a los acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor. La

Begum avanzó hacia la salida, con pasos lentos y calculados, dejando que la fricción de sus ropas y el tintineo de sus joyas cumpliesen el propósito deseado. Al llegar ante al umbral de la puerta, giró sobre sí misma y se dirigió a las científicas.

—Habéis traído el infierno, dejasteis escapar a los demonios. Y vuestra osadía no quedará sin castigo, de ninguna manera. Mañana habrá escarnio público al alba, en el ágora de la alcazaba real. Seréis castigadas y mancilladas, como justo pago por vuestros desmanes, y vuestros gritos nos congraciarán a todas con la Diosa. Esto firmo con mi sello.

Se oyeron susurros, lloriqueos, juramentos ahogados.

—Y ahora moved el culo, buscad una solución, antes de que tenga que invocar a las Kleftas.

Con esto, la Begum desapareció entre las sombras, dejando un grupo de desesperadas tratando de consolarse entre sí. Safwani e Ibcandís se miraban en silencio, como si no se hubieran percatado todavía de la gravedad de la situación. Transcurridos unos instantes, ambas se volvieron hacia el nosy y la mentálica.

La carne del engendro se agitaba de un modo húmedo y repulsivo. El aire olía a muerte y destrucción. Porque, con toda seguridad, la hora, la mala hora, había llegado.

6

El aire tenía un olor extraño, un aroma malsano que no parecía ser de este mundo. Layla Von SchwarzWald maldijo a toda su estirpe por haberla enviado a la academia, por haberla desterrado de Cromática, por ser la culpable de que ahora estuviera perdida en mitad de un yermo plagado de monstruos, con la muerte pegada a su cuello decidiendo con qué tipo de herramienta iba a quitarle la vida. Tragó saliva, entornó los

ojos para ampliar el ancho de banda y siguió escudriñando el horizonte negro, teñido de verde para su visión alterada.

—¿Distingues algo?

Ni siquiera sabía el nombre de su compañera, puesto que habían sido elegidas al azar.

—Nada nuevo —susurró—. Procura no usar esta frecuencia si no es para algo importante. Las koljoses la tienen pinchada.

—Como tengan la mitad de problemas que nosotras con sus comunicadores, estamos a salvo de...

—Eso díselo a tu amiguita, a la rubia ésa de Heraklion. A lo que queda de ella.

Sólo obtuvo un gruñido por respuesta. Siguió avanzando, despacio, tratando de ocultarse entre las rocas siempre que podía. Aquellas ruinas negras estaban cada vez más cerca. No había sido su intención ir directamente hacia ellas, pero la muerte de aquella chiquita rubiasca a manos de las francotiradoras koljoses había hecho que el grupo se dispersara sin orden alguno. Layla intuía que ella era la que se había llevado la peor parte en el reparto de rutas de escape.

Un grito agónico cortó en seco sus pensamientos.

Venía de su derecha. De una especie de bosque de árboles escuálidos, una garra de dragón extendida hacia el firmamento. El grito se repitió, esta vez teñido de un pánico tan visceral que casi pudo sentirlo en sus propias carnes. Luego siguieron más aullidos, entrecortados, agudos, llantos de dolor

(chasquidos de dientes, la humedad del mordisco)

que invocaban a dioses olvidados, blasfemias impías... Des-

pués la nada, extendiendo su manto de silencio por el páramo en tinieblas. Los árboles esqueléticos se agitaron brevemente. Punto y final.

Layla estaba petrificada. Ni siquiera pudo articular palabra cuando la banda de audio comenzó a llenarse de preguntas y desconcierto. Las voces pertenecían a los miembros de su unidad, sí, pero también creyó distinguir el fuerte acento de las koljoses entre ellas. Se dio la vuelta y apoyó el cuello contra la fría superficie de roca que le servía de escondrijo. Cerró los ojos. *Madonna Santa, rezó, cubre mi sueño, alivia mi alma, sostén el firmamento... De vuelta a la niñez, en el patio dorado y verde de la mansión de la colina, desde donde se veían las caravanas de gabarras que transportaban las mercancías a lo largo del Serendipity cuando...*

Un crujido de estática estalló en su oído derecho. Era una voz partida, agonizante, respirando con dificultad. Casi podían distinguirse los borbotones de sangre velando el hueco de la boca a cada sílaba:

—...nosy... hermanas... el noooooooooossssy... ha cons...

Layla se mordió el labio inferior hasta que un dolor frío se extendió por su mandíbula. Escupió unas gotas de sangre al suelo y aferró el rifle de agujas. Iba a volver. Seguro. Se enfrentaría con la corte marcial, con las malas pulgas de *Caltha* y sus capitanas, con los dardos ponzoñosos de las koljoses... con lo que fuera, pero no estaba dispuesta a morir en aquel lugar de pesadilla. Ajustó las presillas del cinturón de armas, tomó una larga bocanada de aire, se encomendó a la Diosa, y, con un movimiento felino, saltó por encima de la roca con la intención de echar a correr hacia el campamento.

El Caos, como tantas otras cosas en este universo, sólo necesita una fracción de segundo para desencadenarse.

7

En el octógono, la mentálica que estaba en fase con el nosy sufrió un cálido estremecimiento en el bajo vientre. La textura del aire cambió a su alrededor. Flores, olor a hierba húmeda, un intenso aroma a canela refinada... Visiones de una infancia en las granjas de Topeka, al amparo de las Ciudadelas. Piel suave, terciopelo dorado... Un penetrante calor se extendió por su bajo vientre, y, sin poderlo evitar, la cabeza giró unos grados hasta que sus ojos quedaron enfocados en las grotescas facciones del nosy.

Qué belleza.

En el fondo de su mente oía pasos agitados, gritos inconexos, incluso creyó sentir que alguien la agarraba por el brazo, que la sacudía... pero sólo era un rumor apagado para sus sentidos. El rostro del nosy, sus pliegues, sus valles y cavernas... La piel gris, brillante, húmeda...

Su entrepierna respondió con una urgencia aplastante. Calor, calor denso extendiéndose por la parte interior de sus muslos. Pulsaciones, explosiones de placer que se extendían igual que un hatajo de culebras a lo largo y ancho de su sistema nervioso. Fue consciente de que había empezado a jadear.

Tuvo un amago de orgasmo cuando pensó en las posibilidades que ofrecería el tener la probóscide del nosy culebreando entre sus piernas. Fue la desconexión.

Entró en el abandono y la obediencia.

8

Layla Von SchwarzWald llegó al cenit de su salto, pero no completó la parábola. Trató de corregir la trayectoria para no caer en mitad de la nube brillante que estaba empezando

a formarse ante sus ojos atónitos, sobre una franja de terreno que estaba tornándose oleosa, especular. Lo único que consiguió fue caer sobre un ángulo de la piedra con la rodilla izquierda, cuyos huesos se quebraron con un sonido apagado de cristales que se desmenuzaban. El dolor se extendió por su pierna con la velocidad del rayo, agarrotando sus músculos, sumiéndola en un infierno de punzadas asesinas que la dejó al borde de la inconsciencia.

Gritó, pero el sonido fue absorbido por el rugido de un viento que surgió de la nada y peinó la zona con avaricia.

Layla rodó por la roca, clavándose sus aristas puntiagudas en el torso, golpeándose la rodilla herida hasta que el dolor fue tan intenso que dejó de percibirlo como tal. Quedó desmadejada en el suelo, respirando con dificultad. Trató de moverse, pero le fue imposible. Como pudo, deslizó la mano por el cinturón de armas en busca de una burbuja de analgésico, rezando a diosas y diablas por igual para que no se hubiese roto por el impacto. Estaba allí. Tenía los dedos agarrotados por el dolor. Las yemas se deslizaron por la superficie de la ampolla, resbalando sobre ella.

—Hija... de... puta... —murmuró, sintiendo que no tenía fuerzas para aprehenderla.

Rodó sobre sí misma, hasta que quedó boca arriba. Extendió el brazo, y esta vez sus dedos sudorosos lograron hacerse con la burbuja. A su espalda se escuchaba un cántico quedo, un canon entonado por voces que no eran de este mundo... y el olor, el apestoso aroma del infierno que se extendía a su alrededor, haciéndole encoger la nariz, inflamando su garganta reseca.

Madonna santa, cubre mi sueño...

Consiguió acercar la ampolla hasta su rostro encogido de dolor, y romperla bajo la nariz con un último esfuerzo de sus manos agarrotadas. El fuerte olor del analgésico se extendió sobre su cara; casi pudo sentir las moléculas abalanzándose a través de su nariz hacia el torrente sanguíneo. Unos segundos, Diosa, unos segundos y el dolor desaparecerá, y podré arrastrarme hacia el campamento...

Algo estalló a pocos metros de su cabeza. Una risa enloquecida hendió la noche, o lo que quedaba de ella. La mala hora, su suerte se acababa.

9

La mentálica sintió que el menudo cuerpo del nosy se acercaba a ella y se restregaba contra su piel. Orgasmo, orgasmo, orgasmo... El universo se había reducido a una ola interminable de placer que se deslizaba por cada una de las células de su cuerpo en una espiral continua. El nosy se había subido a su espalda, de eso estaba segura, y sus brazos rodeaban el cuello de la mentálica. Era como si se hubiese fusionado con ella, una extraña comunión de cuerpos en busca de la unidad suprema.

Oyó gritos, en el sótano de su mente, y sintió que sus brazos se movían fuera de su control. Golpeando, desgarrando, destrozando carne igual que una niña en plena rabieta acaba con todos los juguetes de su habitación. Gotas de algún líquido pegajoso golpeaban su rostro, se escurrían por su piel

(plop, plop, plop)

hasta formar charcos en el suelo; sus pies chapoteaban en aquellos charcos obscenos, sólo que a cada pisada, a cada golpe, el placer era más intenso. Y ella quería más, más, todo lo que aquel ser pudiese darle...

El dolor había remitido su intensidad hasta límites soportables. Layla consiguió sentarse, girar ciento ochenta grados, sobreponerse a su miedo y enfrentarse a aquella nube diabólica que estaba contaminando la realidad. La rodilla enviaba pulsos precisos, bombeaba espasmos que el analgésico se cuidaba de detener. Pero esa situación no duraría para siempre. Liberó el rifle de sus sujeciones y desactivó el seguro. Desde hacía unos instantes los gritos habían cesado, y por el páramo se extendía un silencio sepulcral sólo roto por el zumbido que provenía de la nube.

Algo se estaba formando dentro de ella.

Layla veía algo parecido a una habitación en penumbra, pincelada en tonos fantasmales, velos agitados por una brisa amigable. Era una mujer

(una mentálica de las Ciudadelas)

vestida con una túnica oscura. Había un nosy pegado a su espalda, moviendo su grotesca cabeza hacia ambos lados, agitando su probóscide en torno al pelo de la desconocida. Ésta se dedicaba a segar vidas con sus manos desnudas, desgajando cuerpos de otras humanas que había a su alrededor, con la mirada ida, como si su mente no estuviese allí. De pronto se detuvo, con el pecho agitado por el esfuerzo, las manos chorreando sangre, un fluido gris brillante en aquella visión de pesadillas.

Layla comenzó a sollozar, sin poder evitarlo. ¿Qué era aquello? ¿Qué, en nombre de la Diosa? Agarró con fuerza el rifle, y apoyó la bocana contra su mentón. No iban a cogerla viva, por supuesto que no. Tragó saliva, contemplando en silencio cómo la mentálica se agachaba y comenzaba a recoger del

suelo...

11

...restos humanos. La mentálica ni siquiera era consciente de lo que estaba haciendo, sólo de que sentía un peso húmedo en sus brazos, un peso que le provocaba otra oleada de placer cada vez que se agachaba. Su entrepierna era una cascada de ardiente humedad que se extendía hasta las entrañas de la tierra.

Llegó un momento en el que su tarea acabó. Entonces recibió otro tipo de

(orden)

estímulo que la obligó a comenzar a dispersar los objetos que tenía apretados contra el vientre, a formar con ellos un dibujo geométrico que le llevó a explorar sensaciones desconocidas. Cuando acabó, sintió un intenso mareo y, por primera vez, tuvo una visión fugaz de dónde se encontraba, de qué había estado haciendo... Fugaz como la memoria, pues pronto cayó de nuevo en aquel pozo de placer que se negaba a abandonar.

Y viajó entre los pliegues de la creación, mirando cara a cara los rostros deformes de los monstruos que en ellos habitan. Nunca, desde que era una niña y sus mentoras la preparaban en las artes del Tránsito, había disfrutado tanto con un...

12

...desplazamiento, Layla contempló el traslado sin llegar a creérselo del todo. La mujer y el nosy y... algo más, surgieron de pronto, mientras la nube se desvanecía dando paso a una enorme burbuja azulada que zumbaba y palpitaba anunciando... ¿qué?

Sí, la mala hora.

Layla no lo pensó. Se abandonó a su entrenamiento. Levantó el rifle y lanzó una andanada de agujas contra las tres figuras. La mujer cayó la primera, su cuerpo recorrido por espasmos obscenos, su mano temblorosa buscando una entrepierna ensangrentada.

La cosa, el monstruo imposiblemente grande rugió, y el sonido rasgó el aire de un modo tan brutal que Layla se sintió desplazada hacia atrás, con tanta violencia que el rifle escapó de sus manos, lanzando al aire una andanada de proyectiles que luego llovió sobre ella, mordiendo su carne, succionando la poca vida que le quedaba. Luego, mientras caía en los brazos de la muerte, vio que el nosy saltaba sobre el monstruo y se abalanzaba sobre ella agitando aquella extensión moqueante...

Entre las tinieblas que le rodeaban, apareció el rostro de su madre.

Maldita, así se pudriera en este infierno.

13

El hedor. Lo primero con que se topó su consciencia al regresar al mundo fue el espantoso hedor a sangre y amoníaco, a cal viva y sándalos podridos. Después, un sonido raro; un zumbido de frecuencias muy graves que hacía vibrar la sala como si fuera toda ella a desmenuzarse en partículas. Por último llegó el dolor, una punzada horrible en el costado al intentar mover el cuerpo y el palpitar irregular de la sangre contra sus sienes, en perfecta sincronía con las pulsaciones del codo izquierdo. Tahmani Ibcandís abrió los ojos temerosa de lo que pudiera encontrar ante ellos.

Sobre la sala octogonal de control del Proyecto Idhánat había

pasado un pequeño Apocalipsis. La iluminación que surgía de los pozos seguía cubriendo de sombras tiznadas el espacio ahora repleto de restos sanguinolentos y cuerpos desmembrados, pintando de granates y azules la alfombra de sangre que abarcaba casi la mitad de la superficie del suelo. Ibcandís gimió al tratar de liberarse del peso muerto (¿un torso?) que la cubría; sólo con mucho esfuerzo logró alzarse, ayudándose de su única mano útil y apoyando el peso en una de las columnas. Cerró los ojos con fuerza, como queriendo borrar de ellos el espanto al que había despertado; cuando los abrió, todo seguía allí. Científicas mutiladas, dispersas como si aun incompletas hubieran tratado de escapar; una de las dos mentálicas semidesnuda con la boca repleta de espuma y los ojos perdidos, abierta de piernas y con el sexo ensangrentado a causa de las brutales automutilaciones a las que se había sometido; y los restos, sobre todo los restos, dispersos en el suelo formando una blasfema figura geométrica de músculos y huesos, de sangre y muerte.

Y sobre ellos se alzaba la burbuja.

Era azul, o al menos lo parecía la mayor parte del tiempo. Su superficie tenía una curiosa cualidad de líquido y gaseoso al tiempo, de mercurio espeso que sentías intangible incluso en la distancia. El zumbido nacía de ella, aunque por momentos Ibcandís sintió extrañas resonancias musicales formándose en su cerebro más que captadas por los tímpanos. Acordes; estaba sintiendo acordes sin oírlos. Se llevó la mano derecha a la oreja y la retiró con los dedos manchados de sangre. En el interior de la esfera, a ratos entrevista, la científica veía una imagen estática de lo que parecía

(una garra extendiéndose hacia los cielos)

una ciudad ruïnosa inmersa en un océano de grises y negros.

Por un momento imaginó que los restos humanos que parecían encontrarse dentro de la burbuja no eran los de sus compañeras. Apartó la mirada aturdida y, al fondo, descubrió lo que quedaba de la dayrat Safwani bint Fasha bint Bissel.

—¡Dayrat! —exclamó sin escucharse apenas. Comprendió que lo que ella tenía por un curioso zumbido debía ser un tremendo festival de decibelios. Dio un par de pasos veloces hacia su superiora y a punto estuvo de caer de nuevo al resbalar sobre la sangre.

La Dayrat apoyaba su dolorida espalda contra la pared ornamentada con orgiásticas escenas de caza, mosaicos viejos como el tiempo en los que nunca se había fijado. Vio cómo Ibcandís trataba de acercarse a ella; la muchacha debía estar hablando, gritando, porque gesticulaba con angustia evidente. Miró hacia sus piernas entumecidas... y no había piernas. Descansaba sobre un colchón de entrañas que debían ser suyas.

—No duele... —dijo sonriendo hacia el vacío. Se había quedado sorda. Volvió su atención hacia Ibcandís, quien ya estaba arrodillada junto a ella—. No duele.

—Dayrat... Diosa, ¿qué ha pasado aquí?

—No te esfuerces, niña: estoy sorda. Necesitarás toda tu energía para salir con vida de todo esto.

—Pero...

—He dicho que no te esfuerces. —La dayrat señaló con la barbilla la enorme esfera azul—. Idhánat. No, no digas nada. Aunque no lo creas, eso es Idhánat.

Ibcandís volvió a mirar el objeto que, de pronto, había comenzado a crepitar. Sí, aquello era una especie de biomáquina de

desplazamiento, aunque los bioglifos eran obscenos y habían sido trazados sin gracia ni orden a partir de los restos de sus compañeras. Negó con la cabeza, pero la voz de Safwani, tan lejana, le hizo sentir aun a su pesar.

—Sí, niña. Son bioglifos. Toscos, pero funcionales. Han sido los nosies... ¿Cómo no nos dimos cuenta?

—Eminencia, debe usted descansar si...

—No puedo escucharte. Estoy sorda. —Safwani tosió con demasiada fuerza, lanzando un esputo de sangre y pulmones hacia Ibcandís—. Discúlpame, niña... Mírate, te he manchado horriblemente...

Unos golpes en las puertas de bronce hicieron reaccionar a la dayrat. Con toda la fuerza que le quedaba lanzó una bofetada al rostro de Ibcandís, quien al instante reaccionó volviendo a mirarla.

—Las Kleftas —dijo Safwani—. La Begum ha invocado a las Kleftas. Matarán a todo lo que quede con vida dentro de este lugar.

—Eminencia...

—Debes huir. —Safwani bint Fasha bint Bissel alzó el brazo derecho y señaló la burbuja que se alzaba cada vez más inestable sobre los bioglifos—. Y sólo queda una puerta abierta en esta sala. Nunca te seguirán hasta allí.

—Pero yo no...

—Escucha, niña: ahora tú eres Idhánat. Haz lo que tengas que...

La tos regresó con más violencia. Pequeños surtidores de sangre borboteaban en el pecho y el final del torso de Safwani

con cada sacudida y, de pronto, los ojos de la dayrat quedaron en blanco y toda ella comenzó a temblar.

Ibcandís, horrorizada, se levantó de un saltó y comenzó a gritar. Las puertas cedieron al fin y, mientras corría a tropezones hacia la burbuja, vio como entraba en el octógono un grupo de mujeres vestidas con ajustados uniformes rojos y negros, sus músculos abultados por un sinfín de dispositivos genéticos de muerte y destrucción. No quiso mirar cómo la apuntaban con sus armas biológicas ni quiso pensar en su vida o en su dolor. Sólo sintió un pavor cerval cuando saltó hasta caer dentro de su futuro.

Cuando se topó con la locura...

14

...que le envolvió sin miramientos. Tuvo la impresión de que algo aferraba su cerebro entre dedos de hielo y tiraba de él hasta conseguir arrancarlo de su cráneo. Se dio cuenta de que gritaba, de que su garganta estaba en un estado líquido de hielo y fuego que fluctuaba, que se destilaba como el aceite entre su laringe y sus cuerdas vocales.

El vacío, la nada, el ardor de la no existencia.

Monstruos imposibles que avanzaban hacia ella con las garras extendidas, surgiendo de ciudades en llamas y mundos que se estremecían al borde del abismo del tiempo. Zarcillos de oscuridad que surgían de soles negros

(los ojos de la bestia escudriñando la naturaleza de la realidad)

inflamados en fuego azul, buscando atraparla, atraerla, jugar con su carne hasta que ésta se deshiciera en polvo de estrellas y fuese absorbida por aquel universo de muerte. Rostros grotescos cincelados en alabastro, girando sus rostros de

ángulos imposibles hasta atrapar su mirada y hablarle de caos y muerte y maldad...

—Tu madre era una puta que se tiraba a todas las cortesanas de palacio —era la voz de su tutora la que resonaba en sus oídos—, por eso me suicidé... por eso tuviste que salir de la ecclesia de aprendices y estudiar en aquel establo de mala muerte a la espalda del puerto... Una mala puta, como su hija...

—¡No! —consiguió articular— ¡No!

—...la niña aplicada que robaba los vestidos de sus compañeras para irse a hacer la calle junto a las tabernas, junto a los cuarteles... restregándose el coño con cualquiera por un par de baratijas...

—¡No es cierto! —Ibcandís sintió que un frío glacial se extendía por sus mejillas. Lágrimas de hielo en aquel universo sin calor.

La voz de su difunta tutora siguió entonando aquella letanía de maldades. Sin descanso, volviendo su vida del revés. Un acorde le acompañaba, un canto disonante que hacía rechinar los dientes y crujir los huesos.

Llegó un momento en que Ibcandís deseó la muerte, sin contemplaciones. Fue justo cuando unas garras aceradas comenzaron a acariciar sus pantorrillas, cuando unas uñas frías como la mañana en que muere tu madre se deslizaron por su carne...

Gritó, hasta que su garganta estalló en mil pedazos, hasta que su cuerpo cayó en un charco de barro húmedo que olía a metal oxidado, hasta que unos edificios en ruinas, aun en la distancia, se abalanzaron sobre ella y sobre la burbuja azul que la rodeaba...

La cabo primera Alfia Van Rutherford daba una patada con la puntera acerada de su bota de montaña contra los restos apiñados bajo la meliflua esfera azulada cuando una mujer saltó despedida a través del líquido azulado. Alzó el antebrazo modificado y apuntó con él al cuerpo renqueante que trataba de incorporarse entre sollozos y alaridos. Apuntó a la burbuja, volvió a la mujer.

—¡Tú! ¿Quién coño...? ¡Alza los brazos, puta!

La mujer comenzó a agitarse sobre su espalda, los ojos cerrados y la boca repleta de espuma. Se acercó a ella e introdujo la empuñadura de su puñal entre los dientes. Luego se giró y volvió su atención a... la... ¿burbuja?

Aquello era ahora un bacilo informe zumbando sin control, ya no más en el tono grave y aterrador de antes, sino con silbidos y hasta crujidos quizá producto de todos los huesos que formaban los bioglifos estallando a la vez. La joven cabo Van Rutherford no sabía de magias ni ciencias, de genomáquinas heréticas ni viajes a través de los velos de la realidad. Pero sabía que aquello estaba a punto de estallar, y no estaba dispuesta a quedarse allí para verlo.

Tomó el cuerpo laxo de la mujer y se lo echó al hombro. Pesaba mucho más de lo que aparentaba, pero el miedo hace milagros en los músculos entrenados de una guerrera. Había perdido la consciencia, por fortuna para ambas, y no era ninguna zorra de los Koljoses; más bien, la loca aquella parecía una señorita acomodada de Cromática aparecida de pronto en los infiernos. Tanto daba. Con el cuerpo de la chica al hombro se dirigió a la carrera hasta un parapeto natural formado por unas rocas con forma de enorme lágrima. Dejó a la mujer tendida boca abajo y, con una orden mental, polarizó

las biolentes que cubrían sus ojos hasta pasar a infrarrojos; luego atenuó el receptor de sus oídos y se replegó sobre sí misma en posición fetal. Así aguardó durante casi un minuto hasta que llegó la explosión y la luz.

Diosa. Así debía ser la Diosa.

El terreno sobre el que se encontraba replegada tembló como una hoja de Idelur atacada por un huracán. Alfia sintió el quejido de sus propios huesos, la necesidad que tenía todo su cuerpo de descomponerse y unirse a un festival de energía primigenia, de una fuerza incontenible que era luz y música al tiempo. Pese a los biofiltros adaptables que protegían sus tímpanos escuchó; pese a las biolentes polarizadas y los ojos cerrados, vio. Se pretó los oídos con ambas manos y comenzó a gritar sin esperanza.

16

Ibcandís tomó la mano enguantada de Alfia Van Rutherford y se impulsó con la poca fuerza que le quedaba hasta lograr hacer pie en la pequeña colina rocosa. La soldado le pasó de nuevo el rifle de agujas y avanzaron con cuidado en dirección a los ya cercanos cánticos entonados por seres sin aparato fonador, recitados por engendros sin inteligencia.

—Cuidado ahora —dijo Alfia entre susurros—. El campamento no está lejos, y esos... esas cosas enormes deben pulular por aquí.

Siguieron caminando agachadas de parapeto en parapeto, confiando en la noche eterna de aquel lugar de pesadillas y sin saber qué pretendían lograr cuando alcanzasen su objetivo. Habían despertado abrazadas, Ibcandís temblorosa y Alfia aún gimiendo de pavor. No sabían nada la una de la otra, pero ambas eran todo lo humano que podía encontrarse en

los infiernos; era cuanto necesitaban.

Ibcandís había recuperado la razón lo bastante como para dejar a su cuerpo que luchara por ella. Caminaba como un alma en pena, sabedora de que en aquel momento el Proyecto Idhánat ya no existía, que apenas era más que una gran nada en su pasado. Sabía que aquella mujer poseía habilidades que ella, una científico, jamás había desarrollado; le había vendado el hombro, dado analgésicos, ofrecido algo de agua... sin hacer una sola pregunta. Estaba en deuda, si tal cosa todavía significaba algo. Y gracias a la soldado había averiguado algo aterrador: no sólo había salido de Madhji, sino que se encontraba a miles de kilómetros hacia el este. En algún lugar fronterizo con los dominios de los Koljoses.

—Baja esa cabeza, mujer. —Alfia sacó los binoculares del morral que llevaba pegado al pecho y, tras barrer la zona al frente, se los pasó a su compañera—. Mira hacia la derecha, donde la luz tenue.

—No veo nada...

—Más a la derecha.

El binocular le mostró el rostro sin definir de un nosy. Hizo alejarse la imagen, y lo que vio devolvió el pavor a su corazón. Tres nosies caminaban en círculos dentro de un enorme bioglifo compuesto por los restos arrancados de decenas y decenas de mujeres.

—Por el Vientre Sagrado...

—Sí —dijo Alfia—. Eso es lo que queda de mis compañeras; creo que también hay restos de Koljoses.

—Hay tres nosies.

—Uno es el nuestro. Otro, al que le faltan los brazos, lo encontramos hará dos o tres horas. Al tercero no lo conozco.

Más allá de los bordes del bioglifo circular, una bestia gigantesca penetraba, sin piedad y sin pasión, la entrepierna de lo que parecía ser una mentálica con el manto ensangrentado. La bestia lanzaba dentelladas furiosas al cuerpo mientras se agitaba obscena sobre la mujer ya inerte. Otra fémina aguardaba su turno al lado de la bestia, tumbada sobre los restos de las guerreras, abierta de piernas y con ambas manos sobre su sexo, moviéndose toda al compás de los cánticos imposibles de los nosies. Parecía otra mentálica, aunque sus ropas eran extrañas.

—¿Qué hacemos ahora? —dijo sin soltar los binoculares.

—No tengo ni idea. Pero esos restos forman una figura similar a... ya sabes; sólo que este círculo es mucho más grande.

Ibcandís dejó el objeto en el suelo y se sentó junto a su compañera. Tomó el rifle y lo examinó sin curiosidad.

—Van a abrir un portal para salir de aquí.

—Si tú lo dices, así será.

—¿Nunca te inmutas? —Ibcandís miró con atención el rostro de la soldado—. Has visto morir a muchas de tus amigas, has visto horrores en las últimas horas que bastarían para poblar toda una vida de pesadillas... ¿no sientes nada?

La soldado se alzó de hombros.

—Tengo miedo, mujer. Quisiera meter ese rifle por el culo del... de esa cosa. Quisiera cortar el cuello a los nosies y...

—Dejó escapar un suspiro que se convirtió en un quejido apagado— Pero lo único que sé es que tengo miedo y ganas

de volver a casa. —Alfia barrió el suelo con la bota—. Si esos nosies crean otra burbuja zumbante, una tan grande como el círculo que han formado con los cuerpos, tú y yo moriremos. El estallido será tan enorme que ni a esta distancia lograríamos sobrevivir.

—¿Podemos detenerles?

Van Rutherford negó con la cabeza.

—He visto cómo ataca esa bestia. Cuando llegó al campamento muchas de las mías seguían vivas; vi desde mi posición cómo le disparaban con todo y las agujas parecían atravesarla, eludirla... Una soldado le atacó con la Incandescente de la Mayor Caltha y la bestia la partió en dos, tomándola de las piernas y la cabeza como si fuera una muñeca de trapo. —Alfia alzó la mirada—. No sé si alguien podría cargarse a eso, pero yo no.

—Entonces tenemos que salir de aquí —dijo Ibcandís para su propia sorpresa—. Me importa más mi vida que lo que pueda pasar en ese campamento. No quiero volver a estar cerca de una burbuja como... Jamás. Nunca.

La soldado sonrió.

—No sé a qué distancia estamos del mundo real, mujer. Este infierno de oscuridad y frío cayó sobre nosotras durante la noche, sin avisar. Quizá nunca salgamos de aquí, quizá ya no estamos en casa... Pero si queremos intentarlo, más vale que empecemos a correr. ¿Podrás...?

—Sabe la Diosa que sí.

—Adelante entonces. —Alfia se levantó con cuidado y colocó los binoculares en el morral. Tendió la mano hacia Ibcandís y la ayudó a levantarse—. Vuelve a coger el rifle, podrías nece-

sitarlo. Por cierto...

—¿Sí? —dijo Ibcandís tomando el arma.

—No me has dicho tu nombre.

Tahmani Ibcandís alzó la vista hacia la noche eterna que inundaba aquel infierno sobre la tierra. No había estrellas, ni la luna Hansel asomaba su rostro ceñudo por ninguna parte. Sobre aquel manto oscuro y frío, ella sólo vio el rostro ensangrentado de la dayrat. Sintió un estremecimiento.

—Arcadia. Me llamo Arcadia.

—Es un bonito nombre —dijo Alfia mientras comenzaba a caminar.

Ambas se dedicaron una sonrisa, una que podría haber hecho saltar una chispa en otras circunstancias, en otro mundo más amable que éste. Los cánticos imposibles acompañaron sus pasos durante mucho, demasiado tiempo. Cuando el zumbido vibrante rasgó el silencio de la noche, ya estaban lejos.

Quizá de vuelta a la cordura.

Quizá condenadas para siempre.

Este es un relato muy extraño. ¿Es ciencia ficción? Posiblemente sí, y, además, muy dura, pues juguetea con la teoría de supercuerdas y la estructura de p-branas de las que parece estar constituida eso que llamamos “realidad”.

En un principio no daba con un título adecuado, así que me dio por buscar metareferencias al concepto de “desconocido”. Entre todas las que encontré, me cautivó la de los viejos mapas marítimos que señalaban con dragones los lugares en los que no sabían lo que había, con la leyenda de “Dragones en el Centro”.

Fue publicado en Asimov Magazine.

Dragones en el Centro



Aullidos. Más y más aullidos en el exterior. Eternos, implacables, como machetes estáticos de sonido que cortaban la respiración y el alma. Provenían de todo tipo de fuentes. Por una parte estaba el viento gélido que bajaba de los glaciales del norte, cuchillos de aire que eran capaces de congelar los pulmones de aquel que osara respirarlo; las grandes bestias realizaban el contrapunto, los impresionantes sables y los escurridizos rodadores, cada uno acechando a su manera en busca de una carne fresca y extraña a sus paladares, rebotante de sangre cálida que llenara de energía sus organismos adaptados a un invierno sin fin. Y entre todas las voces se alzaba el grito lastimero de Silver, muriendo una y otra vez bajo las despiadadas garras del dragón de escarcha que le acechaba por toda la eternidad.

—¿Es que nadie va a aliviar el sufrimiento de ese bastardo?
—Todos habíamos hecho esa pregunta en alguna que otra ocasión desde que empezó el proyecto, y todos habíamos recibido el silencio por respuesta. Pero Xan-Xiao era un recién llegado. Debía aprender las cosas por sí mismo.

—No hay modo —susurró Iocasta, entre sorbo y sorbo de

brandy, caliente y especiado como era la costumbre por aquellos lares.

—Siempre hay una solución para cada problema —dijo Xan-Xiao, desafiante—. Al menos en mi malla.

—No puedes desenlazar un bucle, créeme —Iocasta le sonrió con dulzura. Ella es una criatura amable, poco beligerante. Yo no comparto sus modales, pero reconozco que a veces actuar como lo hace ella es la mejor opción.

—Callaos de una maldita vez —gruñí.

Era el jefe, y todos mis hombres estaban acostumbrados a acatar mis órdenes sin rechistar. El silencio se extendió por la mesa, y durante unos minutos todo lo que se oyó fueron los gritos lastimeros del exterior y el crepitar de la madera que ardía alegremente en el hogar.

El neomono que atendía la barra, un chimpancé barrigudo salpicado de mechones blancos, se acercó balanceándose mientras se secaba las manos con un ajado trapo de color indefinible. Era ya muy viejo, y, en realidad, no valía para otra cosa más que para servir a los que nos encontrábamos permanentemente en tránsito. Sin embargo yo era consciente de que el simio sabía mucho más de lo que pretendía aparentar.

—¿Todo bien, cap? —Dijo mientras me miraba a los ojos. Su sonrisa era asquerosa, llena de huecos nauseabundos entre dientes amarillentos y deformados.

—No me quejo, Jimbo —apuré el brandy y dejé el vaso sobre la mesa—. Sirve otra ronda para todos.

—Seguro, cap.

El viejo Jimbo recogió los recipientes y volvió a sus domi-

nios. Silver gritó de nuevo en el exterior, pidiendo ayuda, suplicando que alguien le librara de la bestia. Una trampa es siempre una trampa, no importa el aspecto que tenga.

—Marcos tarda demasiado —dijo Iocasta, intentando aliviar la tensión que se palpaba en el ambiente.

—No te preocupes por él. Sabe cuidarse.

—Jamás haremos que esa bañera se haga a la mar sin él.

—Vendrá —metí la mano en el bolsillo interior del chaleco y saqué un cigarro elaborado a mano en una pulcra plantación de Macarné, en la vieja Cuba. Xan-Xiao se apresuró a tenderme un zippo de color plata maltratado por los muchos viajes de su dueño.

—Gracias —murmuré. Di calor al cuerpo del habano y luego encendí la punta con largas chupadas. Le devolví el encendedor. A veces era muy duro con el chico, aunque él babeaba en mi presencia como un perrillo faldero.

Jimbo apareció de entre las sombras sujetando una bandeja que parecía que fuera a volcar en cada paso. Sobre ella humeaban cuatro pocillos de barro que salpicaban licor a diestro y siniestro. Nos obsequió de nuevo con su repugnante sonrisa y colocó los recipientes sobre la vetusta mesa de roble.

—Esta es para el viejo Marcos —dijo—. Que les aproveche.

Iocasta agarró con fuerza la pequeña jarra entre sus manos, como queriendo absorber el calor dentro de su cuerpo frío y cansado. Llevaba un rato tiritando, pero no se atrevía a acercarse a la lumbre por miedo a molestarme.

—Quizá deberías acercarte al fuego, niña.

Ella me miró con los ojos muy abiertos, incapaz de creer lo

que sus oídos se empeñaban en decirle. No dijo nada, agarró el brandy y se acercó al fuego. Allí cogió un pequeño escabel de uno de los laterales de la chimenea y se sentó ante las llamas con las piernas muy abiertas.

—¿Qué diablos le sucede? —Hice la pregunta sin mirar directamente a Xan-Xiao.

—No sé a qué te refieres. Yo la encuentro igual que siempre.

—Estás insultando mi inteligencia. Y, de paso, mis dotes de mando. Sé perfectamente cuál es el estado de ánimo de cualquiera que esté bajo mis órdenes. Suéltalo.

Xan-Xiao resopló, siguiendo su costumbre innata de exteriorizar los sentimientos que le embargaban. Clavé mis ojos en su rostro, escudriñando su alma inquieta. Él sacudió la cabeza. Tomó un pequeño trago y, arrastrando mucho las palabras, dijo:

—Sólo sé que tiene algo que ver con Marcos. Se traen algo entre ellos, no me preguntes el qué.

—Marcos...

Dejé que el nombre de mi lugarteniente flotase en el aire, alejándose de mis labios como un sueño de juventud.

—Ella tiene razón —dijo Xan-Xiao.

—¿Qué?

—Tiene razón. Marcos está tardando demasiado.

—Lo hace para provocarme. Ese viejo bastardo lleva demasiado tiempo dando tumbos a mi lado.

—No lo niego, pero creo que ella también tiene algo que ver en esta ocasión.

—Marcos ha tenido muchas mujeres a lo largo de su vida. La niña no es tan importante como ella cree.

—El caso es que nos está retrasando.

Solté una carcajada y bebí un largo sorbo de brandy. Luego me limpié la comisura de los labios con la palma de la mano.

—¿Y qué? Nosotros somos el tiempo, hijo. No lo olvides.

Me incorporé con la taza de brandy en la mano y me dirigí a uno de los ventanales que había a ambos lados del grueso portón de entrada. Fuera caía la noche. Implacable y maliciosa, artera y profunda. Una ventisca asesina soplaba desde las altas montañas del norte, golpeando los cristales con sus diminutos puñales de hielo. Desde aquella posición no podía ver al desdichado de Silver, ni a su inhumano asesino. En cambio, me quedé contemplando la esbelta silueta arropada en sombras de nuestro navío. El pequeño muelle apenas si era capaz de contener su eslora, y las salvajes aguas lo golpeaban con furia, como tratando de arrastrarlo hacia las profundidades llenas de engendros desconocidos. Todo ataque era inútil. La nave estaba protegida contra la misma esencia del planeta. A salvo incluso del universo que lo contenía.

Una sombra escurridiza se disparó de un lado a otro de mi campo visual. Los rodadores llevaban tiempo acechando el Laplace, buscando un hueco en su inexpugnable estructura para colarse y devorarnos a todos. Nunca habían visto humanos, pero allí estaban, dispuestos a acabar con nosotros como la mayoría de las bestias a lo largo y ancho de las membranas. Quizá se hubieran sorprendido de saber que teníamos parientes al sudoeste, en algún lugar de la zona ecuatorial, más parecidos a Jimbo que a nosotros mismos, pero primates al fin y al cabo. Sin embargo, los rodadores no durarían ni un minuto en la húmeda calidez de los bosques subtropicales

de la franja cálida del planeta. Habían nacido del frío, y sólo podían vivir bajo su abrazo.

Un zumbido apagado de estática me rescató de las ensoñaciones. Me volví como un rayo y atravesé en un par de zancadas la distancia que me separaba del sucio mostrador de la taberna. Jimbo estaba de espaldas, manipulando los controles del aparato ennegrecido que descansaba de cualquier manera entre las damajuanas de brandy.

—¿Una entrada?

—Seguro, cap.

—¿Es Marcos?

—No tengo lectura de aura. Por ahora es sólo una petición de tránsito.

—Bastardo...

Jimbo emitió un chillido lastimero, un homenaje a sus antepasados, cuando le agarré por los hombros y lo arrojé al suelo. Superé el mostrador de un salto que quiso ser limpio sin conseguirlo. Un fuerte golpe en la rodilla derecha me hizo caer al suelo. Aterricé sobre las huesudas y dobladas piernas de Jimbo, desmadejado por el dolor. Iocasta y Xan-Xiao se apresuraron a venir corriendo, derribando mesas y taburetes en su enloquecido servilismo.

Como pude aparté el cuerpo de Jimbo y me incorporé cojeando. El simio no dejaba de quejarse, haciendo una excelente interpretación del siervo castigado por el amo desprovisto de piedad.

—¿Es Marcos? —Iocasta apenas podía contener su impaciencia.

No le contesté. Me limité a volver la cabeza y fulminarla con la mirada. Me apoyé en el vetusto mueble en el que descansaba el concentrador de rutas y recuperé el resuello antes de interpretar los datos multicapa que se agolpaban en la pequeña holoesfera de color azulado. Cuando posé mis ojos en ella comprobé que, efectivamente, el neomono tenía razón: no había manera de saber qué o quién estaba solicitando el umbral.

—Ese aparato es una mierda —oí decir a Xan-Xiao a mi espalda—, como todo lo que hay en este maldito lugar...

—El concentrador está bien —murmuré, ahogando un quejido de dolor y girando el cuerpo para enfrentarme a ellos—. Está bien. Quizá sea el repetidor, o el cálculo de sombra. Tengamos paciencia —sus miradas eran acusadoras—. Yo el primero. No he debido perder los nervios.

Ninguno dijo nada. Me agaché y cogí a Jimbo por el brazo, intentando tirar de él con suavidad. El maldito simio volvió a emitir quejidos lastimeros, como si le hubiese molido a palos en lugar de empujarle.

—No es para tanto, maldito simio del demonio. Compórtate.

Jimbo me miró con tanto desprecio que creí que iba a abalanzarse sobre mí y morderme el cuello hasta acabar con mi vida. Le había visto hacerlo en una ocasión, y no fue una visión agradable.

—Seguro, cap —musitó entre dientes—. Seguro.

Se puso en pie, y, ejecutando una cabriola simiesca, se las arregló para aterrizar sobre la barra. Allí se quedó, obsequiándonos con otra de sus muecas mientras se rascaba detrás de la oreja.

—¿Otra copa? —Sugirió Xan-Xiao.

—Por mí, vale —dijo Iocasta.

Yo negué con la cabeza, tratando de no hacer caso del dolor que me acuchillaba la pierna de parte a parte. Me arrastré como pude hasta el hogar y allí me senté en el mismo escabel que Iocasta había ocupado hasta hacía unos instantes. El frío es un fenómeno extraño, sobre todo el del espíritu. Contra ése no hay fuego que valga.

Me concentré en las llamas cambiantes, en los tonos rojizos, el etéreo vapor amarillento, en los siseos de los troncos. Buceé en mi mundo y en mi mente, tratando de aislarme del dolor, de la hinchazón a la altura de la rodilla que, poco a poco, iba estirando la tela del pantalón. Ante mí pasaron las experiencias vividas, los cadáveres que dejé a mi paso por las puertas y tejidos de este universo extraño e imprevisible. De fondo podía oír los cuchicheos de mis tres compañeros de tumba, conspirando, aventurando, cuestionándose la integridad de mi cordura. Pero ellos no podían saber lo que pesa el mando, la presión que ejerce la responsabilidad sobre la mente de un ser finito y abocado a la desaparición.

No. No podían saberlo de ninguna manera.

Marcos sí era capaz de formarse una idea bastante aproximada. Él mismo había tenido tripulaciones a su mando antes de caer en nuestras manos, antes de abrazar la eternidad. Era otra realidad, otra sociedad, otro tiempo. Pero después de tantas experiencias yo había llegado a la conclusión de que nada era tan diferente: el animal humano se comporta de la misma forma sean cuales sean las causalidades que le rodeen. ¿Qué importancia tiene que estés rodeado de piratas en las Antillas, o de controladores de membranas en un tiempo sin nombre y sin apellidos? A la postre todos desarrollan las mis-

mas tendencias, los mismos errores, los mismos sentimientos arraigados en la doble hélice de nuestro corazón de especie. Era la sinrazón de la existencia. El Hombre no está hecho para habitar las orillas del tiempo.

—¿Cap? ¿Cap?

Era Iocasta. Por el tono de su voz deduje que creía que iba a ocurrir algo importante. Traté de ponerme en pie con una pizca de dignidad. Había cometido la imperdonable falta de perder el control delante de un subordinado: no iba a permitir que mi lenguaje corporal diese, además, una enfermiza imagen de debilidad.

Me acerqué a ellos, sintiendo sus ojos como sondas explorando cada centímetro de mi figura. Jimbo deslizó una taza de brandy por la barra, como si nada hubiese ocurrido. Un profesional hasta el fin de sus días. La atrapé con la mano derecha y le hice un guiño de complicidad. El simio soltó un alegre gruñido y me señaló la holoesfera. Estaba tomando un color cárdeno de sangre reseca.

—¿Esta vez hay lectura de aura? —Pregunté.

—Está protegida —escupió Jimbo—. Nada que hacer hasta que atraviere el umbral.

—Que el infierno se trague a ese bastardo hijo de una podrida ramera...

—No sabemos si es Marcos —Iocasta trataba de conciliar, como siempre.

—¿Y quién si no? Este continuo no aparece aún en los mapas. Silver fue el primero en llegar y quedó atrapado en ese maldito bucle. Si estamos aquí es precisamente para investigar esa singularidad —odiaba verme obligado a repetir lo que

todos sabían, pero tenía que hacer comprender a Iocasta que los árboles no le dejaban ver el bosque.

—Lo sé.

—Pues no lo parece.

—Quizá —terció Xan-Xiao— son sólo suministros para Jimbo.

Los tres dirigimos nuestras miradas hacia la achaparrada figura del simio. Otra sonrisa antes de escupir:

—No. Nada más hasta dentro de un par de fases. Pero a veces recibimos visitantes inesperados, fallos de control...

—Los errores de dirección son algo excepcional. Quienquiera que sea sabe bien a dónde se dirige —no podía quitarme de encima la impresión de que aquel maldito simio sabía mucho más de lo que aparentaba.

—Entonces sólo nos queda aguardar —sentenció Xan-Xiao.

Asentí en silencio, sintiéndome de pronto muy cansado. Marcos tramaba algo. Ellos tenían razón, su tardanza no era normal, y pronto ya no sería capaz de contenerles. Un silencio denso se apoderó del espacio interior de aquella extraña taberna más allá del tiempo. Todos estábamos atentos a la holoesfera, aguardando ansiosos a que su tonalidad cambiase de repente o de que se apagase. Cualquier cosa menos la espera. Ya llevábamos demasiado tiempo esperando.

No sucedió nada. Iocasta volvió junto al fuego después de unos minutos, supuse que para abandonarse a sus fantasías con Marcos. Xan-Xiao y el neomono comenzaron una partida de Moribundo con una gastada baraja de naipes que el simio sacó de un pequeño estante bajo el mostrador. Yo me

senté a la mesa que habíamos ocupado, agarré la taza de brandy que Jimbo había servido para Marcos y comencé a beber su contenido, que por aquellos entonces sabía a tripas de castor. Me sorprendí mirando embelesado la silueta de Iocasta a contraluz. Su larga melena plateada resbalaba sobre una espalda perfecta cubierta por la basta tela de la manta de viaje, lanzando destellos imprecisos al reflejo de las llamas. Era la primera vez que ella visitaba físicamente el planeta madre, y no precisamente en la mejor de sus eras cronológicas. Yo había nacido a unos dos mil kilómetros al sur de la pequeña bahía en la que se asentaba el Laplace, unos cinco millones de años antes. Años. Hacía tiempo que ni siquiera usaba esa palabra. ¿Para qué? Su significado se había desvanecido a lo largo del cuarto eje. Había estado a punto de redireccionar el vector espacial para ver qué aspecto tenía ahora la tierra que me vio nacer. Me contuve. La membrana en la que nos hallábamos era demasiado inestable como para realizar acciones fuera de programa. Allí estaban los desgarradores aullidos de Silver para demostrarlo.

—No podremos zarpar al amanecer —dijo de pronto Xan-Xiao.

Iocasta volvió la cabeza, sorprendida. Sus ojos dorados despedían rayos rojizos, embelleciendo su rostro hasta extremos insoportables. Nuestras miradas se cruzaron en un mudo intercambio de ideas.

—¿Qué te hace pensar eso, chaval?

—Marcos no va a aparecer.

—Eso es una tontería y lo sabes muy bien —apuré el recipiente y me levanté para ir a por más. Tuve que dejarme caer de nuevo en el asiento cuando un cuchillo helado de dolor me atravesó la rodilla. Iocasta se percató de ello y se apresuró a

venir hasta mi lado.

—¿Estás bien? Deja que te vea la pierna.

—No pasa nada. He tenido heridas peores, es sólo que ya no me acordaba del golpe.

—Deja que te coloque un parche en...

—¡He dicho que estoy bien! No necesito que me cuiden como a un anciano quejica.

Vi que unas lágrimas diamantinas colgaban de sus ojos. No llegaron a caer. Iocasta nunca me daría el gusto de contemplar su llanto. Se incorporó sin dejar de mirarme y, apretando los labios con fuerza, volvió a enfrascarse en la danza del fuego. No tuve que volver la vista para sabe que Jimbo y Xan-Xiao me contemplaban con ganas de apalearme. Sabía que a sus ojos yo no era más que un viejo dragón cascarrabias con muy malas pulgas, dispuesto a incinerar a cualquiera que se atreviese a chistarme. Una bestia como la que estaba despedazando a Silver en la fría noche del exterior.

Otro manto de silencio pegajoso cayó sobre nosotros. La furia de los elementos tras el portón del Laplace se hizo más evidente, casi palpable. Podíamos escuchar hasta los crujidos de la madera del barco, sometido a pares de fuerzas de una violencia increíble y aterradora. Aparte de los gritos de terror del desgraciado que moría a pocos metros de allí, la noche cerrada trajo consigo a una patrulla de sables que se habían envalentonado bajando de las cumbres heladas que eran su hábitat natural. Escuchábamos el sonido chirriante de sus garras y dientes contra las paredes que nos protegían de ellos, el estertor de sus hocicos husmeando por los resquicios, tratando de codificar un olor desconocido en su mundo hasta nuestra llegada. Ponía los pelos de punta. Me puse en pie con

dificultad, y arrastré la pierna hasta el ventanal. No quería perderme el espectáculo por nada del mundo.

La ventisca distorsionaba el paisaje hasta hacerlo irreconocible. Todo lo que era capaz de ver eran remolinos grisáceos atravesados por sombras rápidas y fluctuantes, un carnaval de copos de nieve mortíferos que realizaban cabriolas imposibles contra el telón de fondo de una negrura engañosa. Era como ver un cúmulo estelar a cámara acelerada, en blanco y negro, desprovisto de esa cualidad de gasa tenue que tienen las imágenes del cosmos.

—¡Entrada en cinco! —Oí gritar.

Así que, después de todo, el loco de Marcos iba a regalarnos su presencia. Me giré lentamente mientras escuchaba a Jimbo recitar la cuenta inversa. No iba a darle el gusto de que me viera ansioso por su llegada, así que me quedé donde estaba, componiendo mi rostro en una mueca de desidia y aburrimiento. Cuando el simio acabó de recitar las cifras, un punto de luz cegador, intenso e hiriente, se formó en mitad de la habitación. Un salto con tanta energía debía de haberse producido desde una membrana relativamente cercana a nosotros. Se suponía que Marcos estaba arreglando un problema menor en un eje relativamente distante; me vi obligado a suponer que el bastardo había estado tomándose unas cortas vacaciones a nuestra costa. La diminuta esfera de luz se expandió hasta alcanzar una extensión bidimensional parecida a la de un antiguo espejo de tocador, de cuerpo entero, y su superficie adquirió la textura del mercurio líquido. Marcos estaba a punto de realizar su gran y espectacular entrada.

Todos esperábamos que la inmensa mole de Marcos apareciera dando un brinco, como era su costumbre, su rostro cubierto por una amplia sonrisa de oreja a oreja. No fue así.

La superficie de espejo líquido se contrajo de pronto, implorionó, y se desvaneció con la misma suavidad que había aparecido.

—¡Mierda! —Xan-Xiao estaba estupefacto, y le vi arrojar los naipes al suelo de un manotazo.

Me acerqué renqueando al mostrador. Jimbo se subió a él cuando vio que lo rodeaba y me dirigía con ojos de fuego hacia el concentrador de ruta. Iocasta estaba en mitad de la habitación, con los ojos muy abiertos, incrédula, con los puños apretados a ambos lados del cuerpo, luchando por no romper a llorar. La holoesfera desplegaba datos caóticos, matrices p-dimensionales que no tenían ningún sentido. Olía, mejor dicho, *apestaba* a bucle.

—¿Qué diablos ha ocurrido?

No me molesté en contestarle. La situación ya era lo bastante dramática como para empeorarla con alguno de mis ácidos comentarios. Me limité a girar la cabeza y dirigirle una mirada de olvídate-de-que-existo. Xan-Xiao captó el mensaje y apretó los labios. Jimbo estaba muy quieto, mudo, tratando de mimetizarse con el entorno. El jodido mono sabía más, mucho más, de lo que quería contarnos.

—¿Sabes algo que yo no sepa, Jimbo? —Dije muy lentamente mientras mis dedos aleteaban sobre el holoteclado del concentrador.

Su respuesta fue el silencio. Recuperé los datos de tránsito en un instante, y programé un duplicado en tiempo real de la entrada en nuestra membrana. Había una bifurcación muy pequeña en el último tramo del vector direccional, en el sentido espacial. Vi el diminuto bucle, casi imperceptible, que se cerraba sobre sí mismo casi al final de la trayectoria,

y un sudor helado cubrió mi piel. Cuando estaba a punto de agarrar a Jimbo por el pescuezo para obligarle a hablar, un zumbido de estática llenó la habitación. Iocasta, que era la que estaba más cerca del supuesto punto de inserción, dio un salto hacia atrás y estuvo a punto de caer en la chimenea; en el último instante, agitando los brazos, consiguió recuperar el equilibrio.

—¡Apártate de ahí, maldita sea! —Le ordenó Xan-Xiao.

La chica llegó a nuestro lado en un par de zancadas. Por un momento creí que iba a caer presa de la histeria, pero mantuvo el tipo. Se colocó a mi lado y, sorbiendo las lágrimas, concentró su atención en la holoesfera. Vimos repetirse la escena anterior punto por punto. La esfera de luz, el espejo de mercurio, la implosión final... Todo. Mis tres compañeros estaban demasiado ocupados observando el fenómeno como para darse cuenta de que nuestros fantasmas también ocupaban la habitación.

Vi mi imagen difuminada apoyada en la pared, al lado del ventanal. Vi a Iocasta de pie, transparente como el cuerpo de una medusa, las llamas cabriolando dentro de su cuerpo. Vi a Xan-Xiao y a Jimbo, con la partida de Moribundo desmadrada sobre la mesa...

Definitivamente Marcos había provocado otro bucle.

No le di tiempo para reaccionar. Me volví como una fiera, atrapé una botella de licor del estante, la partí contra el mostrador, y, con la otra mano, engarfié el cuello de Jimbo y lo tumbé contra la barra. El simio era fuerte, pero no tanto como un humano de dos metros de estatura enfurecido hasta extremos imposibles.

—¡Suéltalo, maldito mono bastardo! ¡Dime lo que está pa-

sando aquí o acabarás sirviendo de comida para los sables por toda la eternidad!

Con el rabillo del ojo vi que Xan-Xiao y Iocasta iban a tratar de ayudarme. Un motín, era un momento de mierda para que se rebelasen mis subordinados.

—Quedaos donde estáis —dije masticando los sonidos—. Ni un movimiento o vosotros seréis los próximos.

Se quedaron quietos como estatuas, sopesando la posibilidad de lanzarse contra mí. En un concilio de miradas, decidieron que no merecía la pena perder la vida por culpa de un mono alterado de forma artificial. Jimbo trataba de zafarse. Apreté la botella rota contra su rostro hasta que una perla rojiza resbaló por su apestosa piel de primate.

—Voy a hacerlo, Jimbo. No lo dudes ni por un instante.

El neomono tragó saliva, emitió un par de gruñidos, aulló como un espíritu atrapado en el infierno. Por fin resopló, y, apretando los párpados, dijo:

—Marcos quería rescatar a Silver, sabes que siempre pensó que lo que le había ocurrido fue a causa de un error de cálculo que cometió tu antiguo equipo —escuché a Iocasta escupir un gemido sofocado, y una maldición queda de los labios de Xan-Xiao—. Llegó aquí un par de horas antes que vosotros —continuó Jimbo—, no me preguntes cómo, ni por qué, pero sabes que puede hacerse. Le debía una, así que le prometí que no hablaría, por muy mal que se pusieran las cosas...

—Sólo que las cosas no están mal, están realmente jodidas...

De nuevo el zumbido. De nuevo el mismo espectáculo. Con una salvedad: todos vieron con horror los fantasmas estáticos que acompañaban a la aparición del espejo. Yo los había visto

primero, por tanto fui el único que se dio cuenta de que las texturas de los espectros eran más sólidas. En poco tiempo, el bucle se apoderaría por completo de nuestra posición, y nos pasaríamos la eternidad contemplando una y otra vez la fallida aparición de Marcos.

Había que actuar rápido.

—Los trajes —ordené—. Deprisa.

Iocasta y Xan-Xiao no dudaron ni un instante, tan arraigada tenían la obediencia en sus mentes. Se dirigieron corriendo hacia el rincón en el que reposaban nuestros bártulos y volvieron con tres pequeñas cajas con la forma y el tamaño de una obsoleta pastilla de jabón. En total no habían tardado más de cinco segundos en completar mi requerimiento. Eran gente muy preparada, no se esperaba menos de ellos. Iocasta me arrojó el mío, de color azul intenso, mientras se desembarazaba del poncho de viaje que le cubría. Nos desnudamos a la vez, arrojando ropas y calzado por toda la habitación. Todo excepto el estrecho cinturón de anclaje que rodeaba cada una de nuestras cinturas. En otras circunstancias podríamos haber prescindido de él. En otra membrana, con otras condiciones meteorológicas. No allí. El ameboide que se extendía por una de las caras del pequeño recipiente, alterado genéticamente para fundirse con nuestra piel, no estaba preparado para tales hazañas.

Cuando estábamos listos para camuflarnos con la membrana, con los dedos a punto de presionar la esquina adecuada, nuestra pequeña y excéntrica obra de teatro comenzó de nuevo en el centro de la habitación.

—Esperad —dije levantando la mano derecha.

Mis dos subordinados me obedecieron sin rechistar. Ambos

sabían que no podíamos predecir lo que ocurriría en aquellas condiciones si saltábamos.

—Las sombras son más sólidas —susurró Iocasta.

—Ya lo sé. No tenemos mucho tiempo.

—¿Qué piensas hacer?

—Sólo tenéis que seguirme. Sincronizad los trajes con el mío. En automático. No quiero preguntas.

Yo sería el único culpable del éxito o el fracaso de la maniobra que me proponía ejecutar. Después de todo, si estábamos en aquella situación era por mi causa. Marcos era uno de mis hombres, era yo el último responsable de sus actos. Esperé a que la pequeña canica de luz implosionara. En ese momento salté.

Para una desviación espacial tan mínima no hacía falta más concentrador de ruta que mi propio cerebro. Nuestros cuerpos simplemente desaparecieron del continuo tetradimensional tangible, perdiendo la consistencia de la materia. Nos movimos por la maraña de dimensiones laterales que conforman las membranas, espectros cabalgando en partículas tan elementales como fugaces. Ya no podíamos vernos, ni era necesario por otra parte. Simplemente nos percibíamos, alteraciones en el flujo de partículas, ondas en un estanque tranquilo. Rasgué parcialmente el velo de nuestra realidad, sintiendo el movimiento fluido de Iocasta y Xan-Xiao tras de mí. Nuestras sombras se materializaron al otro lado, en el exterior del Laplace, a unos diez metros de la ingente masa del dragón de escarcha y sus dos víctimas: Silver y el bastardo de Marcos.

Nadie más que nosotros podía vernos ni percibirnos. No éramos ni siquiera fantasmas. La ventisca no nos afectaba, el

viento y los cristales de hielo atravesaban la zona de torsión cuántica en la que nos habíamos transformado. Mis subordinados se colocaron a ambos lados de lo que podría haber sido mi posición física. El Laplace quedaba a nuestra espalda: una especie de cabaña de contornos difusos que, a veces se hacía más definida, y otras parecía perder toda consistencia. Uno de los sables que merodeaba por allí se acercó, incapaz de advertir nuestra presencia. Era una especie de foca albina superdesarrollada, cruzada con una imposible nutria. De su boca flácida salían despedidos dos impresionantes y afilados colmillos. Tenía la facultad de colocarse en posición erecta para amedrentar a sus enemigos, a simple vista podría llegar casi a los tres metros de altura. No nos afectaba. El animal nos traspasó en una enloquecida carrera, levantando nubes de nieve en polvo con cada uno de sus desmañados e irregulares pasos.

“*Vamos*”, ordené.

Las palabras carecían de significado, de utilidad, en aquel estado alterado de la materia. Sabía que para Xan-Xiao era la primera vez, así que no me sorprendí cuando percibí que no había obedecido mi orden. Iocasta me seguía, revoloteando a mi alrededor, pero él se había quedado varado en la misma posición relativa. No teníamos tiempo que perder. Simplemente confié en que recuperara la compostura a tiempo y me despreocupé por completo de lo que pudiera sucederle. Un eslabón más en la larga cadena de errores que nos habían conducido hasta aquella situación. El breve instante que perdí calibrando su acción hizo que perdiera el vector de Iocasta, y ella alcanzó el drama antes de lo que yo había previsto.

La chica atravesó en un nanosegundo la distancia que le separaba de la sangrienta escena. El dragón de escarcha, un animal que ni siquiera pertenecía a la fauna de aquel planeta,

estaba clavando sus largas garras de algún tipo de metal orgánico en la carne de ambos hombres. Marcos, con su rizada melena castaña ondeando al viento, trataba de arrastrar el cuerpo de Silver hacia el umbral que titilaba a su espalda, un mandoble oscuro atravesaba su espalda y surgía de su pecho lanzando a la atmósfera una cascada de gotas de sangre que se congelaban al contacto con el aire y caían como lluvia ácida sobre el suelo revuelto de vísceras. Las fauces de la bestia, una madeja de dientes puntiagudos y ventosas extensibles salpicadas de diminutas agujas, se proyectaban hacia la carne de ambos cuerpos para sorber su calor. La escena se detenía, se desvanecía, y vuelta a empezar.

Un umbral se abría en la noche. De él surgía Silver, boqueando, aterrado, sabiendo que estaba a punto de morir. Ni siquiera tenía tiempo para sentir el frío. El dragón de escarcha, una especie de lagartija de cuatro metros que parecía estar formada por cristales y espejos, surgía a continuación, atrapándolo al vuelo. El portal desaparecía tras ellos, no sin antes mostrar el retrato fugaz de un rostro enfurecido, los rasgos de alguien a quien yo conocía muy bien.

“¡Maldito hijo de puta!” La pauta vocal de Iocasta estalló en mi interior.

A los pocos segundos se abría otro portal, del cual salía Marcos, tratando de ayudar al imbécil de Silver. El show debía continuar. Para siempre.

“¿Por qué?”

Iocasta nunca hubiera entendido que, sencillamente, tuve que hacerlo, que el mando conlleva realizar acciones de las que no te sientes orgulloso, pero que han de llevarse a cabo. Silver era un maldito cobarde. No se perdía nada con su muerte.

Sentí su rabia profunda y densa, un aceite malsano y oscuro permeando el tejido de la realidad. Iocasta sabía que nada podía hacer en aquel estado. Era una chica práctica, así que contuvo su dolor y aguardó a que yo hiciese mi movimiento. Percibí la sombra de Xan-Xiao en la periferia de mis sentidos alterados, materializándose en nuestra área de influencia. No podía haber presenciado lo mismo que Iocasta. Aislé sus canales de percepción para evitar que se comunicasen entre ellos si no era a través de mí. Después de todo, era yo el que controlaba la dimensión táctica de aquella extraña misión.

Iocasta trataba de rebelarse. Las pulsaciones de sus pensamientos me llegaban como crestas de espuma cuántica que me atravesaban, me embargaban, casi llegaban a maniatarme en aquel caos de no-existencia. También noté que Xan-Xiao estaba al borde del colapso, demasiada información que procesar. Yo tenía una idea clara de lo que debía hacer, y no me preocupaba llevarme a quien fuera por delante. La responsabilidad, el éxito de la misión, estaba por encima de cualquier consideración parcial.

Marcos volvió a surgir de la nada, y de nuevo fue empalado por aquel extraño material orgánico. El horror de Iocasta era tangible y malsano a mi alrededor, y la estupefacción de Xan-Xiao seguía maniatándolo. Simplemente me adelanté, tirando de ellos en mi avance, obligándoles a insertarse en la escena. Pronto estuvimos rodeados de carne extraña y sangre conocida. Tenía que registrar los campos entrópicos de ambos portales para intentar revertir los procesos. Marcos había llegado a suplicarme casi de rodillas que lo hiciera, pero yo me había negado a todas sus peticiones. Yo era el único del grupo que contaba con la tecnología y los conocimientos para hacerlo. Había rechazado la idea porque Silver no merecía el riesgo; sin embargo, ahora había demasiadas vidas en juego.

Lancé una sonda bidireccional en el momento en que la escena desapareció. Recibí la codificación de datos en cuanto todos los personajes se materializaron a nuestro alrededor por enésima vez. Un bucle perfecto, cerrado en cinco dimensiones asociadas, hambriento por expandirse hacia el resto de las que componían aquel universo-membrana. Comprendí que había mucho más en juego que la vida de cinco humanos jugando a ser dioses. Si aquel engendro conseguía expandirse, podría contaminar hasta la misma esencia de la realidad y convertir el omniverso en una cáscara vacía de vida, condenada a reproducir el mismo instante hasta que el propio tiempo se colapsase sobre sí mismo, hasta que las dimensiones se aplanaran y desaparecieran...

No sé cómo ocurrió, cómo pudo hacerlo, pero se me hizo evidente que Marcos había influenciado a Iocasta hasta extremos que yo no había sabido reconocer. La chica, la diosa perfecta surgida de una humanidad genéticamente mejorada que recolectaba asteroides de hielo en las proximidades de Vega, la única mujer que había ansiado poseer en mucho tiempo y que me fue negada, cobró forma en el instante en que la garra del dragón de escarcha bajaba hacia la espalda de Marcos, interponiéndose en su camino de muerte y destrucción. Iocasta murió convencida de que su estúpido amante, y no yo, sería el que arreglase la situación.

El grito de Xan-Xiao cristalizó mi esencia. Roto el enlace, yo no podía saber dónde se hallaba el muchacho. Marcos se movió hacia un lado esquivando la garra asesina, al principio sin darse cuenta de que la que había ocupado su lugar era la mujer que amaba. Luego, al ver la carne desgarrada y sin vida de Iocasta, se destrozó la garganta en un alarido de agonía infinita que yo seguiría oyendo hasta el fin de los tiempos.

Al menos el bucle de Marcos se había roto.

Busqué con todos mis sentidos la presencia de Xan-Xiao sin dar con ella. Reconozco que la situación me superó: abandoné al chico. Sin pensar en las implicaciones, sin hacer siquiera un cálculo aproximado de cómo iba a quedar la situación, volví al punto de

entrada, ocupado por las moles gelatinosas de un par de sables, e hice el camino de vuelta hacia el interior del Laplace.

Me materialicé boqueando, retorciéndome de dolor en el suelo, con los ojos apretados, como si aquel ritual de miseria fuese a hacerme olvidar todo el horror que me rodeaba. Cuando por fin abrí mis párpados, tratando de incorporarme a pesar de las navajas de dolor que desmembraban mi cuerpo, vi que Jimbo trasteaba el concentrador de rutas como un poseso, de vuelta al animal irreflexivo que debería haber sido. Aún no se había percatado de mi presencia, y dudaba que lo hiciera dado su estado de excitación. No sé de dónde saqué las fuerzas, ni me paré a intentar averiguarlo. El caso es que llegué hasta el mostrador, alcé uno de los pesados taburetes de madera por encima de la cabeza, y lo estrellé contra el cráneo del chimpancé con todas las fuerzas que me quedaban. El cuerpo de Jimbo salió despedido por encima de los estantes, derribando damajuanas de barro a su paso, hasta que aterrizó como una marioneta en el centro del salón. Unas pequeñas convulsiones recorrieron sus miembros, y desde su nuca brotó un rojo río que le rodeó por completo.

—Adiós, Jimbo —mascullé—. Púdrete en el peor de los infiernos.

Descansé un par de segundos y me arrastré hasta la parte interior de la barra. Allí arranqué todos los cables y módulos del concentrador de ruta. Quemé mis naves, como se decía en mi época. Entonces cogí el aparato y lo arrojé contra una de las paredes, sintiéndome mil veces mejor al ver cada una de sus piezas y circuitos desparramados por todo el local. Luego agarré una de las damajuanas de brandy que aún se conservaban intactas y me dispuse a beber hasta caer desplomado. Sólo pude dar un trago, que cayó en mi estómago como una bomba nuclear.

Marcos se materializó junto al cadáver de Jimbo.

Aterido por el frío, con la carne azulada, una capa de escarcha cubriendo sus poderosos músculos... Los ojos ardiendo por la sed de venganza. Y el traje de Iocasta colgando de su cinturón de en-

ganche. Iba a matarme.

Avanzó unos pasos y cayó al suelo. Sus pies estaban tan amaratados por la gélida temperatura del exterior que lo extraño era que no se hubiesen roto ya en mil pedazos. Pero eso no le detuvo, se arrastró, una inmensa serpiente de forma humanoide que sólo tenía en mente una idea. Sin poderlo evitar me eché a reír a carcajadas, tanto que un ataque de tos me dobló por la mitad.

—Rata asquerosa —oí decir a Marcos, escupiendo sangre en cada sonido a través de sus labios cuarteados.

Me incorporé apoyando la espalda contra el mostrador, con la antigua y pesada botella de brandy todavía en mi mano. Marcos sabía lo que iba a ocurrir, pero no cejó en su empeño. Siguió arrastrándose, dispuesto a desgarrar mi carne con sus dientes si era preciso.

—Tú la has matado, maldito idealista de mierda —le grité—. Tú eres el único culpable, tú y tus victorias morales, tu ansia de redención por los crímenes que cometiste en el pasado... Mira lo que has conseguido... ¡Mira, maldito imbécil!

Le asesté una patada en el rostro con la pierna sana. Un par de dientes saltaron de su boca y cayeron a poca distancia de la inerte pierna de Jimbo, junto con jirones de sangre que describieron una curva imposible en el aire.

—¿Por qué? ¿Por qué tuviste que enseñarle tus sucios trucos? —No dejaba de patear su rostro, su cráneo, mientras hablaba— Ella sólo quería vivir aventuras, maldito seas, no se merecía morir en esta tumba de hielo...

Me agaché junto a él y le golpeé con la damajuana hasta que su cráneo no fue más que una masa sanguinolenta de sesos, cabellos y sangre. Luego lloré, lloré largamente hasta que caí en un vacío insondable de sufrimiento, un instante eterno de dolor, agonía y tristeza...

Y me materialicé de nuevo en el interior del Laplace, contem-

plando cómo Jimbo trasteaba los controles del concentrador de ruta.

Desde entonces estoy aquí, para toda la eternidad, sin comprender bien cómo se produjo este bucle, sin tiempo para recapacitar sobre ello. Los humanos sabemos poco de lo que nos rodea, y no nos preocupamos de averiguarlo. Si no comprendemos algo, simplemente lo cambiamos a nuestro gusto. Fin del problema. Pero en el centro de todo hay dragones esperándonos, como en los viejos mapas de navegación. No sé en qué acabará todo, ni si yo he sido el culpable de que la realidad acabe por implosionar sobre sí misma tarde o temprano.

Sólo sé que aquí también hay dragones.

Hay un dragón de escarcha que asesina a Silver y a Iocasta, la mujer que deseé. Los devora una y otra vez, no importa las veces que traten de escapar de sus fauces alienígenas.

Y hay otro dragón cascarrabias encerrado para siempre dentro de una taberna construida al margen del tiempo, uno que, continuamente, destroza el cráneo de un simio alterado y después acaba con la vida del que una vez fuera su mejor amigo. Uno que, a veces, cambia su discurso y le pide perdón, mientras que otras alarga su muerte hasta lo impensable para verle sufrir igual que sufre Iocasta en el exterior. Un dragón cansado al que le gustaría quitarse la vida, pero que no puede hacerlo por más que lo intente.

También hay un fantasma. El espectro de Xan-Xiao, desprovisto de materia para toda la eternidad. A veces el viejo dragón cree escucharle sollozar en un rincón, sorbiendo lágrimas cuánticas hechas de partículas fugaces, susurrando entre los pliegues de las membranas una pregunta que nunca tendrá respuesta.

¿Por qué, Cap? ¿Por qué?

Pregunta: ¿podré hacer un cuento cyberpunk dentro de un marcon tan vetusto como Cádiz, la ciudad más antigua de Occidente, y, para colmo, situarlo en el futuro?

Respuesta: sí.

Este cuento fue publicado en un antología auspiciada por Bibliópolis para su distribución exclusiva entre los participantes de la HispaCon 2004 que tuvo lugar en Cádiz. En ella, se pedía a escritores y poetas locales que escribieran un cuento enmarcado dentro del fantástico, en cualquiera de sus vertientes, como homenaje a la ciudad que nos vio nacer. Es muy difícil de encontrar, por eso publico aquí mi humilde contribución.

Desde una Araña Moribunda



Oscuridad... Salto desde el vacío... Despertar...

Jonadab Vargas abrió los ojos con la sensación de que era un pez y acababan de sacarle del agua. Incluso boqueó durante unos instantes, hasta que vio el rostro de ángel de la chica que estaba sentada frente a él. Entonces parpadeó, todavía confuso, pero dispuesto a representar el papel de lo—tengo—todo—controlado—nena. La mujer le dedicó una mirada aburrida y dejó que sus ojos volvieran a centrarse en la flexi que llevaba extendida sobre el regazo. Seguro que era del sueño, pero el caso es que Vargas se quedó completamente alelado en la contemplación de la muchacha.

Tenía el pelo de un color indefinible. Claro, como rubio, pero con reflejos de miel, o de ámbar... Liso, una cascada de reflejos bajo las bioluces del vagón. Su rostro tenía los rasgos perfectos de una plástica, aunque en su caso tenían las imperfecciones precisas para no resultar empalagosos. Sobre cada una de aquellas pinceladas, planeaban unos ojos negros, inmensos como el amor de una madre biológica, rasgados, profundos, capaces de taladrar el mismo cielo con uno de sus

aleteos... Tenía un cuerpo preciso, cincelado a base de curvas cerradas, acopladas a un vestido severo típico de la Ejecutiva... sus piernas esculpidas en seda estaba cruzadas con recato, en una postura de evidente defensa.

—¿Qué se siente? —preguntó Vargas, rebuscando entre los bolsillo de su chaqueta. Necesitaba una ampolla de cafeína con total urgencia.

La chica levantó la mirada de la flexi durante un solo segundo. Sus ojos no tardaron en realizar un suave planeo de vuelta hacia la superficie de lectura. Vargas encontró un parche de Coffix™ en un pliegue del bolsillo superior. Posiblemente estaba caducado, pero de igual modo se arremangó la chaqueta y lo aplicó a un par de centímetros del codo. Sintió el sordo cosquilleo de la absorción cutánea, y una brusca aceleración del torrente sanguíneo. Sabía que era un puro efecto placebo, pero se sintió mucho mejor.

—¿Qué se siente, eh? —repitió.

—¿Me habla a mí?

—No veo a nadie más por los alrededores —Vargas sonrió—. Afortunadamente.

—Podía estar en línea —dijo ella.

—¿En el gusano? Ah... Ya veo, es la primera vez que viajas a la araña.

La chica compuso un mohín de desconcierto que imprimió una ola de ternura a sus facciones, suavizándolas de una forma deliciosa. Vargas se recostó en el asiento, maldiciendo en su interior al capullo que le había reservado un billete de no fumador.

—¿La araña? —preguntó ella— No le entiendo...

—Cádiz... La Gran Araña. Así es como la llamamos los que vivimos en ella. Por los giropilares y los campos de contención... Bueno, cuando la veas sabrás a que me refiero.

—Sé lo que quiere decir... Sin embargo, ese apodo no consta en los filers, y debería estar en alguno de ellos —hizo una pausa. Su garganta se movió ligeramente, seguramente subvocalizando algo en su log personal—. Una información interesante. Gracias. Ahora, si me disculpa...

—No me has contestado.

—¿Perdón?

—Digo que no has respondido a mi pregunta. ¿Qué se siente?

—No entiendo lo que quiere decir...

—Me gustaría saber cuál es la sensación interna que tiene una persona cuando es tan bella, tan perfecta, tan hermosa... ¿Es una carga? ¿Es una ventaja...?

—Me ofende, señor. Esta conversación está siendo grabada por la entidad que gobierna el transporte, y creo que habría pie para presentar una demanda por acoso, dado que yo...

—No pretendo ligar contigo, ni llevarte a la cama —le interrumpió Vargas, con un claro tono socarrón—, que el cielo me libre. La pregunta es sincera. Aunque te cueste creerlo, es la primera vez que estoy tan cerca que un ser humano tan hermoso... Y siempre me he preguntado cómo se sentiría por dentro alguien así. Es todo, no es para que te lo tomes de esa manera, ¿no crees?

La chica se relajó un poco, e incluso algo parecido a una tímida sonrisa afloró a sus labios perfectos, dibujados con la

misma elegancia y maestría que un ideograma oriental.

—¿Nunca le ha dado por probarlo? —preguntó, dejando la flexi a un lado. Ésta detectó la falta de interfaz y se apagó entrando en hibernación.

—No, cómo podría... Esto es la araña, y, créame, aquí nada es igual.

—Habría una Estética, al igual que en el resto del planeta.

—Error. Nunca dé nada por hecho mientras esté por aquí. Mis antepasados tuvieron que renunciar a mucho para seguir donde estaban, en mitad de un océano asesino que lucha por engullirles segundo tras segundo, por toda la eternidad... No, no necesitamos una Estética. Los que quieren someterse a remodelación huyen al continente, y normalmente nunca regresan.

—¿Por qué?

—La razón es sencilla: esto es la araña. Se lo dije antes, y le aseguro que lo oírás un millón de veces más antes de que vuelva a su lugar de origen, que las cosas son muy distintas en este pedazo de infierno que nos ha tocado habitar.

Esta vez sonrió por completo, haciendo que un amanecer ultraterreno se extendiese por el vagón. Vargas sintió que su pecho implosionaba a la altura del corazón. Cosa rara en él, que se tenía por un tipo bastante frío y calculador.

—Lo tendré en cuenta, por supuesto —dijo la chica.

—Pero sigues sin contestarme...

Ella se encogió de hombros, en un gesto lleno de coquetería y volvió a coger la flexi, dando por zanjada la conversación. Vargas iba a decir algo, pero la entidad que se encargaba de

conducir el gusano anunció que estaban a punto de entrar en la rampa y que se disponía a conectar los sensores de seguridad, por lo que pedía a los viajeros que se relajasen y que disfrutasen de la experiencia. Los visores que daban al exterior de oscurecieron, las luces se atenuaron, y una suave música se extendió por el interior del habitáculo. Fue en ese momento cuando Vargas se dio cuenta de que estaban solos en el vagón, y se maldijo por haber estado durmiendo la mayor parte del camino. Una oportunidad así no se presenta todos los días.

Se mueven... Zig zag... A un lado y a otro... Para siempre...

Andar por las calles del casco antiguo de la ciudad. Una experiencia fascinante. Jonadab Vargas sabía que los habitantes de la araña siempre se habían sentido marineros, desde que la urbe fuese fundada hacía ya casi tres milenios y medio... En estos tiempos no había ocasión para sensaciones... Se trataba casi de una realidad.

Cádiz se levanta sobre ocho giropilares gigantescos que impiden que el mar la devore. La ciudad en sí se asienta sobre un inmenso campo tensor moldeado en forma de taza, que se adapta a cada envite de las aguas tratando de mantener la horizontalidad. Las enormes columnas flexibles absorben los impactos y lo transmiten de vuelta al fondo marino, donde son aprovechados para convertirlos en energía para abastecer la ingente obra de ingeniería. Es un impresionante sistema cerrado de acciones y reacciones, un feedback tan primorosamente calculado que, si no fuera por lo difícil del acceso, haría de ella la última maravilla del mundo. Desde el exterior, la villa parece un arácnido gigantesco que lucha por no desaparecer bajo las aguas, pero los que viven en su interior ni siquiera son conscientes de ello. Deambulan por las callejas reconstruidas como antiguos marineros por la cubierta de un

buque, levemente zarandeados, con la sensación de vibración que a veces les hace padecer cefaleas, aquejados de deformaciones vasculares que les queman las entrañas... Contentos, felices, puesto que no conocen nada más. Sin embargo, hay gente que entra y sale, aun a riesgo de que su cuerpo se deteriore hasta el colapso.

Vargas era uno de ellos, sujeto siempre al “mal del navegante”, que le hacía tambalearse sobre la tierra firme como si fuese presa de una borrachera eterna.

Podía haber llegado al lugar usando uno de los deslizadores de servicio, pero había preferido caminar, acostumbrarse de nuevo al vaivén impuesto por las circunstancias. Había recibido la llamada demasiado temprano, y aquella circunstancia tenía de fastidio una jornada que podría haber sido mucho más agradable. Había planeado hacerle una visita al viejo, comentar con él un par de tonterías, reírse con su visión arcaica del universo... Todo al garete. Alguien había dado puerta a un guiri. Fianbre total, sin backup, sin testigos. Un caso difícil, y la milicia de la araña no se distinguía precisamente por su eficacia. Menos mal que tenían a Vargas, que visitaba con frecuencia el mundo exterior, que tenía ideas, que sabía pensar... Era triste, patético. Una ciudad abandonada a su suerte. Los cacharros eran para los ricos, que pagaban sus impuestos urbanos para tener todo tipo de tekkies y entidades husmeando cada rincón, garantizando su seguridad...

Esto es la araña, joder, y aquí todo es diferente.

La entrada del hotel estaba llena de curiosos, en su mayoría paisanos que intentaban atrapar un poco de realidad a través de la tragedia. Los milicianos, en su inmensa mayoría voluntarios que habían renunciado al subsidio impuesto por la Unión, intentaban sin éxito mantenerlos a raya. Los pobres

diablos no estaban acostumbrados a lidiar con este tipo de locuras, y su idea de mantener limpia la escena del crimen no era todo lo correcta que cabía esperar. Una nube de aerostatos filmaba todo lo que estaba ocurriendo, lo cual sería una ayuda en el momento de recabar pruebas. Un tipo rechoncho, de frente huidiza y mirada torva, se separó del grupo de curiosos y se dirigió hacia Vargas.

—‘Ay —dijo, en dialecto.

—‘Aro —contestó Vargas, siguiéndole sin pensarlo.

—Mala cosa. Ejecutivo, del centro. No sé qué coño se le habría perdido aquí.

—La Unión permite la libre circulación desde hace mucho tiempo, Fonso, aunque te cueste creerlo.

—A mí no, desde luego —su voz estaba teñida por un velo de amargura—. Habla por ti.

Vargas compuso una media sonrisa y asintió con la cabeza. Alfonso tenía razón, al menos en parte. El hombre llevaba varios años solicitando un Tránsito a la central, pero ésta se lo negaba sistemáticamente aduciendo las excusas más peregrinas e increíbles. El mundo había avanzado bastante, salvo en lo que concernía a la burocracia.

—¿Habéis encontrado algo interesante? —Vargas hizo la pregunta con la mirada perdida en algún punto a la espalda de Fonso.

—Los de Procesamiento aún no han terminado de mapear la habitación. Espero tener un informe antes de un par de horas. Uno preliminar, por lo menos.

—Aja.

Silencio, levemente distorsionado por el zumbido de los aeróstatos y el murmullo de la multitud que pugnaba por entrar en el vestíbulo.

—¿Cuándo has vuelto? Creí que ibas a estar más tiempo en el centro.

—Ayer —los ojos de Vargas se movieron entre los rostros de la concurrencia—: No soporto el ritmo de vida que llevan allí fuera. Créeme, no te pierdes gran cosa.

—Me gustaría comprobarlo por mí mismo. Alguna vez.

—Lo harás, seguro. ¿Sabemos qué asuntos se traía entre manos el fiambre?

—No. Tendrás que darte una vuelta por la suite. Esos guiris vienen hasta el culo de tekkies, ya lo sabes. Tú eres el único que puede distinguirlos.

—Veremos. No creas que porque voy y vengo soy especialista en nada en particular. Nací en la araña, Fonso, y eso marca.

—Hablas demasiado con el viejo, Jota. Te come el coco.

—Piensa lo que quieras —Vargas le dio unos golpecitos en el hombro—. Voy a curiosear un poco por las alturas. Te mantendré informado.

—‘Vemo.

—Sí.

Vargas se abrió paso a través de los curiosos y de los agentes de la milicia. En la araña todos se conocían, así que no tuvo problemas por atravesar la barrera, saludando a diestro y siniestro con enérgicos movimientos de cabeza. Una vez dentro del vestíbulo tuvo que situarse para ubicar las platafor-

mas de ascenso. Sólo había estado en el hotel en un par de ocasiones, tomando un aperitivo con algún guiri del exterior que se había dejado caer por allí. Un tipo enchaquetado, con el logo del establecimiento bordado en la solapa, se apresuró a acercarse con paso decidido.

—¿Lleva usted el caso?

Vargas le miró de arriba a abajo. El tipo estaba muy nervioso, mucho, y se humedecía los labios constantemente. Demasiada cafeína, o quizá algo más fuerte dadas las circunstancias.

—Vaya perspicacia —comentó Vargas.

—¿Debo entender que sí?

—Jonadab Vargas, inspector de la milicia —dijo, extendiendo el brazo.

—Encantado —las manos del tipo chorreaban sudor—. Suleyman Vasquez, director del hotel.

—Un placer. Si me indicase cómo llegar a la suite podría empezar cuanto antes...

—Por supuesto. Acompañeme.

Los movimientos del tipo eran demasiado bruscos. Vargas hizo todo tipo de elucubraciones mientras ascendían hasta los pisos superiores en la pulcra plataforma. A través de los muros transparentes, vio las murallas de agua gris, orladas por penachos blancos, que se estrellaban contra los campos de contención. El grandioso espectáculo de ese ominoso monstruo que era el océano en todo su esplendor sólo estaba reservado para los ricos, los guiris que podían permitirse el lujo de alojarse en lugares como aquel. Otra lengua de mar golpeó el tapiz de moléculas excitadas que les protegía del exterior,

ayudada por las fuertes ráfagas de viento asesino... Algún día conseguirá devorarnos, pensó Vargas, porque la bestia nunca descansa.

Es cierto... Todos son felices... Allá abajo, en el Reino Mágico...

Después de salir del hotel, Vargas se sintió profundamente desconcertado, porque nada encajaba en su lugar. No se creía Holmes, ni Poirot, ni ninguno de aquellos genios nacidos de la literatura popular, pero estaba considerado un buen investigador por sus superiores. De ahí la libertad de la que gozaba. El informe de Procesamiento aún no había llegado a la central, y ese era un dato que le preocupaba aún más. Había notado que Fonso estaba nervioso al otro lado de la línea, inquieto, evasivo... No era normal. Habían trabajado juntos durante muchos años, aunque fuese en casos de poca monta, existía una cierta conexión entre ellos... Y, sin embargo, le había dado largas.

Necesitaba pensar, y un poco de ayuda. Hacer una visita al Sepulcro se le antojó la mejor idea posible.

Se encaramó a una de las aceras móviles que reptaban lentamente en la dirección del antiguo Parque Genovés. Dejó que sus pensamientos flotaran a su alrededor, casi como pequeñas hadas que hacían estallar centellas de comprensión dentro de su cerebro. El asunto estaba jodido. El fiambre era alguien importante, aunque todo el mundo hiciera lo posible por ocultarlo. Acabaría averiguando su identidad tarde o temprano, tenía recursos para hacerlo, incluso con el handicap de estar en un lugar anclado en el pasado. El viejo era mañoso para estas cosas, y tenía a mano las herramientas adecuadas. Por otra parte, su inspección de la suite había servido de bien poco. Estaba limpia, y ese hecho conducía a dos caminos sin

salida: o el asesino era un completo genio, o alguien se había encargado de limpiar todas las pruebas. Vargas se maldijo por no haber prolongado su estancia en el exterior un poco más, con un par de días hubiera bastado. Se habría librado de aquel marrón, y todo el mundo estaría contento. Ahora estaba a punto de cruzar la línea de no retorno. Problemas, problemas, problemas, nublando el horizonte como aquellas olas gigantes que trataban de engullirles.

Admirado ante el paisaje que le rodeaba, casi estuvo a punto de perder el nodo de transbordo. Saltó justo a tiempo para aterrizar en la cinta que iba en dirección este, hacia la misma puerta del Sepulcro. Éste estaba situado en la antigua Facultad de Filosofía y Letras, frente al Balneario de La Palma (ahora convertido en un centro de control de sismos). Ya no había playa que contemplar, ni aquellas puestas de sol celestiales que el viejo no cesaba de añorar... Un alto muro de metaplas se erguía hasta donde la vista ya dejaba de percibir los detalles. En contadas ocasiones, las autoridades daban la orden de transparentarlo, permitiendo ver la furia contenida bajo las aguas y los monstruos que habitaban en ella. A Vargas le hubiese gustado que éste fuera uno de esos días, se sentía con el ánimo suficiente para soportar una pequeña depresión. Se bajó ante la entrada, sintiéndose un poco perdido en mitad de tanta soledad. Cada vez había menos gente en la araña. Llegaría el momento en que quedase abandonada, un monumento a la tozudez en mitad del océano. Lo que los elementos no habían logrado llevar a cabo lo conseguiría el imparable empuje del progreso.

Absorto en sus ensoñaciones había llegado casi hasta el mostrador en el que una aburrida señora vegetaba sin nada mejor que hacer. Sus ojos, como los de casi todos los habitantes de la araña, reflejaban una paradójica mezcla de hastío y espe-

ranza. Vargas carraspeó para llamar su atención.

—Jota —dijo sin apenas entonación—. No esperaba verte tan pronto por aquí.

—Llegué hace un par de días, Concha. ¿Cómo te va?

—Espero el fin del mundo, pero no llega —emitió un sonido estrangulado, algo parecido a una risa—. Te he visto en la flexi. Se han cargado a un guiri, ¿no?

—Las noticias vuelan. Sí. Antes de que lo preguntes: todavía no sabemos nada.

—Tampoco ibas a decírmelo.

—‘Aro —Vargas le guiñó un ojo—. Conecta al viejo, anda. Hoy no tengo demasiado tiempo.

—Se llevará una sorpresa.

—Seguro que sí.

La mujer sonrió. Luego sus dedos volaron sobre el holoteclado que flotaba en un rincón. Vargas se dirigió hacia la compuerta estanca que había empezado a abrirse a su izquierda, dejando salir jirones de vapor blancuzco. Entró en el aséptico pasillo, iluminado por una suave luz azulada que daba un aspecto fantasmagórico a todo el lugar. A pesar de lo familiar del entorno, se sentía sobrecogido. Siempre le pasaba lo mismo, como si los espectros digitales que poblaban aquel submundo artificial pudieran manifestarse a su alrededor para exigirle cualquier chorrada ectoplásmica del tipo de las que plagaban los sentidos de terror que consumían en el continente.

Se subió el cuello de la chaqueta. Una luz verde parpadeó sobre una estrecha puerta a unos tres metros de él, a la derecha. Cubrió la distancia en un par de pasos apresurados y se

introdujo en el interior del pequeño cuarto. La Sala del Navegador. Un diván, suave música surgiendo de la nada, temperatura agradable, y una especie de pulpo metálico colgando del techo. Vargas se tendió en el catre. El aparato bajó hasta que el casco estuvo a la altura de sus ojos. Se lo colocó. Una voz en su oído comenzó a contar hacia atrás desde cinco...

Cero.

El Reino Mágico.

Estaban en la orilla del mar. Una suave brisa despeinaba los cabellos del viejo, y los suyos propios. Había nubes cubriendo el firmamento, correteando por el cielo, bailando la arcaica danza de la atmósfera.

—Jota —dijo su abuelo. La voz sonaba triste, al menos a sus oídos. Sería cosa de la Red, las cosas no funcionan igual cuando estás en la araña.

—Abuelo —se sentó junto al anciano. Podía escoger la forma que quisiese, pero él se empeñaba en respetar el aspecto que tenía antes de morir.

—¿Algo nuevo en el mercado de la carne?

—No mucho. La gente viene y va, como siempre.

—Has vuelto demasiado pronto... O quizá sea mi percepción de esta mierda que me rodea...

—No, no son tus sentidos. No hace ni un mes que bajé.

—Mucha guita para gastarla en un viejo cascajo como yo.

—Ya estamos con lo mismo —aquella conversación casi parecía un ritual, llevaban manteniéndola desde su muerte—. Me gasto el crédito como me da la gana, en lo que me gusta, y de

momento tú eres mi único vicio.

—No sé de quién has heredado ese mal gusto.

—Qué gracioso. Para mearse, vamos.

Vargas sabía que todo era parte de la pantomima. El viejo sólo le tenía a él, y disfrutaba con sus visitas, los chismes, los avances del mundo tangible... Se empeñaba en interpretar el papel de anciano cascarrabias, aunque no era demasiado convincente. Miró al mar. Era una representación, por supuesto. Las aguas, tersas como la piel de un niño, se extendían hasta el horizonte bajo el manto de nubes plomizas que de cuando en cuando dejaban pasar los rayos de un sol anaranjado. A veces sentía ganas de volarse los sesos y enviar su backup al Reino Mágico, disfrutar de toda una eternidad junto a su antepasado, aprendiendo de su experiencia infinita... Pero, ¿quién pagaría el mantenimiento? No había nadie allí fuera.

—¿Sigues pirateando las líneas info? —preguntó Vargas.

—A veces —le miró a los ojos—. Ya no es como antes, el hielo de seguridad es cada vez más sofisticado. Me trincan casi de inmediato.

—Te tienen cogido por los huevos.

—Yo no lo hubiese expresado mejor —soltó una risita cascada—. Necesitas algo, ¿eh?

—Una identidad. Tengo un fiambre ahí fuera, un guiri. Asesinato, sin rastros, ni pruebas, ni nada...

—Si es del exterior estará marcado, tendrá un chip en alguna parte.

—El escáner preliminar no lo muestra. Quizá no quisiera que le localizasen, y supongo que esos cacharros pueden extirpar-

se.

—No es tan fácil. Otra posibilidad es que pertenezca al Primer Círculo. Esos tipos llevan nanotrazadores en el torrente sanguíneo, mierda a nivel molecular. No creo que en la araña tengáis medios para mapear algo así.

—Yo tampoco —Vargas se detuvo un instante, enlazando con su com del exterior—. Sin embargo, tengo una IP que parece ser recurrente en todos los mensajes que recibió durante su estancia. Todos los flujos de datos parecen pasar a través de ella, tanto los entrantes como los salientes. ¿Podrías rastrearla?

—Dámela.

Vargas hizo el ademán de rebuscar en su chaqueta. Allí abajo todo era falso, un simple universo metafórico donde se engañaba a las redes neurales de los difuntos. El código que le llegó desde su com exterior se transformó en un pequeño trozo de papel con unos dígitos garabateados en una pulcra caligrafía inglesa. El viejo la recogió entre sus dedos arrugados. Le echó un vistazo.

—¿No te fías de tu propia gente?

—Algo de eso ahí. ¿Podrás hacerlo?

—Ya se verá —realizó la metáfora de guardarse el papel en uno de los bolsillos de su mono de trabajo—. Ahora, cuéntale a este viejo lo que se cuece por la frontera exterior del mundo, y no ahorres detalles...

Vargas compuso una sonrisa. Comenzaba la diversión.

Los pobres... La luz del mundo... Sufrimiento divino...

En la araña aún quedaban iglesias, vacías para solidarizarse con el resto de la ciudad. Vargas no se consideraba un tipo religioso, en absoluto, aunque había conocido a todo tipo de iluminados a lo largo y ancho de su vida. En general, se había dado cuenta de que la gente seguía pervirtiendo a su imagen y semejanza los viejos mitos de antaño, evitando pensar en que los dioses habían abandonado el planeta bastante tiempo atrás, más o menos cuando desapareció la inocencia.

Se dirigió a una en concreto, en la que sabía que aún habitaba el sacerdote que le interesaba. No estaba lejos del Sepulcro, así que fue caminando. Las calles mustias, llenas de manchas de humedad, le acompañaron en silencio. Apenas había sonidos, exceptuando los crujidos y los vaivenes que eran la eterna banda sonora de la ciudad. Pasó por delante del vetusto edificio que antaño acogiera al colegio de La Salle, medio en ruinas y en desuso, frente al esqueleto de otra escuela mastodóntica cuyo nombre no recordaba. Siguió adelante, giró a la izquierda, y se encontró frente a la Iglesia de La Palma.

Aquella parte del viejo Cádiz estaba prácticamente deshabitada. Sólo los técnicos del cercano control de seísmos y algunos retenes de especialistas en dinámica atmosférica habitaban las viejas casonas del barrio de La Viña. El templo estaba al final de una calle empedrada, en cuyos flancos podían verse un par de restaurantes supuestamente típicos y un café con conexión global, la cual fallaba constantemente a causa del difícil emplazamiento de la araña y la dificultad de los enlaces con el Cinturón Lagrange. Demasiadas tormentas. Antiguamente se decía que a los gaditanos les volvía locos el levante, un viento del este con extrañas características. Ahora, sus cerebros estaban medio fritos por las microondas y los fuertes campos electromagnéticos. A pesar de todo, seguían allí, desafiando a

los grandes poderes de la naturaleza.

La iglesia estaba vacía. Tras empujar la ajada puerta de madera, Vargas se enfrentó a la soledad desnuda, en estado puro. Los bancos polvorientos, las telarañas, las manchas de humedad por los muros, los viejos lienzos ennegrecidos, la imagen de Jesucristo sobre el altar, ladeada en un ángulo imposible... Vargas avanzó por el estrecho pasillo central, levantando ecos. No recordaba cuánto tiempo había pasado desde la última vez. Fue antes de la muerte de su madre, de eso estaba seguro, siendo casi un niño. Recordaba que los aposentos del sacerdote estaban en algún lugar tras el altar. Llegó hasta allí, miró a ambos lados, giró a la derecha, hacia una cortina roja desgastada por miles de manos. La sacristía. Se introdujo por el hueco. Un portón desgastado, entreabierto, daba a una habitación en penumbra. A través del hilo musical se escuchaba música clásica, antigua; supuso que un concierto sacro o algo por el estilo.

—¿Quién anda ahí? —la voz, cascada por los años, provenía de otra habitación.

—Jonadab Vargas, padre. Inspector de la milicia.

Una silla se arrastró por el suelo. Ruido de pasos deslizantes, rastreros. El sacerdote apareció tras un recodo. Tenía la cara redonda y blanquecina. Estaba medio calvo, aunque los pocos pelos que aún exhibía se hallaban pulcramente peinados hacia un lado. Una sonrisa flotaba sobre sus labios, aunque sus ojos eran los de alguien que ha sufrido todo lo que tenía que sufrir y sabe todo lo que tenía que saber. Cuerpo rechoncho, cubierto por un batín oscuro de color indefinible.

—¿Qué busca? Hace mucho tiempo que no salgo de aquí, no sé para qué puede quererme la milicia.

—No se trata de un asunto oficial, padre —Vargas sonrió—. Al menos no en el estricto sentido de la palabra.

—Sentémonos.

El anciano dio un par de palmadas y las luces se encendieron, dejando ver un pequeño salón, austero pero decorado con buen gusto. No había tekkies ni cacharros de la sociedad exterior: podría haber sido un habitación típica de finales del siglo diecinueve. Sin embargo, Vargas vio señales de una conducción de fibra óptica y un pequeño receptor de enlace. El sacerdote se sentó en un sofá de dos plazas y extendió la mano hacia un viejo sillón de orejas que había frente a él.

—¿Conexión directa con el Vaticano? —dijo Vargas mientras se sentaba, señalando con un movimiento de cejas los signos del progreso.

—Más o menos. ¿Es usted un inspector de comunicaciones o algo así?

—No, no... Simple curiosidad.

—¿Entonces?

—Verá, padre —carraspeó un poco, para ordenar sus ideas—. Sé que usted conoció a un antepasado mío, un tipo que fue muy creyente durante la mayor parte de su vida, pero que renunció a la fe cristiana casi en el último momento. Ahora está en el Sepulcro.

—Blasfemo —dijo el sacerdote entre dientes.

—La vida eterna —observó Vargas.

—La condenación eterna —replicó el cura—. Una herejía absurda. No se puede mantener el alma dentro de un artilugio cuántico. Es aberrante. Su antepasado arderá en el infierno.

—Tenía entendido que la iglesia había abandonado esos términos hace ya un par de siglos.

—Usted saber perfectamente lo que quiero decir.

—No, no lo sé, pero tampoco he venido aquí para discutir sobre filosofía o religión. Vengo por una cuestión de... caridad cristiana, si queremos llamarlo así.

—¿Está de guasa?

—No se me ocurriría. Suelo ser respetuoso con las creencias ajenas. Lo que opine de ellas es asunto mío.

El sacerdote estudió el rostro de Vargas con detenimiento, como si pudiese tamizar verdades y mentiras con una especie de escáner espiritual de última generación. Luego sonrió, y se pasó la mano por la frente.

—Te escucho —dijo.

—Quiere volver al seno de la iglesia —Vargas tenía un pequeño nudo en la garganta—. Está harto de la prisión cuántica y quiere acabar en paz con su dios...

—Es imposible —le interrumpió el cura...

—Cuánta misericordia...

—Puede bromear cuanto quiera, mi decisión, la decisión de la iglesia, no va a cambiar: su antepasado se condenó a sí mismo al aceptar bajar a ese infierno de lujuria en el que vive, a esa Gomorra artificial que niega al alma hasta la más ínfima migaja de paz y amor que...

—Venga, padre, guárdese ese rollo para sus superiores, y aplique sus supuestas creencias de una buena vez: sólo quiere confesarse, eso no puede hacerle mal a nadie.

—No pienso bajar al Sepulcro, el sacramento no tendría validez allí.

—El enlace —Vargas señaló el enjambre de fibra que correteaba por la pared—... Tiene que estar instalado para algo. Apuesto a que hay muchos fieles que se comunican con usted por esa vía.

—Casos especiales, gente de buena fe.

—Mi abuelo es un hombre honrado, su único pecado, ante los ojos de su credo, fue renunciar a la resurrección de la carne.

—Es suficiente.

Vargas le miró a los ojos, sintiendo que la furia más venenosa ardía dentro de sus venas. Lo primero que se le vino a la cabeza fue estampar aquella cabeza de pez moribundo contra la pared. En este mundo decadente y caótico, a las puertas de la extinción, la mayoría de los seres humanos parecían aferrarse a las tradiciones como si éstas fuesen las únicas tablas de salvación que tuvieran a mano. En cierto modo, aquel tipo le daba pena, empecinado en creer que una criatura mística e intangible acabaría con sus sufrimientos en un mundo dorado más allá de la carne. Visto bajo el prisma de la objetividad, resultaba una idea infantil. Inmadura. Vargas iba a levantarse, escupir un comentario mordaz, y largarse. Pero el sacerdote dijo en un murmullo:

—Lo haré.

—¿Cómo?

—Me ha escuchado perfectamente, no me haga pasar la vergüenza de repetirlo —suspiró, como si estuviera desinflándose—. Ahora váyase. Busque mi correo en el directorio y envíeme allí el código de enlace de su abuelo. Buenas tardes.

Vargas sintió pena por el tipo. Sin decir palabra se levantó y abandonó la sacristía.

Monstruos... Entre las esquinas de la realidad... La puerta abierta al caos...

Cuando el zumbido le despertó, Vargas tuvo la impresión de que apenas había cerrado los ojos. Boqueó como un pez a punto de morir, miró el display del crono que flotaba sobre la mesilla. Al menos había dormido un par de horas.

—Acepta —dijo con la garganta a punto de estallar.

—¿Vargas? —la voz de Fonso no presagiaba nada bueno.

—Tiene que ser algo importante —se incorporó a medias, sintiendo una punzada de dolor a la altura de los riñones— para que no puedas esperar a mañana. Escúpelos.

—Otro fiambre.

—Que espere a mañana, coño. Manda a los de Procesamiento. Al ritmo que trabajan incluso podemos cogernos unas vacaciones antes de que tengan algo...

—Te quiero allí en diez minutos —le interrumpió Fonso—. Es muy serio, Jota, más de lo que piensas. La dirección es...

Vargas conocía el sitio. Perfectamente. Se había criado en aquel barrio. Tomó una rápida ducha de iones y salió pitando escaleras abajo. La noche en la araña era casi una experiencia mística, un descenso a los infiernos, tan real que casi se tenía la impresión de que Caronte aparecería empujando su barca tras cualquier esquina. Durante las horas nocturnas, el ataque de los elementos se hacía más evidente, más provocador... Las vibraciones carcomían los huesos, los sentidos se acongojaban por el ronco rumor de las olas que golpeaban las

defensas más delgadas que la materia... Y el viento, dioses, el viento... Un silbido malsano que recordaba al llanto lastimero de un millón de almas condenadas a vagar por los resquicios del cosmos durante toda la eternidad... A Vargas le gustaba aquel ambiente enrarecido, no había conocido ningún lugar en el tranquilo y ordenado mundo del exterior que pudiera equipararse a aquel pedazo de infierno que se levantaba en mitad de las olas.

La calle Ancha estaba vacía a aquellas horas. Los aeróstatos de control se deslizaban por el aire quieto realizando complicados lazos de niebla, reflejando el caos sobre la atmósfera nocturna. Nubecillas apenas visibles, etéreas, vigilando sin descanso los últimos vestigios de humanidad de aquellas latitudes. Le rodearon por un momento, husmeando su identidad y sus enlaces con el entorno; luego se retiraron dibujando bucles entre las sombras, obviamente satisfechos por lo que habían encontrado. Apretó el paso, oteando el final de la travesía, buscando alguna señal de Fonso y sus hombres. No se veía movimiento alguno, y de repente se encontró pensando en que aquel asunto estaba empezando a tomar un cariz demasiado extraño para su gusto. Demasiados muertos, por así decirlo.

Envuelto en dudas, llegó hasta el final de la calle. Miró a izquierda y derecha, y allí distinguió la negra sombra de un desliz de seguridad, con un par de agentes voluntarios holgazaneando por las inmediaciones del vehículo. Se apresuró a alcanzarles dando grandes zancadas.

—‘Noches —dijo uno de ellos al verle aparecer—. Le esperan arriba, en el segundo piso.

—Vale —contestó Vargas sin detenerse, encaminándose a la oscura caspuerta que se abría a la noche como las negras

fauces del diablo.

No había plataformas, ni descensores, ni nada por el estilo. El inmueble se conservaba en el mismo estado de antaño: un palacete que recordaba la pasada gloria de la ciudad, cuando era un hervidero de comerciantes que traficaban con mercancías allende el Atlántico. Subió los escalones de dos en dos, mármol gastado bajo material sintético de última generación. Las viejas luces eléctricas no funcionaban, y nadie se había preocupado de cultivar organismos fluorescentes, como en muchas otras zonas de la ciudad, por lo que Vargas tuvo que avanzar prácticamente a ciegas, temiendo resbalar y caer rodando escaleras abajo.

Por fin llegó al segundo piso, resoplando como un fuelle. Hacer un poco más de ejercicio físico no le vendría mal. Había una puerta entreabierta por donde escapaba una rendija de luz, creyó reconocer la voz de Alfonso, discutiendo con al menos un par de personas más. Entró sin llamar. Una bofetada de aire caliente y dulzón le golpeó el rostro. Olor a muerte. Atravesó un largo pasillo lleno de polvo, con la pintura de las paredes descascarillada y grandes manchas de humedad dibujando formas imposibles. Un tipo de Procesamiento se hallaba al final de la galería, tecleando sobre un pad, seguramente buscando una vía de enlace con el exterior. Las pisadas de Vargas le hicieron levantar la vista del aparato. Le reconoció de inmediato. Señaló con un movimiento de cabeza la habitación que estaba a su izquierda. Allí estaba el baile; acababa de recibir una invitación formal para unirse a la fiesta.

Pasó junto al tipo, dándole un palmadita en el hombro, y entró en la estancia. Había un cuerpo tirado en el suelo, con el rostro congelado en una sonrisa placentera. Más bien parecía dormido, de no ser porque su pecho se había detenido en aquel preciso instante del tiempo. Le resultó vagamente

familiar. A primera vista, la habitación estaba en orden, igual que en el caso del guiri; tan pulcro como puede estar un dormitorio con más de cuatro siglos de antigüedad.

—Le conozco de algo —susurró Vargas mientras se agachaba junto al cuerpo.

—Puedes apostar a que sí —la voz de Alfonso era hielo puro.

Vargas se incorporó y se enfrentó con su colega. Se le escapaba algo, tan importante que ni siquiera era capaz de sospechar su trascendencia.

—¿Qué coño te pasa?

—Dejémonos de carajotadas: ¿estás metido en esto, Jota? —Alfonso había clavado sus ojos en los de Vargas, sin intención de soltar a su presa.

—Espero que estés de coña... No estás hablando en serio...

—Tan en serio como que voy a congelarte si no me das una explicación ahora mismo.

—No puedo darte explicaciones, jo'er. Ni siquiera sé qué carajo me estás diciendo...

Alfonso se abalanzó sobre él, una fiera salvaje con sed de sangre acumulada. Hizo ademán de engarfiar su garganta con ambas manos, pero se contuvo en el último momento. La escena empezó a cargarse de una energía malsana, de algo que estaba y no estaba allí.

—¿No ves que es el viejo? —gritó, con las venas del cuello a punto de estallar— ¡Tu puto abuelo que lleva muerto más de quince años!

Vargas miró al cadáver, reconoció sus rasgos, sintió que una

explosión dentro del cráneo reducía su cerebro a pulpa, descendió a los infiernos y éstos le escupieron de vuelta a la superficie...

Retuercen los sentidos... Ondas de choque... Daños colaterales...

De vuelta al Barrio de La Viña, navegando por las calles oscuras, casi al paio, tratando sin conseguirlo de volver a recuperar el control de sus sentidos. El sueño había machacado hasta el último rincón de su mente.

Fonso le esperaba en la puerta de la vieja iglesia.

—Estuve aquí ayer por la tarde —murmuró cuando llegó a su altura.

—Lo sé. ¿Qué te ocurre? Parecías un fantasma cuando respondiste a la llamada.

—Una pesadilla. Demasiado real.

—Efectos secundarios, ya sabes. Los campos de contención y toda esa mierda.

Vargas no contestó. Se limitó a contemplar la desvencijada pared que había a la espalda de su compañero. Compás de espera. Sentía unas enormes ganas de largarse de allí para siempre, de escapar para los restos de la araña antes de que le devorase como al resto de sus habitantes.

—¿Tienes un pitillo? —dijo sin mirar a Fonso.

—Sabes que lo dejé.

—Podías haber recaído.

—¿Entramos?

—¿Para qué? Ahí dentro sólo puede haber un cadáver: el de un viejo cura cascarrabias que consumía sus días en espera de que su dios le concediese el perdón eterno.

Fonso no dijo nada. Se movió, nervioso, buscando algo importante que decir. No lo encontró, o no quiso hacerlo. Los crujidos de los giropilares inundaron la noche, como aullidos de alimañas imposibles que se acercaban poco a poco cerniéndose sobre sus presas desvalidas.

—Tendríamos que ver el escenario del crimen, ¿no crees?

—Entra tú. Yo esperaré aquí fuera.

—Te pido que me acompañes. Te lo pido como amigo, Jota. Sabes que no te llego a la suela de los zapatos.

—Eso no es verdad, Fonso. Puedes representar el papel de poli paleta delante de los demás, pero no insultes mi inteligencia. Los casos están relacionados, ¿verdad? El del guiri y éste, incluso algún otro que nunca hemos llegado a resolver...

—Puede ser. Sólo son sospechas.

—Venga ya. ¿Por qué me estás ocultando pruebas? Te juro que por muchas vueltas que le doy no consigo imaginarme qué puede ser.

—Podría usar tus propias palabras: no insultes mi inteligencia. A estas alturas tú también has empezado a olfatear el rastro, pero no te gusta el lugar al que parecen dirigirse las huellas, ¿eh?

Vargas no contestó. Bajó la mirada hasta el suelo y la dejó allí, revoloteando entre los adoquines desgastados por el tiempo. Pensó que había llegado el momento de coger al toro por los cuernos, por usar una expresión antediluviana. Tendría

que hacerlo tarde o temprano, retrasarlo no contribuiría más que a engordar la falsa ilusión de esperanza a la que quería aferrarse.

—Es duro, ¿sabes? Y duele —musitó, sin levantar los ojos de la piedra.

—Lo sé.

—No, no lo sabes.

—Pero puedo imaginarlo. La pregunta es cómo, y por qué.

Vargas dejó escapar un suspiro, profundo, tratando de expulsar un demonio viejo y astuto que se había adueñado de parte de su alma. Levantó la mirada y observó las facciones de Fonso. Tenía los ojos húmedos, algo casi tan extraño como la emoción que le embargaba.

—Creo —dijo en un susurró— que podría responder al primer interrogante. El segundo sólo será cuestión de una visita relámpago.

Un silencio incómodo estalló entre ambos

—Y caso cerrado —sentenció Fonso.

—Sí, compañero. Caso cerrado.

La luz del pasado... A borbotones entre tinieblas... Liberate me...

La estrecha calzada que conducía a la entrada del Sepulcro vibraba en armónicos imposibles. Antes de cruzar el umbral, Vargas echó un vistazo a su alrededor. Daba la impresión de que los campos estaban a punto de caer sobre él, casi le pareció ver las moléculas que danzaban a lo largo y ancho de las mareas cuánticas, coronando las crestas espumosas de

los enlaces de la materia. Era una ilusión, un deseo, una forma como otra cualquiera de engañarse. No quería entrar en aquella cueva, allí donde las almas de los difuntos deambulaban por los círculos del infierno cibernético. Sintió asco por la humanidad, por su afán de emular a los dioses con poderes de segunda.

Entró en el edificio.

Un tipo regordete, con los ojos agazapados tras unas anticuadas gafas y un libro de papel en las manos, le miró sin mucho interés. El relevo de Concha. Vargas creía recordarlo de otras veces, aunque su nombre se había borrado completamente de sus circuitos de memoria. El hombre no le dijo nada, se limitó a seguir recorriendo las páginas con avidez.

—‘Noches —dijo Vargas sin mucho entusiasmo.

El recepcionista levantó la mirada por encima del límite superior del texto, clavó sus ojos en el rostro de Vargas, y asintió levemente con la cabeza. Bajó el libro hasta hacerlo desaparecer bajo el mostrador, mientras una sonrisa cínica afloraba a sus labios.

—Vengo a ver a alguien.

—No me diga —el tipo soltó una desagradable carcajada—, hubiese jurado que venía a hacerme una visita.

—Qué gracioso. Vargas, seis seis ocho barra cinco. Conécteme, por favor.

—El viejo le espera —dijo el recepcionista cuando terminó de teclear los dígitos, mientras le ofrecía otra de sus desquiciadas sonrisas.

—¿Cómo lo sabe?

—Oh, en ocasiones me invita a su esfera. Menos de las que quisiera, si he de serle franco. Es un tipo muy interesante. Un genio...

—... que está perdiendo la chaveta —le interrumpió Vargas, sintiendo que la ira subía a borbotones por sus venas—. ¿Es usted el que le facilita los puentes de enlace?

El tipo le miró, extrañado.

—Me parece que el que está mal de la azotea no es precisamente el viejo. No tengo acceso a ese tipo de códigos. Lo único que hago aquí es representar un papel: el del guardián del reino del Gran Hades. Me gustaría ser Hermes, su leal sirviente, pero me temo que no soy más que otro patético habitante de una ciudad que se hunde lentamente en las tinieblas del olvido.

—Muy trascendental, mucho. Pero no me impresiona.

—No era mi intención hacerlo.

Vargas se encontró bloqueado. Aquel ser inmundo no tenía derecho a disfrutar del viejo. En cierto modo, le consideraba una especie de propiedad privada, un juguete concebido para su propio divertimento. Por primera vez cayó en la cuenta de la verdadera dimensión del Sepulcro, de las barreras que levantaba en torno a las relaciones humanas. Quizá el viejo cura tenía razón después de todo, quizá aquel lugar no era más que una enorme blasfemia al espíritu del hombre...

—Conéctele, por favor —su tono de voz exhalaba derrota—, ya he perdido demasiado tiempo.

El tipejo no compuso ningún gesto. Bajó la mirada y presionó algunos de los resortes mágicos que invocaban el milagro de la vida eterna. Luego movió la cabeza en dirección al pasillo,

que se iluminaba siguiendo un fundido en blanco cegador. Vargas giró lentamente sobre sus talones, avanzó unos pasos, y se disolvió en la luz.

Realizó el ritual de forma tan mecánica y angustiada, que cuando quiso darse cuenta volvía a estar sobre la arena de la playa. En aquella ocasión, el lugar estaba inundado por un fulgor rojizo que quemaba el alma. Las aguas agitadas brillaban con resplandores de fuego, y las tormentas plagaban el horizonte de rayos carmesí, haciendo que el ambiente estuviese recorrido por vibraciones malsanas. No llovía, pero daba la impresión de que gotas pesadas y certeras comenzarían a caer en cualquier momento. De pronto, el paisaje cambió por completo. La playa, una imagen de postal barata, de una isla tropical: aguas azules y transparentes, cocoteros, aves exóticas...

—Es difícil no caer en el tópico, ¿no crees?— El abuelo había aparecido a su lado, sin aspavientos.

—No sé qué decir —tenía un nudo cibernético en una garganta cibernética, pero dolía como si fuese real. Miraba a aquel hombre, aquel dios, y su mente se quedaba en blanco, su alma desnuda de sensaciones...

—Sí que lo sabes. Prueba con la primera palabra que atraviese esa cabezota que tienes.

—¿Por qué?

Silencio. Una gaviota graznó en la distancia, la brisa agitó los cabellos de ambos. El abuelo suspiró y luego se puso en cuclillas. Cogió un puñado de arena y dejó que ésta se deslizara entre sus dedos.

—Así es como tiene que escaparse la vida, Jonadab, como estos granos. La velocidad depende de cada uno, así como

la cantidad que tenga que caer. Pero al final todos tienen que volver a la playa.

—¿Hay una epidemia de filosofía barata en este puto sitio? ¿O es que has hablado más de la cuenta con el recepcionista? —tragó una bocanada de aire y siguió—: Hay muertos, viejo, muertos en la araña. Hacía años que no teníamos un crimen serio por aquí...

—Eres tan aburrido como todos esos desgraciados del exterior —le interrumpió el abuelo poniéndose en pie de un salto—. ¿Para qué os sirve la carne y la sangre? Yo sólo quería recuperarlas, sentirme vivo una puñetera vez más. Un par de guiris, un cura gilipollas, ¿qué más da? El mundo no se resentirá de su pérdida.

—Estás hablando de seres humanos, jo'er. ¿Qué hay de la ética? ¿De tus putas enseñanzas? Mentiras, supongo, a lo mejor otra muestra de cinismo... ¿no?

—No, no lo eran. Eran tiempos distintos, circunstancias diferentes. Entonces creía en ellas... entonces estaba vivo. Tú no puedes entenderlo, nadie del mundo exterior puede, ni siquiera ese idiota de Perico... Un buen lector, con pocas luces...

Una entidad visitante no podía llorar, era un hecho. A pesar de ello, Vargas tuvo la sensación de que sus mejillas ardían, y que una humedad etérea resbalaba por ellas. ¿Era una treta, una artimaña para que le olvidase lo antes posible? ¿Había sido un ingenuo durante toda su vida? Aquel abismo le atraía, el sentimiento de podredumbre, a las puertas de la muerte mental... Reunió migajas de cordura y susurró:

—Te desconectarán...

—Por supuesto, no tienen otra opción. Contaba con ello.

Sereno, mentón al frente, los ojos iluminados por una luz de sabiduría infinita. El abuelo parecía la encarnación de un viejo dios nórdico, desafiante ante la entrada que conducía a las raíces de Yggdrassill, hacia los dominios de Hella. Podría ser el espíritu de Loki el Burlón... Podría ser lo que quisiera, todo excepto la persona que había amado durante toda su vida.

—Pero no contaste conmigo —escupió—, hasta qué punto me afectaría... Me has destrozado, cabrón, espero que esa idea te atormente durante toda la eternidad.

Otro silencio. Quizá, después de todo, aquel viejo bastardo necesitara tiempo para digerir la idea. Sin embargo, unos segundos después se oyó una carcajada seca, como una carraca a punto de partirse en dos.

—Siempre serás un pardillo, chico, siempre, siempre, siempre, por mucho que vivas o hagas —soltó otro de aquellos sonidos guturales y molestos—. Madurar, chaval, eso es lo que tienes que hacer... Madurar de una puta vez...

Vargas pulsó el botón del pánico, con la risa todavía levantando ecos en su cráneo. Aquellas palabras le perseguirían de por vida, consumiéndole.

Madura de una puta vez,

de una puta vez,

de una puta vez...

Los recuerdos atrofiados... Eternidad... Desde una araña moribunda...

Vargas tenía la mirada perdida en el vasto y húmedo desierto gris que acosaba a la ciudad que le vio nacer. Y morir,

en cierto modo. Sabía que estaba huyendo, pero no por ello cada metro que le alejaba de la araña le parecía más dulce. El gusano entraría pronto en el camino aéreo, se perdería entre la niebla blancuzca que anunciaba el continente, de vuelta al mundo real.

—Una ciudad preciosa —dijo una voz frente a él—, y misteriosa. Tenía usted mucha razón. Nada es lo que parece, y nada es lo que tendría que ser.

Vargas levantó la vista. La chica, claro. El destino y todas esas chorradas. Posiblemente una extravagante compensación kármica. Era divertido, tanto como para partirse el culo; sí, hombre, claro que sí.

—Me alegro de que hayas disfrutado de la visita.

—Mucho más que eso: creo que me he enamorado de esa rareza.

A su pesar, Vargas sonrió. Débilmente, con timidez, como si se estuviera dando cuenta en ese preciso instante de que tenía labios con los que hacerlo. No se le ocurrió nada que decir. Sus últimas experiencias parecían haberle arrebatado la capacidad de pensar. Así que decidió quedarse callado. Enroque. Que fuese el otro jugador el que hiciese el siguiente movimiento.

La chica le miró con curiosidad. Hasta ella podía darse cuenta de que algo había cambiado en lo más profundo de su ser. ¿Tan evidente era? ¿Tanto había llegado a depender de él?

—No se siente gran cosa —susurró ella.

—¿Eh?

—Hace unos días me preguntaste que qué se sentía al ser tan

hermosa, o algo así. Mi respuesta es esa: nada del otro mundo.

—Es un lastre, ¿verdad?

—Verdad.

—Nunca se me ha dado bien la empatía, ¿sabes? Ponerme en el lugar de los demás, sentir lo que ellos sienten, no es mi fuerte.

—No debes sentirte culpable. Era él quien asesinó a esas personas.

—¿Una yonqui de info.net™? No me gusta ser tan famoso.

—Yo tampoco soy la culpable. Nadie lo es...

—Fui yo el que le metió en el Sepulcro —la interrumpió Vargas, afilando las palabras tanto como pudo—. Yo. Yo...

—Castigarte de ese modo no servirá de nada. Sé de lo que hablo.

—... yo, yo...

No quería llorar ante una desconocida, por muy hermosa que fuera. Vargas casi pegó el rostro a los amplios ventanales del vagón, mordiéndose los labios para que no se le escapasen las palabras, conteniendo los deseos de golpearse contra el duramante. Ella desplegó la flexi, pudo verla por el rabillo del ojo, comprendiendo que perdía el tiempo. El gris del mar se desvanecía a su izquierda, y la silueta de la ciudad perdía sus formas. La bruma los iba absorbiendo, a velocidad de vértigo. Pronto, muy pronto, la araña no sería más que un mal recuerdo.

Cádiz quedaba atrás, luchando por los siglos de los siglos con-

tra el océano infinito, contra la rabia de Neptuno, que la había odiado por toda la eternidad. Adiós, vieja bruja, refugio de navegantes, cuna de mitos. Tumba de grandes héroes desconocidos que pasaron sin pena ni gloria por este mundo, desgastando con pasos cansados los adoquines de sus calles, entonando cánticos absurdos por las esquinas... Adiós, perla de otros tiempos. Adiós, monumento a la tozudez humana...

Sólo hasta pronto, pensó Vargas, ese es mi castigo, nuestro castigo...

Epílogo



*Más allá
de la Puerta de Tanhausser...*

*Sólo yace
el recuerdo
de un robot
moribundo.*

Un mundo sin mujeres
Un ronin buscando a la divinidad
Un ángel caído del cielo
Una invasión en la que no contamos
Una magia más allá del miedo
Un dragón sin alas ni fuego
Una ciudad eterna

SIETE MALOS TRAGOS



Joaquín Revuelta (Cádiz, 1965) es profesor de Inglés en un instituto público de Sanlúcar de Barrameda, además de diseñador gráfico, publicista y desarrollador web... por no mencionar la larga ristra de trabajos que tuvo que desempeñar durante sus tiempos mozos para buscarse la vida, algo que le ha ayudado bastante para desarrollar su carrera como escritor.

Cultiva casi exclusivamente el género de la Ciencia Ficción, aunque a veces hace incursiones en el terror y la fantasía postmodernista. Ha ganado varias veces los premios más importantes del género y tiene, además de sus relatos y novelas cortas, una novela publicada: ***Esperando la Marea***.